

The illustration depicts a woman, Princess Tarakanova, standing in a dark, cavernous setting. She is wearing a long, flowing white dress with a red sash and a dark, fur-lined cape. Her head is tilted back, and she appears to be in a state of distress or death. The scene is dimly lit, with a small table and a bed visible in the background. The overall mood is somber and dramatic.

La Princesa Tarakanova

G. P. Danilevsky

Lectulandia

La aparición de la Princesa Tarakanova sacude los cimientos del trono de la emperatriz rusa Catalina II la Grande. La odisea vivida por la princesa pretendiente al trono encierra un misterio que es prácticamente desconocido en nuestros días.

En 1772 aparece en París una hermosa y misteriosa joven que se presenta entonces en sociedad con el título de Princesa Vlodomir, posteriormente conocida como Princesa Tarakanova. De ella nada se sabe apenas, sólo que afirma haber sido raptada en Alemania y luego enviada a Persia. Siempre según esta mujer, en Ispahán un príncipe le revela su identidad noble y la convence para que regrese a Europa a fin de conquistar el trono que le pertenece. Rodeada de personajes sospechosos e intrigantes lleva una vida extremadamente lujosa en París, Londres y Berlín, lugares donde se encargará de propagar el rumor de que es hija de la difunta emperatriz Isabel I de Rusia —muerta diez años atrás— y de su favorito cosaco con el que se casó en secreto.

Lectulandia

G. P. Danilevsky

La princesa Tarakanova

Tesoros de Época - 1

ePub r1.0

Titivillus 11.11.2017

Título original: *Kniazhna Tarakanova*
G. P. Danilevsky, 1883
Traducción: Boyan Marcoff
Introducción: Susanna González
Diseño de cubierta: Pintura de Konstantin Flavitsky

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Grigori Petrovich Danilevsky (1829-1890) perteneció a la típica burocracia rusa del siglo XIX. Terminó sus estudios en la Facultad de Derecho de San Petersburgo y pasó casi toda su vida en oficinas y centros oficiales de la capital. Pero su pasión fueron siempre las Ciencias Históricas, en especial la historia de Rusia.

La mayor parte de sus horas libres la invertía en la consulta de libros antiguos, recopilando datos y descifrando polvorientos manuscritos; su particular atención se centraba en los archivos de Chernigov, Poltava y Kazán.

Puede decirse que se especializó en escudriñar los rincones más oscuros de la historia rusa, siempre en busca de episodios singulares, extraños y tenebrosos, relegados al olvido, fortuita o intencionalmente, descubriendo datos ignorados y arrojando luz sobre hechos poco conocidos hasta de los más versados especialistas.

Esta inclinación de G. Danilevsky coincidió con aquella época en que se empezaba en Rusia a desprestigiar la literatura llamada «sentimental», exigiendo el público temas reales, episodios «vividos» por decirlo así, tratando de pueriles las tribulaciones de personajes imaginarios y las hazañas de héroes fantásticos.

No intentaremos justificar un punto de vista tan desprovisto de fundamento, mas el hecho es que la novela histórica fue adquiriendo cada vez mayor prestigio, tanto más apreciada cuánto mayor era el material verídico, cuanto menos conocido el episodio evocado.

Los pacientes trabajos de G. P. Danilevsky fueron oportunos, y más porque el material recogido se refería a una de las épocas más interesantes de la historia de Rusia, el reinado de Catalina II. Autor sobrio, modesto a pesar de su notabilísima erudición, claro y preciso en la exposición de los hechos, G. P. Danilevsky merece figurar entre los mejores clásicos de la literatura rusa, y todas sus obras son especialmente notables por su inspiración en fuentes históricas.

Entre ellas citaremos: *Catalina II en el Dniéper* (1878); *Potemkin en el Danubio* (1878); *Mirovich* (1879); *La princesa Tarakanova* (1885) y *El año negro* (1886).

La novela que presentamos es indudablemente la que mayor interés y éxito despertó, tanto por su profundo dramatismo, como por el misterio que encierra.

Todavía hoy el misterio continua...

PARTE PRIMERA

DIARIO DEL TENIENTE KONZOV

«Sin duda alguna es una impostora...»

(De una carta de Catalina II)

I

SACUDIDOS POR LA TEMPESTAD

Mayo de 1775: Océano Atlántico.

Fragata «Águila del Norte».

Hemos sufrido durante tres días y tres noches la tormenta, y sus bandazos eran tan violentos que ni escribir podía. Amainó por fin la galerna y se calmó la mar. Nuestra fragata, «El Águila del Norte», pasado el Estrecho de Gibraltar, se halla en un punto del Atlántico que no puedo precisar en este momento. Roto el timón y sin velamen, una fuerte corriente marina nos arrastra hacia el Sudoeste... ¿Adónde nos conduce el destino? ¿Cuál será nuestra suerte? ¡Sólo Dios lo sabe!

Es de noche. Me encuentro solo en mi camarote y me dispongo a escribir. Lo haré hasta donde me permitan mis fuerzas. Y luego, puesto el manuscrito en una botella cerrada herméticamente, pienso confiarlo a las olas, con el ruego de que quien lo hallara, lo remita a las señas que indico.

¡Dios Omnipotente! ¡Consérvame la memoria! ¡Sé mi fortaleza en tan duro trance y concédeme el sosiego, tan necesario a mi atribulado espíritu!

* * *

Mi nombre es Pablo Eustaquio Konzov y soy oficial de la marina de su alteza la emperatriz Catalina II.

Cinco años atrás, gracias a Dios y a mi gran fortuna, logré distinguirme en la memorable batalla de Tchesmen. Nadie habrá olvidado que en aquella noche del 26 de junio de 1770 se cubrieron de gloria nuestros valerosos tenientes Illin y Klorachev, que acometieron a la flota turca con cuatro pontones formados de viejas barcas griegas, contribuyendo con gran eficacia a su aniquilamiento.

En aquel combate mi puesto estaba en el «Januaria» cuya misión era proteger el avance nocturno de nuestros pontones armados. Quizá peque de inmodesto si digo, en honor a la verdad, que quiso la suerte que fuese el primero en alcanzar una nave enemiga con un bombardazo tan certero, que el inflamado proyectil penetró en el mismísimo pañol de la santabárbara del galeón almirante enemigo, con el consiguiente efecto definitivo. Los turcos no tuvieron tiempo de reponerse de su sorpresa, y nuestros pontones lograron acercarse lo necesario para incendiar el resto

de la escuadra enemiga. Tanta fue nuestra fortuna y tal el acierto de la maniobra, que de cien naves, entre fragatas, galeones y galeras, al amanecer sólo quedaban unos pocos restos flotantes, humeantes aún...

Esta hazaña fue cantada por nuestro gran poeta Yeraskov, quien se dignó incluso mencionarme en las siguientes estrofas, inspiradas y altisonantes:

*Konzov lanzando al turco la metralla,
la gloria mereció en la cruel batalla...*

Aquellos halagadores versos los aprendimos todos de memoria.

Debo decir, sin embargo, que algunos ingleses como Mackenzie, Dougall, y algunos más de los que estuvieron en los famosos pontones, trataron de adjudicarse por entero el mérito de la victoria. Afortunadamente esta opinión no fue compartida por nuestro alto mando, y a todos se nos recompensó con justa generosidad. Por lo que a mí respecta, me ascendieron a teniente, agregándome además, al servicio personal del héroe de la batalla, el conde Aleksei Grigorievich Orlov.

Fui afortunado durante aquel periodo. Nuestros días transcurrían alegres entre agasajos y comilonas. Descansábamos en nuestros recientes laureles entre muestras de simpatía que no escatimaban franceses, venecianos ni españoles. La guerra aún no había terminado pero nosotros, los de la Armada, de hecho no tomábamos parte en ella habiendo dejado a los turcos sin poderío en la mar.

Recuerdo que el príncipe Aleksei Orlov solía exclamar:

—¡Esto sí que es vivir! ¡Es el cielo en la tierra!

Y sin embargo acariciaba sueños más ambiciosos, alimentados por su situación privilegiada en la Corte, premio a su apoyo en la entronización de nuestra emperatriz.

¿Quién podía imaginar que me acechaba el más cruel de los destinos? Y la fatalidad me asestó su primer golpe cuando menos lo esperaba.

Corría el año 1773. Nuestra escuadra cruzaba el Adriático cuando fui destinado para una misión muy delicada al país de los bravos montenegrinos.

Debía realizarla de noche y con fortuna logré desembarcar y cumplir mi cometido. Mas, al regresar, tropezamos con un patrullero enemigo que al divisar un cúter sospechoso se lanzó en persecución nuestra.

Durante algún tiempo pudimos hacerle frente, y resistimos hasta consumir nuestro último grano de pólvora. Todos mis marineros sucumbieron heroicamente, y yo mismo me desplomé al fondo de la embarcación, malherido en un hombro y perdiendo por momentos el conocimiento.

Apresado por los turcos, éstos no tardaron en descubrir mi verdadera nacionalidad a pesar de mi completo disfraz de albanés.

Sin embargo fui tratado con cierta solicitud, sin duda en espera de un buen rescate por mi libertad.

Entre tanto, yo pensaba para mis adentros:

—¡Pobre de ti si averiguan que en cierta ocasión les echaste a pique la nave

almirante!

II

ENCARCELAMIENTO

Mi cautiverio duró dos años.

Al principio me encerraron en una dependencia del Edículo, el imponente castillo de las Siete Torres, pero luego juzgaron oportuno trasladarme a una de las trescientas mezquitas que adornan Estambul, y en mi nueva prisión me cargaron de cadenas. No sé si lograron finalmente averiguar mi verdadera condición de oficial de la marina rusa, pero el caso fue que decidieron convertirme al islamismo, con el propósito evidente de aprovechar mis conocimientos y aptitudes.

Aquella mezquita se hallaba situada en la orilla misma del Bósforo, de tal suerte que a través de los barrotes de mi celda podía contemplar el mar y el vaivén de las innumerables barcas que lo cruzaban.

Mi carcelero resultó ser un *mollah* eslavo de origen; era un búlgaro renegado de Gábrov, y gracias a la afinidad de nuestros idiomas pronto conseguimos entendemos con bastante facilidad.

Siguiendo las instrucciones que sin duda había recibido, empezó desde los primeros días a alabar los usos y costumbres musulmanas, ensalzando al *Bajá* con frases altisonantes, y para convencerme de las excelencias de su religión, empleaba los argumentos más diversos.

Al principio me indignó tanto su conducta que me encerré en un feroz mutismo; pero luego, forzado a tolerar su presencia, comencé a replicarle y a discutir. Por otra parte, para congraciarse conmigo y como muestra de la generosidad musulmana, mi *mollah* consiguió que me trasladasen a una celda más confortable —la mejor de la mezquita— y que me diesen buena y abundante comida.

Alojado en la planta baja del edificio me trataron con mucha consideración y no me faltaron ni tabaco, ni comida, ni vino. Además, mi carcelero me obsequiaba diariamente con toda clase de succulentos manjares y variados dulces, e incluso llegaban a mi mesa los vinos generosos. Sin embargo seguía preso y vigilado.

Al principio el *mollah* observaba muy escrupuloso los preceptos del Profeta y no catava los excelentes vinos que me ofrecía. Entraba en mi celda varias veces al día siempre con la misma cantinela:

—No seas terco. ¡Conviértete! Serás libre... Serás rico y feliz. Mira cuántas hermosas naves nuestras surcan los mares. ¡Podrías ser un gran *Capitán-Baja*!

Como es natural rehusaba enérgicamente y no pocas veces su insistencia llegaba a exasperarme tanto que lo despedía con improperios que hoy no me atrevería a repetir.

En mi duro camastro yacía sumido en tristes reflexiones, inmóvil, durante largas horas. Pensaba en mis amigos, en los seres queridos, en mi libertad perdida quizá para siempre. Sentía la añoranza de la Patria, recordando aquellos felices días que se fueron, los mejores de mi vida.

Y pensaba en esa vida mía también... Pero al evocar tan tristes recuerdos, mayor era mi angustia, más honda mi desesperación.

¡Nunca olvidaré aquellas horas interminables, largas como siglos, amargas como acíbar! Y ahora, como entonces, vuelven los recuerdos. ¡Siempre los mismos!

En mi alma veo el florido rincón de mi querida Ucrania, donde nací. ¡Amada Konzovka mía! ¡Mi pobre abuela!

Y el recuerdo es tan vivo, que parece de ayer.

Recién salido de la Escuela Naval había regresado a mi pueblo natal donde residía mi abuela Agrafena Vlasevna, una Konzova como yo.

Lindaban con nuestras tierras las de los Rakitine, mucho más extensas puesto que se trataba de gente acaudalada. Él se llamaba León Hieraclevich, era un brigadier retirado, un viudo taciturno que tenía una hija bellísima, de nombre Irene.

Y quizá sea éste el comienzo de todos mis infortunios.

¿Cómo empezó aquello? Yo mismo no sabría explicarlo. Nuestro primer encuentro fue en la capilla del pueblo propiedad de los Rakitine, durante las ceremonias religiosas. Luego, en los cada vez más largos paseos por la campiña florida, por los bosques umbrosos y entre las doradas mieses... Su belleza y nuestra juventud pusieron el resto.

Porque Irene era muy bella, de hermosos y grandes ojos negros y cabellos abundantes, más negros aún que los ojos, con piel morena, sin brillo, cálida. Su voz era suave y armoniosa, y cantaba con arte y sentimiento las mejores obras de Glück, de Bach o de Haydn, acompañándose magistralmente con el clavicordio.

No me cansaba de escucharla y así llegué a quererla, a adorarla como si fuese una diosa. ¡Ella lo fue todo para mí! ¡Horas alegres y felices en las mañanas radiantes de sol! ¡Horas románticas del atardecer quieto! ¡Horas de ensueño sentimental en las noches cálidas!... Su culto hubiese llenado mi vida entera.

Nuestras citas fueron cada vez más frecuentes y las entrevistas más largas.

Luego nos escribimos. Eran cartas de amor llenas de esperanza, en las que se desbordaban mi ternura y la alegría de vivir.

Así transcurrió el verano. ¿Cómo podré olvidar aquellos días? ¡Había tanto encanto en el ensueño que creíamos que iba a durar eternamente! ¡Pobres ilusiones, destrozadas por la realidad! Un triste incidente iba a cambiar todo el rumbo de mi existencia, quebrando su destino.

Y fue así: una de mis encendidas cartas cayó en manos de su padre, y éste, lejos de aprobar nuestras relaciones se mostró enérgicamente inflexible. No sé aún si su severidad e intransigencia o los convincentes argumentos que sin duda adujo, fueron los culpables de que yo sufriera el desprecio de mi amada. ¡Triste es recordarlo! ¡Han

pasado los años y aquel recuerdo perdura cruelmente!...

Había llegado el otoño. En los campos el tono ocre aumentaba la melancolía, y el aire se mostraba heraldo de los próximos fríos. Era la mañana de un día festivo..., mañana triste como presagio de desgracias.

Nos preparábamos para la misa cuando el trote de un caballo llamó nuestra atención, y a los pocos minutos apareció un mensajero con la librea de gala de los Rakitine. Se acercó a mi abuela y luego de saludarla profunda y respetuosamente le entregó un sobre lacrado, advirtiéndole al mismo tiempo que no esperaba respuesta. Sin saber por qué, me dio un vuelco el corazón y cesó de latir mientras mi abuela leía la misiva. Y el corazón no me engañaba: ¡era una negativa rotunda!

«Me perdonará —escribía Rakitine—, pero aún reconociendo las altas cualidades que adornan a su nieto, debo manifestarle que no es partido que pueda convenir a mi hija. Por tanto, no veo motivo alguno para que siga mandándole tiernas cartas que puede reservar para otra persona más digna de sus atenciones. No se ofenda por lo dicho y tenga la plena convicción de que hallará siempre en nosotros unos buenos amigos, amigos que le aprecian profundamente, pero...».

¿Para qué seguir? Aquellas líneas me dejaron anonadado. Era el despeño de la soñada felicidad. Sentía como si todo mi ser se precipitara en un abismo sin fondo, en un torbellino de dolor, vergüenza y desengaño. ¡Los opulentos Rakitine menospreciaban a una familia por su menor caudal, desdeñando nuestro abolengo, tanto o más noble que el suyo!...

—¡Quédense con sus tesoros! —exclamaba con mal reprimido despecho y sin querer rendirme aún ante el acerbo dolor que me atenazaba.

—¡Nada me importan ya! ¡Ah, Irene, Irene! ¡Tu soberbia, tu orgullo, han vencido a los delicados sentimientos en los que depositaba toda mi fe!

Erré sin rumbo durante la mañana. Y todo me era hostil e insoportable: estancia, casa, objetos, e incluso personas.

El día era triste, frío. Murieron para mí aquellas mañanas radiantes, aquellas horas felices... Del cielo plomizo caía una lluvia fina, monótona como una obsesión. ¡Pesadumbre y melancolía en las siluetas de los árboles ya desnudos!... Aquello era insufrible. A los accesos de dolor lacerante sucedían la postración y el abatimiento. Era incapaz de pensar, de razonar.

Ordené, por fin, ensillar mi caballo favorito y como un loco me lancé por los campos desiertos en desenfrenada carrera. No sé cuánto tiempo estuve galopando sin rumbo, azotado por el viento y la lluvia, y por las ramas que me herían el rostro. Sólo sentía cómo me invadían el alma la soledad, la tristeza de las últimas hojas y la melancolía de la tierra fangosa.

Apenas noté la entrada de la noche. Sin crepúsculo, sin la armonía del ocaso, se tendió tétrica y negra, rodeándome de glaciales tinieblas.

Y sin saber cómo, me hallé al fin ante el jardín de los Rakitine. Después de atar a un árbol mi caballo extenuado, me acerqué con sigilo a la casa que sólo divisaba

como una sombra más densa. Sí, allá, a la izquierda, estaba su ventana.

¡Su ventana! ¡Tantas veces había acudido a ella!

¡Cuántos encontrados pensamientos cruzaron por mi pobre mente atormentada!
¡Loco! Pensé que bastaría que ella conociese mi presencia para que acudiera...

¡Aún esperaba!... Imaginaba que se echaría en mis brazos, que lo abandonaría todo para huir..., huir conmigo al fin del mundo donde nadie se opusiera a nuestro amor, donde seríamos felices eternamente.

Esperaba verla, abrazarla, llorar juntos todo nuestro dolor, gritarle una vez más mi desesperación.

Y la llamaba en silencio, con todos mis sentidos, con la tensión de todo mi ser, como si aquel mudo clamor de insensato pudiera llegar hasta ella.

—¡Irene!... Ven, Irene —murmuraba trémulo—. Él no te quiere. No sabe comprender tu dolor. No sabe lo que es compasión... ¡Irene!... ¡Irene!...

Una y otra noche acudí a su ventana, esperando siempre que se asomara. Intenté mandarle una carta que quedó sin respuesta. Y mi zozobra crecía. Una de aquellas noches hasta pensé en el suicidio. Allí mismo acabaría con una vida inútil y vacía. Me procuré el arma, mas..., no llegué a apretar el gatillo.

—¡No..., no..., ese sacrificio no es necesario! ¡Quién sabe! Quizá ha preferido a otro. Esperaré. Averiguaré si realmente existe el rival afortunado...

Al día siguiente supe que los Rakitine apenas enviada la carta que tan amargas horas me proporcionara, habían abandonado aquellos lugares. Me informaron que con dirección a una finca que tenían no sé qué parientes lejanos al otro lado del río Oká, pero sin poder precisar el lugar exacto. Así quedaba explicado el silencio de Irene.

III

NOTICIAS IMPORTANTES

Mi pobre abuela que tanto me quería se afectó mucho por mi desventura. Me llamó un día y me dijo:

—Estabas en lo cierto. Tu rival es un pariente lejano de los Rodich. Algo así como un duque, y vive en la corte. Me informaron que fue llamado con urgencia. Les ayudó a marcharse sigilosamente... Y ahora quiero darte un buen consejo: ¡Olvida, olvida a tu Irene! Ha demostrado ser tan orgullosa y vana como su padre. Ya encontrarás otras muchachas mejores, más bellas, más sinceras. Eres joven aún...

Siempre fui un impulsivo, y como todos los Konzov, tenía mi orgullo y mi amor propio.

«Abuela tiene razón» —pensaba, decidido a seguir su consejo—. Si Irene hubiese tenido más corazón, si su amor fuese como el mío, habría encontrado algún medio para corresponder.

Tenía entre mis papeles una copia del himno de Ifigenia, la ópera más reciente de Glück, que en aquel entonces no se había estrenado todavía y que yo destinaba a Irene. La quemé, y al hacerlo, las lágrimas pugnaban por salir...

Seguí unos días más en casa de mi abuela, y no logré dominar mi tristeza. Llegó el momento de la separación y nuestra despedida fue conmovedora, como si mi abuela presintiera que no volveríamos a vernos... Y así fue, porque aquel mismo año, tras una breve dolencia, me dejó completamente solo en el mundo.

Durante algún tiempo estuve en Moscú donde frecuenté la tertulia del conde Orlov. Luego, en Petersburgo, intenté en vano averiguar el paradero de Irene.

Mi permiso no había expirado aún. Gozaba de entera libertad, y sin embargo la vida no me era grata. Todo me parecía sin color, sin vida, sin interés. Los días se sucedían iguales, melancólicos, y en nada hallaba distracción. ¡El desengaño había sido tan profundo y la herida era tan reciente que no había alivio posible para mi dolor!

En aquellos días la situación política en el Sur, siempre más grave, llegó a su punto culminante y estalló, por fin, la guerra. Sin pensarlo mucho cursé una instancia al Ministerio de Marina solicitando un puesto en nuestra escuadra para el servicio activo. El conde Fedor Orlov apoyó mi solicitud ante su hermano Aleksei, comandante de la flota del Mediterráneo, y fui complacido.

Me lancé a las más temerarias empresas siempre ansioso del peligro y de la muerte, que esperaba como una liberación.

—¡Irene!... ¡Irene!... —murmuraba al oír el silbido de las balas y el tronar del cañón—. ¿Qué has hecho de mí? ¿Por qué has sido tan cruel? ¡Dios mío! ¡Acabar!... ¡Acabar de una vez!... ¡Morir!... ¡No pensar!...

Pero la muerte no llegaba, como si mi vida tuviese el amparo de un sortilegio. Y no caí en los más encarnizados combates ni sufrí el dolor de la más leve herida. Mi primera desventura de soldado fue caer prisionero en aquella misión nocturna.

* * *

El *mollah* destinado a mi vigilancia se mostraba cada día más afable, a la par que apremiante, y nuestras charlas y discusiones eran más largas ya.

A veces me exasperaba tanto con su insistencia, que, sin poder contenerme, le increpaba enfurecido. En otras ocasiones sólo me divertía su ingenuidad. Me burlaba de los austeros preceptos que con tanto calor defendía, y bromeando, le invitaba a beber juntos. Predicaba con el ejemplo y fueron tan convincentes mis argumentos que por fin se decidió a catar aquel excelente vino de Chíos. A partir de aquel momento nuestras horas fueron más amenas y discutíamos larga y animadamente sobre los asuntos que más nos interesaban. Hablábamos durante horas de Rusia, del Oriente, de la guerra que continuaba y de sus probables consecuencias.

Un día, —recuerdo que estábamos a mediados del verano de 1774—, mientras el muecín llamaba a los fieles para la oración vespertina, entró mi guardián y preguntó con cierta soma si había llegado hasta mis oídos la noticia de que en Italia había aparecido una rival de la emperatriz Catalina.

Fue tan grande mi asombro que de momento nada supe responder. El *mollah*, en vista de mi silencio, repitió la pregunta y añadió:

—Se sabe que es una hija de la reina Isabel y que hasta ahora vivía escondida. Hoy pretende el trono de tu Patria.

—¡Mentira! —grité indignado—. Una de tantas patrañas que habrás recogido entre la gentuza del mercado...

El *mollah* pareció ofenderse y se limitó a tenderme un arrugado pedazo de periódico que llevaba escondido entre los pliegues de su chilaba.

—Toma... Lee. En lugar de gritar, más valdría que pensaras en el destino que espera a tu Patria.

Tuve que rendirme ante la evidencia. En efecto, primero en París, luego en Alemania y finalmente en Venecia, se señalaba la presencia de una princesa, pretendiente al trono de Rusia. Se hacía llamar «emperatriz Isabel», y según los rumores estaba dispuesta a solicitar la ayuda del sultán de Turquía. Tanto era así, que ya se anunciaba su próxima llegada a la capital musulmana.

Fui siempre muy adicto a nuestra emperatriz Catalina, y aquella noticia me causó una penosísima impresión.

Al terminar la lectura, el *mollah* volvió a guardarse el periódico y me miró

significativamente. Se alejó sin pronunciar palabra, dejándome a solas con mis reflexiones que no podían ser alegres.

—¿Será posible —me decía— que nos persiga con tanta saña la adversidad? ¿Acaso no basta la horrible rebelión de Pugachev, que siembra la desolación y la muerte a lo largo del Volga? Ahora los turcos iban a tener un nuevo aliado que llevaría el desconcierto al Sur...

Por momentos crecía mi exasperación. Me acerqué a la ventana y sacudí los barrotes como si quisiera romperlos. Estaba dispuesto a roerlos si supiera que así lograría escapar.

—¡Quién fuera libre! —pensaba—. ¡Quién tuviera alas! Es necesario avisar al conde Orlov del nuevo peligro que nos acecha. Y éste puede ser mucho más grave de lo que parece, pues amenaza a toda nuestra integridad nacional en los momentos más duros. ¡Dios misericordioso! ¡Ayúdame!

¿Qué podría intentar? ¿Acaso era posible la fuga?

Mi cerebro trabajó febrilmente buscando la manera de evadirme y llegué a la triste conclusión de que sólo un milagro podría devolverme la libertad.

Y el milagro se hizo. Porque sólo con la ayuda del Cielo era posible que tuviera éxito mi desesperado intento.

Después de mucho meditar había decidido que lo esencial en mi situación era librarme de mis grilletes. Y como no era posible limarlos, resolví lograr algo que semejara a una llave y que se adaptara a los gruesos candados que aseguraban mis cadenas. Habiendo descubierto en la pared un viejo clavo, me armé de paciencia, y con el canto de una piedra lo desgasté y curvé, y así conseguí finalmente mi propósito.

Imposible describir mi alegría cuando una noche, luego de haberme cerciorado de que nadie espía mis movimientos, logré al fin desprenderme de las cadenas. Sentí tal alivio que aún corriendo el riesgo de ser descubierto, no me las puse aquella noche.

Por la mañana muy temprano volví a colocarme los grilletes escondiendo la llave en una grieta del muro, que tapé con un poco de polvo.

Había dado el primer paso hacia la libertad, pero faltaba lo más difícil. El plan era atrevido, mas la determinación estaba tomada y me hallaba dispuesto a todo. A la primera ocasión propicia mataría sin compasión al renegado, y libre de la vigilancia, intentaría alejarme inadvertido...

¿A dónde iría? ¿Lograría esconderme y eludir las pesquisas en un país desconocido en el que mis facciones, y sobre todo mi voz, bastaban para delatarme? Confiaba en Dios y esperaba que no me abandonaría en los momentos críticos.

Y él, en su misericordia infinita, no quiso abrumar mi conciencia con una muerte inútil y me libró de la repugnancia que despertaba en mí el crimen, aún como precio de mi libertad.

Aquella misma noche llegó el *mollah* cargado como siempre de vituallas y con

unos jarrones de vino. Observando su excelente humor tuve una súbita inspiración, y sin muchos preámbulos le comuniqué que, por fin, estaba dispuesto a abrazar el islamismo.

—Tus razones me han convencido —le dije—. Los turcos son gente buena y realmente no puedo quejarme del trato que me dispensan, a pesar de ser yo un enemigo, un triste prisionero de guerra. ¿Por qué he de pudrirme aquí, quizá mientras dure mi vida? Tú me aseguras que seré libre, y yo te digo que pronto sabré demostrar mi competencia para muchas cosas...

El júbilo de mi búlgaro fue tan grande, que juzgó necesario celebrar en debida forma el acontecimiento. Entre sorbo y sorbo me dirigía palabras de elogio, creciendo su entusiasmo en proporción con el líquido ingerido.

Apenas necesitaba animarlo.

—No puedo más —murmuraba con los párpados ya entornados—. Es la hora de la plegaria... Notarán mi ausencia...

Pero seguía bebiendo.

Por fin se tumbó en el suelo, salmodiando no sé qué sentimental canción de su tierra, y poco después dormía profundamente.

Por precaución le di dos o tres fuertes sacudidas; el sueño seguía.

Convencido de su perfecta insensibilidad, le quité las babuchas, le despojé de su chilaba y del turbante comprobando que me caían admirablemente. Advertí con satisfacción que mi barba había crecido mucho, siendo ahora casi tan larga como la suya y que teníamos aproximadamente la misma corpulencia.

Tapando en lo posible el rostro con el capuchón, abandoné mi celda con paso mesurado, procurando imitar el andar reposado y suave del osmanlí^[1].

Los centinelas que encontré en el patio no me prestaban atención, y a los pocos momentos cruzaba el pórtico principal de la mezquita perdiéndome entre las sombras de la noche propicia.

¡Era libre! Avanzaba como en un sueño, dudando de la realidad, conteniendo a duras penas un deseo loco de correr, de saltar, de cantar mi liberación. Al principio me desconcertó la animación de las calles y varias veces estuve a punto de delatarme, pero me repuse, y con la mayor cautela proseguí en dirección al puerto. Durante el día había observado una nave arbolando pabellón francés fondeada a corta distancia, y mi intención era alcanzarla a nado si fuera preciso. Y ahora, siguió también guiándome mi buena estrella, pues al tropezar con un barquero medio dormido, le indiqué con un gesto el barco que me interesaba, y poco después pisaba su cubierta. ¡Estaba a salvo!

IV

LA PRINCESA

El capitán de aquel velero era un gallardo mozo, alto, robusto y de curtido rostro. Al confesarle mi condición de oficial de la marina rusa, declaró que estaba dispuesto a ayudarme por todos los medios; luego, mirándome fijamente, me preguntó:

—¿Será usted por casualidad el teniente Konzov?

Un ligero sobresalto me hizo titubear, pero juzgando injustificados mis temores, respondí afirmativamente.

Al oír mi respuesta, el capitán se conmovió profundamente. Me abrazó con entusiasmo, asegurando que sabría protegerme y que podía contar con él incondicionalmente. Era un hombre enérgico y rápidamente se hizo cargo de la situación. Prometió al barquero una buena remuneración, ordenó que no le dejaran partir y lo izaron a bordo junto con su bote. Inmediatamente dio señal de aparejar, y apenas había transcurrido una hora, ya alzábamos el ancla para alejarnos de Estambul con las velas hinchadas por una fresca brisa favorable.

Algo apartados ya de la costa, dejamos en la mar al barquero, seguros de que no nos podía perjudicar su denuncia, caso de hacerla al llegar a puerto. Al amanecer nos hallábamos ya lejos de la tierra otomana, sin que nadie nos persiguiera; todo hacía suponer que el infeliz *mollah* aún estaría durmiendo bajo los efectos del vino.

El capitán y la tripulación se mostraron conmigo amables y generosos. Me proporcionaron buen vestido y lograron reunir, en colecta voluntaria para mí, una respetable suma. Luego me propusieron transbordarme a la primera nave rusa que encontráramos en aguas italianas.

Conversando con el capitán, a quien referí con gran lujo de pormenores mis últimas aventuras, averigüé que la extraña mujer que tanto me preocupaba había abandonado Venecia, y al parecer se hallaba en la República de Ragusa. En aquel preciso momento nos hallábamos casualmente frente a aquellas costas inseguras y supliqué al capitán que nos dirigiésemos a ellas y me desembarcara. Todos trataron de disuadirme juzgando temeraria mi pretensión, pero insistí tanto, que no tuvieron otro remedio que acceder a mi deseo. Me despedí muy conmovido de aquella buena gente, y al atardecer pisaba ya las calles de Dubróvnik.

Poco tardé en orientarme, y poco también en darme cuenta de que la presencia de la princesa era el tema obligado de todas las conversaciones. Supe que, lejos de estar sola, iba acompañada por un numeroso séquito, formado en su mayor parte por

dignatarios polacos.

En el lugar donde me hospedaba se alojaban algunos de esos personajes que me trataron al principio con cierta desconfianza, pero al conocer mi condición, puesto que no había motivo alguno para ocultarla, no disimularon el interés despertado por mi presencia. Todos supieron que mi intención era reincorporarme cuanto antes a la escuadra del conde Orlov. Pocos días después me propusieron una entrevista con la princesa, que, según me dijeron, deseaba conocerme.

—¿Quién es ella? —pregunté en cierta ocasión a un joven oficial polaco que formaba parte de su séquito.

—Es una hija legítima de vuestra difunta emperatriz Isabel, que estaba casada en secreto con el príncipe Razumovsky. La niña que tuvieron fue llevada a Persia. Ya de mayor vivió escondida en Kiel. Luego estuvo en Londres y en Berlín, siempre bajo nombres supuestos. En París, la conocieron como la «señora de Azof»; en Berlín y aquí, en Ragusa, es la princesa de Pinneberg... Pero ella es la emperatriz verdadera. El trono de Rusia le corresponde por derecho, ya que por sus venas corre la sangre de Pedro el Grande. No pocos príncipes germanos la han pretendido. Y aquí, en Ragusa, se aloja en la residencia del cónsul de Francia. La Corte francesa le ha prometido su apoyo...

Estos detalles no dejaron de impresionarme. Además, había algo que me desconcertaba. Berlín..., Kiel... y el Principado de Holstein. La fatalidad había relacionado siempre aquellos nombres en la vida de los hijos de nuestro gran zar. En Kiel se había casado la princesa Ana; Holstein fue la patria de Pedro III...

También me atormentaban otras preocupaciones. ¿Hasta qué punto estaban en Petersburgo al corriente de lo que se tramaba? ¿Cuál era la actitud de nuestro gobierno? Necesitaba averiguarlo.

Llegó, por fin, el día señalado para la entrevista. Me arreglé con todo esmero; empolvado y perfumado me dirigí a la residencia del cónsul francés, donde ya me esperaba impaciente el mariscal de la princesa, un cierto barón de Korff.

Fui conducido al salón de recepciones —una estancia clara y espaciosa, tapizada de azul celeste y amueblada con gusto, a base de tonos pálidos.

Poco hacía que esperaba cuando oí, cada vez más próximos, pasos y voces animadas; luego se abrió la puerta y entró la «emperatriz», seguida de numerosas personas de su brillante séquito, compuesto, según supe más adelante, por el famoso príncipe Radziwiłł; su hermana, la baronesa Moravskaya; la duquesa de Sanguchko; el barón de Potozky, que entonces acaudillaba a los confederados polacos, y por otros personajes de no menor alcurnia. Lucían todos flamantes uniformes, en los que se prodigaban las condecoraciones, cruces, estrellas y cintas multicolores.

Toda mi atención se concentró, como es natural, en la princesa, que lucía un llamativo traje de amazona recamado de oro y un manto rosa adornado con delicadas blondas. En su toca blanca dominaba un penacho de plumas negras, completando el conjunto dos diminutas pistolas en el cinto, artísticamente cinceladas.

Los altivos magnates polacos la trataban con gran deferencia, llamándola *Alteza*, y si ella se sentaba, no se atrevían ni siquiera a imitarla.

El aspecto de la princesa me impresionó. Era una mujer perfecta en todo. A lo sumo tendría unos veinticuatro años. Alta, esbelta, de rubio y abundante cabello; de pálido cutis, ligeramente pecoso; de ojos pardos, muy grandes y vivos, con insignificante estrabismo que daba a su rostro una expresión maliciosa de singular atractivo.

Había contemplado en mi infancia muchos retratos de la emperatriz Isabel y el rostro de la princesa evocó en mi mente el de la difunta zarina.

Quizá mi azoramiento, que no pude disimular, fue la causa de que recibiese de todos saludos y sonrisas de simpatía.

Besé la mano de la princesa, mientras me daba la bienvenida en francés. Luego, después de invitarme a tomar asiento, un leve gesto altivo indicó que la audiencia oficial había terminado. Poco después nos encontrábamos solos.

V

ENTREVISTA CON LA PRINCESA

Tras las breves palabras de rigor en tales casos, el silencio se hizo embarazoso; fue ella quien primero inició el diálogo.

—¿Así que usted es un oficial de marina?

—En efecto..., excelencia —contesté algo indeciso respecto al tratamiento que le correspondía.

—Ya sé que se ha distinguido en la batalla de Tchesmen... Ha debido de sufrir mucho en poder de los turcos...

Hubo otro silencio. Y de pronto habló ella con una voz singularmente apasionada, grave pero armoniosa, y cuyo timbre difícilmente olvidaré.

—Escuche —me dijo—. Soy una princesa rusa. Hija de aquella emperatriz tan querida en su tiempo. Porque ha de saber que mi madre fue muy querida por el pueblo. Todo el mundo respetaba a la hija de Pedro el Grande. ¿Acaso no es cierto? Y mis derechos al trono me fueron conferidos en su testamento. La misma sangre corre por mis venas...

—Pero actualmente tiene ya Rusia su emperatriz —me atreví a objetar—. Y también la quiere el pueblo, y es buena y respetada.

—Lo sé... Lo sé... Catalina es buena, grande y generosa... ¿Quién soy yo, pobre de mí, para poder rivalizar con ella? Yo también soy su sierva sumisa.

—¿Cuáles son, pues, vuestros propósitos? —pregunté extrañado.

—Busco un apoyo. Quiero que se haga justicia y que se reconozcan mis derechos.

—Pero esos derechos tendrían que demostrarse —no pude menos que objetar.

—¡Ah! ¿Quiere pruebas? No están lejos. Mire: aquí las tiene... —exclamó levantándose rápidamente para sacar de un pequeño mueble, instalado en un rincón de la estancia, unos papeles. Al entregármelos, me dijo:

—Aquí están las pruebas. Este documento es el testamento de Pedro el Grande y aquí puede ver el de mi madre, la difunta emperatriz Isabel de Rusia.

Recorrí con la mirada rápidamente aquellos documentos, ambos redactados en francés.

—No son más que copias...; son traducciones —observé al devolvérselos.

—Puede estar tranquilo —repuso ella, mientras volvía a guardarlos en el mueble—. Los originales se hallan en lugar seguro. ¿Acaso sería prudente llevarlos conmigo por todas partes? No quiero correr riesgos tan grandes.

Y luego, señalándome la pared, agregó:

—¿Y eso no basta acaso?

Alcé la vista y vi dos retratos: uno, de la difunta zarina, y el otro, de la singular mujer que me estaba hablando.

—¿Acaso no nos parecemos? —me preguntó ella mirándome fijamente.

—El parecido es indiscutible —repuse—. Si no es indiscreto ¿en qué fecha fue pintado este retrato suyo?

—Este mismo año. Es del célebre Piazzetti, de Venecia, quien después de haber pintado al príncipe Radzivil, mi prometido, insistió en hacer el mío.

Nuevo silencio durante sólo unos segundos.

—¡Qué tiempos los nuestros! —exclamé, iniciando el nuevo diálogo—. ¡Por doquier parecen resucitar los muertos! Allá en el Volga es el difunto zar Pedro III... Y aquí es la hija de la zarina Isabel...

—No me confunda con Pugachev^[2] —protestó ella, y un leve rubor coloreó sus mejillas—. Este hombre, a pesar de sus pretensiones al trono y de haber acuñado moneda con su efigie: *Redivivus et ultor*, por ahora no es más que un... representante mío en aquellas regiones.

—¿De modo que usted lo considera también como un impostor? —pregunté extrañado.

—Por ahora no quiero decirle nada. No me lo pregunte —me respondió enigmática—. Luego lo comprenderá todo. Sólo le diré que actualmente son muchas las ciudades que ya cayeron en su poder. Ha ocupado Kazán, Orenburgo y Sarátov. Toda aquella parte del Volga se halla en sus manos. Ignoro su pasado, ni quiero juzgarlo. Es una cuestión aparte... Pero yo..., yo soy realmente la hija de la emperatriz Isabel.

—¿Quién fue su padre? —pregunté atrevido.

Tardó unos instantes en contestarme y frunció el entrecejo.

—¿Es posible que lo ignore? Fue el conde Aleksei Razumovsky. Se casó en secreto con mi madre. Toda mi infancia transcurrió en viajes. Yo misma no lo recuerdo bien... Sólo conservo en la memoria algunas imágenes vagas, borrosas. Recuerdo el sur de Rusia... Un lugar solitario... No querían que yo recordase mi pasado. El dinero no contaba. Siempre me cambiaban de lugar... El conde Chuválov conoce bien toda mi historia. Tuve ocasión de verle y de hablarle durante mi última peregrinación a través de Europa.

—¡Cómo! ¿Usted ha visto al conde Chuválov? ¿Dónde? ¿Cuándo? —exclamé muy intrigado, al recordar que muchos creían que era su verdadero padre.

—Fue en Spa. Unos amigos me dijeron que había llegado un ruso ilustre, algo así como un hombre de ciencia o un explorador famoso, y no pude negarle la entrevista. Se presentó bajo nombre supuesto, y noté que no apartaba de mí sus ojos tristes. Advertí bien que estaba conmovido, mas yo desconocía la causa. Fue más tarde cuando supe que se trataba del célebre y antaño poderoso Iván Chuválov, el gran favorito de mi madre...

Hubo otro silencio.

—¿En quién confía usted? —pregunté por fin—. ¿Quién supone usted que podría ayudarla?

VI

LOS PLANES DE LA PRINCESA



a princesa me contestó con otra pregunta:

—¿Podría ayudarme usted si se presentara el caso? Titubeaba. Ella insistió:

—¿Estaría dispuesto a prestarme un servicio si fuese necesario?

—¿Qué servicio?

—Escuche; si Catalina estuviese dispuesta a un arreglo equitativo y justo, como buenas amigas —pronunció ella recalcando las palabras—, por parte mía estaría pronta a favorecerla con todos mis medios. Le dejaría todo el norte: San Petersburgo, las provincias bálticas y hasta Moscú. Yo quiero el Cáucaso, el sur y la parte oriental del Imperio. Con poco estaría satisfecha, y le juro que nunca habría discordia entre nosotras. Yo sabré gobernar... Es necesario liberar Polonia y Ucrania... ¿Usted es ucraniano, verdad? En mi infancia estuve en aquel país...

—Pero en el caso de que Catalina quisiera oponerse..., me vería obligada a recurrir a la violencia. Pienso dirigirme a Estambul, donde me espera el sultán de Turquía. Guiaré sus ejércitos a través de los Balcanes, hacia el Danubio... Catalina tendrá que rendirme cuentas. Tendré muchos partidarios. ¡Todos los descontentos! ¡Y entre ellos, al almirante! ¡El mismísimo conde Orlov!

—¿El conde Orlov? ¡Imposible!

—¿Por qué imposible? ¿Cree que me equivoco?

—Permita, excelencia, que exprese mis dudas. Creo que son sueños irrealizables. Quisiera saber en qué funda usted la esperanza de que el conde..., digámoslo así, traicione a su Patria.

—¿Quién habla de traición? —exclamó ella indignada.

Pero se calmó inmediatamente.

—Lo comprendo. Usted no puede hablar de otro modo... Ha permanecido tanto tiempo alejado del mundo que ignora muchas cosas... Ha de saber que los Orlov han decaído. Han perdido su prestigio. Hoy el favor es para sus enemigos irreconciliables, los Panine. Grigori Orlov, que durante tanto tiempo fue el favorito de la emperatriz, ha caído en desgracia. Despechado, interrumpió las negociaciones con el Sultán casi vencido, y regresó a San Petersburgo. Pero no fue admitido a la Corte y le desterraron a Revel. ¿Le parece extraño? Pues es así. Más aún: Aleksei Orlov no disimula su resentimiento y desea el desquite. Podrá serme muy útil. Le mando una carta y un manifiesto.

—¿Qué manifiesto? ¿Unas proposiciones?

—Eso mismo. Si está dispuesto a ayudarme, le propongo que dé a conocer el manifiesto a la escuadra, que defendería mi causa, mis derechos...

—Pero es imposible... —intenté replicar—. No niego que el plan es audaz... Pero no lo ha pensado bien...

—¿Por qué no? Los agraviados esperan el desquite; los despreciados, la venganza. ¡Así es la vida! ¿Acaso existe algo tan amargo como el olvido de pasados favores? Nada duele tanto como la ingratitud. Los Orlov se hallan en este caso. ¡Nadie ignora que Catalina les debe su trono!

Se levantó y acercándose a la ventana la abrió de par en par. Luego me habló de sus proyectos, de sus esperanzas y sus planes para conquistar el trono con la ayuda de la escuadra.

Apasionada, violenta, hablaba con una emoción sincera, sin poner atención en mis réplicas y observaciones. Ningún argumento hubiese sido capaz de disuadirla de su empeño.

Era todo nervios. Por su audacia y su energía bien podía rivalizar con cualquier hombre.

—¿Usted se extraña? —decía ella alzando la voz—. ¡Seguramente se pregunta por qué tengo tanta confianza! Pues..., porque ya son muchos los que creen en mí y están dispuestos a ayudarme. Pero es usted el primer compatriota que considero digno y recto, sin rencores mezquinos, desinteresado. Yo aprecio hombres así. No lo olvidaré. Créame: yo me encumbraré, alcanzaré la gloria, el poder... ¡Rusia está cansada! ¡Está harta de guerras, de reclutamientos, de disturbios y de epidemias! Los impuestos no dejan respirar al pueblo. Los alzamientos se suceden... Los soldados se nutren mal; les falta el calzado; no se piensa en la higiene. ¡Hay tantos descontentos! Un oficial de marina no puede ignorarlo. Estoy segura de que el pueblo me aclamará como Isabel II, emperatriz de Rusia. Mi triunfo no será menor del que antaño tuvo Catalina.

Tanta suficiencia me irritaba.

—¿Sabe usted ruso? —le pregunté por fin, ya que hasta entonces sólo habíamos hablado en francés.

—No hablo el ruso —confesó ella—. Me llevaron a Siberia cuando apenas había cumplido tres años. Desde allí pasamos a Persia. Recuerdo que me cuidó una viejecita en Ispahán. El francés lo aprendí en Bagdad, con un maestro que se llama Fournier...

Yo seguía callado. Pero ella continuó:

—¿Acaso el zarevich Dimitri^[3] hablaba en ruso? Y sin embargo, fue reconocido en Moscú. Nada significa el idioma. Son cosas que se olvidan..., que se aprenden... Pero sin importancia alguna.

—Dimitri hablaba un dialecto del sur. Y no fue más que un impostor.

—*Gran Dio!* ¿Es posible que usted crea en este cuento? Escúcheme y recuerde bien mis palabras: ¡Dimitri era un zarevich legítimo! Se había salvado por milagro de

los asesinos de Godunov. También yo me salvé por milagro del veneno... ¿No lo sabía? Pues sí, «señor» Konzov. Aún alejada de mi patria conozco mejor que muchos la trágica historia de mi familia. El sah de Persia pretendía mi mano. Pero yo rehusé, porque es un enemigo de mi nación. ¡Me reconocerán! ¡Tendrán que reconocer mis derechos! Tengo una fe ciega en mi buena estrella... Y quiero encargarle una embajada para el conde Orlov. Piénselo bien. No quiero que se precipite. Usted es el primer militar ruso no separado del cuerpo que encuentro... Esta entrevista nuestra es providencial. Lo presiento...

Se había levantado al pronunciar estas últimas palabras. Luego, con un saludo altivo, me dio a entender que la audiencia había terminado.

VII

LA CARTA

uién era aquella mujer? ¿Una impostora o una verdadera princesa de sangre real? Quedé perplejo, sin saber qué conducta seguir. ¿Hasta qué punto podía aceptar su proposición, siendo militar y habiendo jurado fidelidad a mi Patria y a mi emperatriz?

Así estuve varios días, sin comunicarme con nadie, nervioso y malhumorado.

Una vez vino a verme su secretario Charnomsky. Era un hombre de unos cuarenta años; en su tiempo había sido rico, y se hizo famoso por sus duelos y vida turbulenta. Perdió toda su fortuna en el juego, y ahora servía a la princesa, de la que estaba perdidamente enamorado, según afirmaban algunos.

Había conservado unos modales distinguidos y un hablar discreto y agradable. Me habló de ella en tono admirativo, elogiando su generosidad y valentía, y jurando ser cierta la autenticidad de su origen. A continuación repitió la oferta, preguntando si estaba dispuesto a servir de emisario.

—En resumidas cuentas, ¿quién es su padre? —pregunté con cierta brusquedad—. Usted sabe defenderla muy bien, pero se necesitan pruebas, testimonios... Es tan sospechoso todo eso...

Vi claramente cómo se sofocaba, cómo la sangre le afluía al rostro.

—¿Sospechoso, dice usted? ¿Qué dudas pueden haber? Su padre mismo, el conde de Razumovsky, no las tiene.

Luego, habiendo recobrado el dominio de sí mismo, agregó:

—Si lo desea teniente, le puedo suministrar todos los informes necesarios. La emperatriz Isabel tuvo varios hijos de su casamiento en secreto con el conde Razumovsky...

—Todo eso son cuentos... Nadie lo sabe cierto...

—Naturalmente, es un asunto muy delicado. Hasta ahora se ha observado el mayor misterio, y en esto tiene usted razón —prosiguió Charnomsky—. Son cosas que no pertenecen al dominio público. Pero yo le hablo con pleno conocimiento de causa. Nadie sabe lo que ha sido de los demás descendientes, ni siquiera si están vivos o muertos. En cambio es cierto que la princesa Isabel fue llevada a los cosacos de Daragán, familiares de los Razumovsky, cuando contaba dos años... Aquellas tierras llevan el nombre de «La Daraganovka», pero los campesinos las llaman *Tarakanovka*^[4]. La madre de la pequeña, al oír un nombre tan extraño, comenzó a llamarla, en broma, *princesita de Tarakanova*... Sus padres cuidaron de ella los

primeros años. Venían a verla, mas luego se fueron espaciando las visitas y llegaron a olvidarla...

Me impresioné mucho cuando Charnomsky pronunció por primera vez la palabra *Tarakanovka*. De momento no pude precisar mis sentimientos. Pero aquel nombre evocó en mi mente unos recuerdos vagos... Algo que se refería a mi propia infancia. La Konzovka... Mi abuela... Eso es, ¡mi abuela! Agrafena Vlasevna sabía muchas cosas; conocía muchos detalles de la vida íntima de la familia reinante. Ella me había hablado de aquel pastorcillo que todos conocían por Alechka Razúm^[5], que luego fue conde y esposo morganático de la emperatriz. Mi abuelo, Heráclito Konzov, le debió no pocos favores siendo vecino de los Razumovsky... Luego mis recuerdos se fueron precisando. Nos dirigíamos mi abuela y yo a la finca de unos lejanos parientes nuestros. Teníamos que atravesar la aldea de Baturino, en la residencia del *hetmán* cosaco Cirilo Razumovsky.

Era un tranquilo atardecer de verano y los caballos avanzaban al trote. Divisamos en la neblina crepuscular las aspas inmensas de unos molinos de viento, algunas cabañas medio derruidas, y al otro lado de la carretera, emergiendo de un abetal, la cúpula de una iglesia. Mi abuela se santiguó y quedó pensativa. Luego murmuró en voz queda:

—*Tarakanilla*.

—¿Qué has dicho, abuela? —le pregunté.

—He dicho *Tarakanilla*...

—¿Y qué significa?

—¿Quieres saberlo? Pues escucha: Aquí, en esta aldea, vivía una criatura...; vivía oculta, envuelta en el misterio...; era una chiquilla preciosa, rubia, sonrosada... Un angelito. Pero un día desapareció y nadie supo más de ella...

—¿Quién era, abuelita?

—Era la Caperucita Roja... —me contestó en voz baja—. Y como en el cuento, habrá sido devorada por los lobos la pobre *princesita de Tarakanova*...

Mi abuela no dijo nada más, y por mi parte no insistí, creyendo que realmente se trataba de alguna niña víctima de los lobos que en invierno abundaban en aquellos parajes.

Y ahora aflúan a mi mente aquellos recuerdos: las sombras de los abetos, los molinos y la cúpula dorada por los últimos reflejos del ocaso.

Quedé pensativo. Fue Charnomsky quien me devolvió a la realidad.

—¿Qué decide, *pane-teniente*? ¿Acepta?

—¿Podría explicarme lo que de mí espera la princesa? Quisiera que concretase más...

—¡Oh! Muy poca cosa, *pane-teniente* —dijo Charnomsky, levantándose—. Se trata de remitir un pliego al conde Orlov. Sólo eso. Le dirá dónde y cómo tuvo lugar su entrevista con la princesa Isabel. Le dirá con cuánta impaciencia espera su respuesta. Del resultado de esta delicada misión dependen los futuros

acontecimientos y las decisiones de su alteza imperial en lo que se refiere al sultán de Turquía.

Charnomsky me entregó un paquete.

—Aquí están las proclamas y la carta —me dijo, acompañando las palabras con una profunda inclinación.

Había tenido ya tiempo de reflexionar. ¡Aceptaría! Bien mirado mi obligación era comunicar al conde todo lo que supiera del asunto. Era él quien debía decidir lo que convendría...

—Está bien. Acepto —contesté—. No sé aún quién puede ser esta princesa, pero transmitiré escrupulosamente su mensaje al conde Orlov.

Todavía tuve que permanecer algunos días más en Ragusa, esperando la llegada de una nave con rumbo a Italia. Embarqué el mismo día en que tuvieron lugar los maravillosos festejos dados por el conde de Radzivil en honor de su prometida.

Fue una fiesta como pocas y se habló de ella en toda Europa. Derrochador, loco por la princesa, el conde no reparó en gastos. Siempre fue espléndido, pero en esta ocasión quiso serlo más todavía. Corrieron torrentes de vino, hasta la madrugada sonó la música, en el parque dispararon los cañones y hubo un castillo de fuegos artificiales compuesto de mil cohetes. Cuando ya clareaba, el magnate polaco anunció a sus invitados que «para refrescar» había preparado un verdadero invierno y que se regresaría en trineo. Y así fue, en efecto. En pleno estío y hasta donde alcanzaba la vista, brillaba por su blancura un campo magnífico... de sal.

* * *

Me atenzaba la obsesión de la duda. ¿Se trataba realmente de una hija legítima de la difunta emperatriz? ¿No sería una impostora audaz? Y aún podría darse el caso de que todo fuese un simple cuento y ella fuese sincera. Recordando sus palabras, su voz y la expresión de su rostro al hablar, y ciertos destellos que había observado en sus ojos, quedaba pensativo. Eran tan pronto unos fulgores bruscos, como un centelleo apenas perceptible. Tanto podían reflejar el temor o la duda, como la esperanza y la fe en su destino. Tras aquellos ojos inmensos, brillantes pero enigmáticos, se agitaba todo un mundo de pasiones. Se adivinaba su espíritu inquieto, pero fiero, dominado por una voluntad singular. Aquella mujer no repararía en medios para alcanzar la meta que se había impuesto.

Por otra parte, mi conducta tampoco me dejaba tranquilo. Yo cumplía mi deber y, sin embargo, había algo en mi proceder que parecía un soborno o una traición... No podría ser leal a su causa, y terminaría mi compromiso donde empezaba mi honor de militar... Y por encima de todo, sin que pudiera remediarlo, sentía cierta compasión, no hacia la princesa, no hacia la pretendiente a un trono, sino sencillamente hacia la mujer, hacia la mujer bella y extraordinaria...

VIII

LA ENTREGA

Desembarqué en Ancona, y desde allí proseguí hacia Bolonia, donde se hallaba, según me informaron, el estado mayor de nuestra flota.

En efecto, el conde Aleksei Orlov, el héroe de Tchesmen, no era entusiasta del mar y habiendo abandonado interinamente el mando de la escuadra en manos del vicealmirante Samuel Craig, estableció su cuartel general en tierra firme. Era hombre afable, de costumbres sencillas, amante de la algazara y afectuoso con sus subordinados.

Conocí a la familia Orlov cuando aún estaba en Moscú. Mi padre en su juventud había trabajado con ellos, y yo mismo estuve repetidas veces en su residencia. Moscú era la ciudad preferida del conde Aleksei. Todo el mundo conocía su figura imponente y en todas partes eran familiares sus ojos alegres y bondadosos. Hombre recto, de vida irreprochable, siempre estaba dispuesto a socorrer al necesitado.

Tenía una famosa colección de tapices y una notable colección de armas, sin hablar de su galería de cuadros...

Recuerdo asimismo el jardín, con sus cascadas y surtidores, y el estanque artificial. Cerca de la puerta cochera había una jaula con un papagayo parlanchín, que con su grito de «¡Viva la emperatriz!», llamaba la atención de los curiosos.

Muy a menudo se organizaban banquetes y fiestas, y según se decía, era frecuente la reunión de más de trescientos comensales.

De natural sencillez, su hospitalidad era también sencilla, franca y alegre. Sabía entretener a sus invitados con toda clase de espectáculos, sin despreciar los pasatiempos típicamente populares, como cantos regionales y escenas de lucha y pugilato, en las que frecuentemente tomaba parte. Tenía una fuerza hercúlea; doblaba herraduras y gruesas barras de hierro.

Se complacía divirtiendo a la gente con bromas inocentes. Precisamente recuerdo que un día, para ridiculizar la moda de los impertinentes entre la juventud moscovita, escogió un jaco del más lamentable aspecto para pasearlo por la ciudad con unos impertinentes y un gran letrero, en el que podía leerse: «Sólo tengo tres años, pero ya los llevo».

Su mayor debilidad eran las cacerías y los caballos. Tenía los mejores potros de Moscú y su cuadra era famosa en toda Rusia.

Su alegre carácter se reflejaba hasta en la correspondencia oficial, y todas sus cartas respiraban buen humor.

Para notificar a su hermano Grigori el resultado de la batalla de Tchesmen, escribió: «¡Buen día tengas, hermanito! Al enemigo buscamos, pronto le hallamos, luego le vencimos, su flota incendiarnos y a nuestras casas regresamos. Y a pesar de todo, yo gozo de perfecta salud. Aleksei Orlov». Recuerdo que sacamos muchas copias de esta epístola singular.

Aquel hombre nunca había soñado obtener un cargo en la marina. Hasta para reunirse con la escuadra en Italia había preferido efectuar el viaje por tierra. Se había hablado bastante de su participación en la entronización de la emperatriz Catalina II, pero su personalidad se destacó aún más con el éxito conseguido en la batalla de Tchesmen. Para la mayoría seguía siendo un enigma. En las grandes recepciones oficiales se presentaba con todo el esplendor de su brillante uniforme de almirante, y sin embargo, cuántas y cuántas veces había frecuentado la mejor sociedad de París con un sencillo *kaftán*. Cambiaba bruscamente de humor y era difícilísimo adivinar sus propósitos.

¡Cuántas veces había logrado sorprenderme y desconcertarme con sus gestos y palabras! Dominaban siempre su ingenio agudo y su clara inteligencia, servida por una memoria notable y una voluntad realmente excepcional.

Después de tan larga ausencia, estaba impaciente por volver a verle, aunque confieso que el mensaje que llevaba no era precisamente de los de mi agrado. Ya había anunciado al conde desde Ragusa que era portador de graves noticias sobre «cierta persona» con quien había tenido ocasión de entrevistarme, mas ignoraba en qué forma sería acogida mi iniciativa en los medios oficiales.

El viaje por Italia resultó más largo de lo que yo esperaba. Por fin, y tras no pocos contratiempos, entre los que sólo mencionaré una enfermedad que me retuvo unos días en un viejo castillo, llegué felizmente a Bolonia.

Al penetrar en el suntuoso palacio que servía de residencia al príncipe me informaron que estaba dispuesto a recibirme. Repito que sentía cierta aprensión, que iba en aumento mientras cruzaba los interminables pasillos y las inmensas salas de palacio. Por una parte, podía esperar un ascenso, con una buena gratificación por tantas penalidades sufridas, mas por otra tendría que soportar todo el peso de la responsabilidad por mi entrevista con la princesa Tarakanova; es decir, con una peligrosa rebelde. Realmente, mi proceder podía interpretarse de muy distintas maneras. Si en aquel momento me hubiesen preguntado mi opinión sincera, habría titubeado bastante... En Ragusa recogí algunos rumores sobre las relaciones más o menos lícitas que ella sostuvo con no sé qué potentados. Pero en realidad eran chismes que, aún en el caso de tener algún fundamento, no alteraban el aspecto político y legal de la cuestión. En la difícil situación en que se encontraba la princesa, quizá habría buscado protección sin reparar en medios. Por otra parte, era natural que su vida agitada y aventurera estuviese expuesta a los más desfavorables comentarios.

Preocupado con estas reflexiones llegué al piso superior del vasto edificio. Y más arriba aún, me guiaron a una especie de soleada buhardilla, en el tejado mismo, en el

lugar más apartado del palacio. Encontré al conde sentado tranquilamente en un tosco taburete, en mangas de camisa y sorbiendo lentamente un refresco, mientras seguía con atención las evoluciones de una bandada de blancas palomas. Recordé que, en efecto, era ése uno de los entretenimientos predilectos de aquel hombre extraordinario.

—¡Ah! Eres tú, Konzov —me saludó, volviendo apenas la cabeza—. ¿Has conseguido fugarte? Enhorabuena... Ven; siéntate aquí... ¿Eh? Mira aquella parejita... Son hermosas... Y esta otra...

No encontrando donde pudiera sentarme, permanecí de pie, y mientras el conde seguía observando las palomas, pude examinarlo a mi antojo. En aquella fecha apenas había cumplido los treinta y ocho años y se hallaba en pleno desarrollo de su naturaleza robusta. Era ancho de espaldas, con un cuello de toro, soportando una cabeza de luchador. Todo su ser rebosaba salud y energía, y su rostro, noble y abierto, era expresión de una voluntad decidida...

—¿Qué miras? —me preguntó por fin—. ¿Lo que estoy haciendo? Pues ya ves: así pasamos nuestro tiempo mientras tú te pudrías en una mazmorra... Fíjate en esas palomas. Son especiales. Te llevan una carta a cientos de kilómetros... Son palomas mensajeras. Sería interesante criarlas en Rusia... Bueno, vamos... Cuéntame tus andanzas...

Al principio me escuchó distraído, pero a medida que avanzaba mi relato iba prestando mayor atención, y por fin, cuando llegué a contarle mi entrevista con la princesa Tarakanova, alargándole a continuación el paquete que ésta me confiara, se levantó, lanzó el puñado de arvejones y dijo, sin ocultar su preocupación:

—Las noticias que me traes, amigo, son tan graves que hemos de examinar la situación con más calma... Aquí, en este *sobre* no podemos hablar. Vamos a los camarotes de popa...

Esta vez bajamos por una estrecha escalera directamente a la planta baja. El conde empujó una puerta y nos encontramos en un jardín umbroso y solitario.

—Aquí no nos molestará nadie —me dijo—. Y es necesario que me lo cuentes todo, pero más detalladamente.

Fuimos internándonos por el parque; sólo se oía el rumor de nuestras pisadas sobre la grava de los bien cuidados senderos.

El príncipe me acosaba a preguntas y escuchaba con gran atención mis respuestas.

—Amiguito... Tú quieres pasarte de listo —exclamó de pronto, parándose—. ¿Qué razón tienes para afirmar que es una impostora, una advenediza? Tienes que explicarte con claridad. ¿Lo sabes a ciencia cierta? ¿Has logrado averiguarlo? Aún me ocultas algo...

Nos sentamos en un banco, y así logré disimular mi turbación. Reflexioné unos instantes y decidí contestarle con la mayor franqueza.

—Señor —le dije—. Confieso humildemente mi desconcierto. Por una parte, su vida entera, desde su infancia, es tan singular, tan extraña, que parece inverosímil.

Primero Siberia, aquel intento de envenenarla que dejó sin explicar; luego Persia, su extraordinaria peregrinación por Europa..., las grandes Cortes, los príncipes, los reyes y los magnates... Yo soy un leal servidor de nuestra emperatriz Catalina... Pero quisiera conocer la verdad. Me fijé en muchos detalles; investigué hasta donde me fue posible... Y hoy reconozco mi fracaso. Estoy más desorientado que antes.

—En efecto —asintió el conde—. Es un caso difícil. Un problema muy delicado. Sobre todo hemos de considerar la importancia de este litigio en su aspecto político. Aquí son de gran peso las decisiones de nuestro gobierno. Ya he recibido las directrices de San Petersburgo. En la corte y en las altas esferas ministeriales la consideran como una vulgar farsante. Una vagabunda, textualmente...

Permaneció algunos minutos absorto en sus pensamientos.

—¡Una traidora! ¡Una advenediza! No lo niego ni lo afirmo. Así será, puesto que ellos lo aseguran. Pero hay algo que me llama la atención. Ella está sentenciada. Me han ordenado obrar con la misma energía. Se pide su extradición. Y en el caso de no conseguirla, emplear la fuerza si fuere necesario... ¡Bombardear Ragusa! ¿Y todo eso por una vulgar impostora? ¡Imposible! Con una cualquiera no se procede así... ¿Acaso no sería preferible obrar a la chita callando?... Hay tantas maneras de apoderarse de una persona sin tambores ni trompetas... Y luego..., una soga al cuello, una piedra y un lugar algo profundo... ¿Eh? ¿Qué te parece?

Me estremecí escuchando sus crudas palabras.

Y el conde prosiguió, mirándome fijamente.

—La tratan de vagabunda... Pero opino que no lo será tanto como algunos pretenden. Hay algo misterioso, algo que desconocemos... Quisiera que me expusieras tus dudas y tus razones... Deseo conocer tu opinión sincera. Habla sin ambages.

IX

ENTABLANDO AMISTAD

A cada nueva palabra del conde iba en aumento mi sorpresa. Involuntariamente recordé la alusión de la princesa Tarakanova referente a los Orlov en desgracia y el auge de sus enemigos, los nuevos favoritos de la emperatriz. Y recordé también que el hermano del conde sufría poco menos que el destierro y que él mismo era víctima de la volubilidad imperial. ¿Estaría obcecado por el despecho, o creería sinceramente en el augusto origen de la princesa Tarakanova? A veces su rostro se alteraba ligeramente y en sus ojos brillaban extraños fulgores. Pero, a pesar de ello, no pude adivinar sus pensamientos.

El conde esperaba mi respuesta.

—Perdone mi osadía —exclamé por fin, sin poder contenerme— si, obedeciendo sus órdenes, expongo sinceramente mi pensamiento y mis sospechas... Cuando vi a la princesa quedé sorprendido por su singular parecido con la difunta emperatriz Isabel. Los mismos rasgos en la cara, las mismas cejas arqueadas, idénticos los ojos, grandes y luminosos, y el mismo porte altivo y a la par gracioso. Pero hay algo más en todo esto. Ante la princesa recordé ciertas palabras —¿un cuento o una leyenda?— de mi abuela, que en paz descansa, y el recuerdo, unido al parecido de la princesa con la emperatriz, me impresionó profundamente...

El conde escuchaba con la mayor atención. Y me dijo:

—Había casi olvidado que los Konzov son de aquellas tierras... ¡Muy interesante!... Veamos lo que le contó su abuela...

En breves palabras relaté el incidente de la Daraganovka y el extraño episodio de la niña que tan misteriosamente allí se ocultaba.

Me pareció que el conde estaba muy nervioso. Se levantó y empezó a pasear, pensativo, con las manos en la espalda y la cabeza baja.

—Ahora recuerdo... —murmuró—. ¡La princesita Tarakanova!... ¡Los cosacos del Daragán...! ¡Claro!...

Yo le seguía en respetuoso silencio. Se volvió bruscamente, y como si quisiera leer en mi pensamiento, fijó en los míos sus ojos penetrantes.

—Konzov —me dijo con voz grave y pausada—. Tú no eres un chiquillo y creo que puedo confiar en ti. Es éste un asunto muy serio y espinoso. Requiere la mayor prudencia, una discreción a toda prueba..., y no sólo en palabras y hechos, sino incluso en nuestros mismos pensamientos. El corazón puede engañarnos Konzov, pero también las falsas apariencias. ¿Podrías jurarme que mantendrás en el mayor

secreto cuanto sabes? ¡Necesito tu palabra de honor!

—¡Lo juro, señor!, —y en mis palabras había honda emoción.

—Mi consejo es que grabes bien en tu mente el juramento, porque de su cumplimiento fiel respondes con tu cabeza.

Seguimos paseando. Al tomar asiento en una glorieta del jardín, me dijo, como si hablase consigo mismo.

—No sería difícil apoderarse de esa mujer. ¡Hay tantos procedimientos!... Me lo mandan, pero... ¿la obediencia no tendrá sus límites? Además...

Y alzando la voz, me preguntó:

—¿Crees tú que un hombre de honor puede cometer una villanía? ¿Una traición cobarde?... ¡Piénsalo!... Se trata de una mujer... De un ser débil... ¿qué opinas, Konzov?

Es doloroso, lo comprendo —contesté maquinalmente, pues grande era la confusión en mis pensamientos—. A los enemigos hay que combatirlos de frente... Según los casos... Siempre en noble lid...

El conde mantuvo largo rato su mirada fija en mí. Y con voz reposada, tranquila, me contestó:

—Tienes razón, amigo mío. Sería innoble... Y nosotros no somos verdugos...

Había recobrado el pleno dominio de sí mismo. Me parecía que sus palabras nacían de una determinación firme. Yo me sentía incapaz de adivinar cuál sería ésta. Pero, otras nuevas sorpresas me reservaban las palabras del conde.

—Desde la capital insisten. ¿Acaso quieren que sacrifique mi honor? Sus razones tendrán para no reparar en medios con tal de que se resuelva el problema. No sé que concepto se han formado de mí...

No quiero ocultarte nada. Aquí ya llegaron dos emisarios, dos enviados especiales, con ciertas proposiciones secretas. Quieren inducirme a obrar contra mis principios y mi deber. ¡Tendría que cometer algo incompatible con mi cargo! ¿Te asombra? ¿Te extraña que me traten así? ¡Hermosa recompensa a mis leales servicios! ¿Acaso lo merezco?

Me halagaba su franqueza, y sus palabras despertaron en mí cierta compasión. Hubo un largo silencio, y no me atreví a romperlo. Luego volvimos a pasear. Me hizo dos o tres preguntas sin importancia, me informó de su decisión de agregarme a su consejo especial, y terminó aquella memorable entrevista con la orden de que no me alejase de Bolonia, pues fácil era que pronto recibiese mandatos suyos.

Al día siguiente, el conde Orlov partía para Livorno, donde permaneció durante una semana entera.

Entretanto mis fondos se habían agotado. Y esperaba con la natural ansiedad el retorno del conde, pues en todas partes debía algo y me llegaba a privar incluso de lo más imprescindible. Grande fue mi alegría al recibir la orden de que sin tardar me dirigiese al palacio residencial de Orlov.

Me introdujeron esta vez en un austero despacho, y allí le hallé rodeado de

papeles, absorto en su trabajo. Me recibió con amable sonrisa y frases de cordial bienvenida.

—¿Apuesto a que no adivinarías nunca para qué te he llamado? —exclamó alegremente, mientras me invitaba a tomar asiento.

—Es tan difícil adivinar los pensamientos...

—Ante todo, toma esto. Luego verás a mi administrador, y así podrás liquidar tus deudas. No olvides a aquellos bravos franceses que te recogieron. Seguramente estarás arruinado... He pensado en todo... Y ahora escucha: mañana partirás con dirección a Roma...

Me incliné en silencio, esperando sus instrucciones.

—En poco tiempo han sucedido muchas cosas —prosiguió el conde—. El voluble Radzivil ha abandonado a su bella princesa. Ésta ya no se halla en Ragusa, sino en Roma, oculta en apariencias de una noble dama polaca... Confieso que no he sido galante. Dos cartas tuyas quedaron sin respuesta. En realidad tenía sus peligros comunicar con ella directamente, por la mucha gente que me rodea. Yo opté por mandar una persona de toda mi confianza, que no fue recibida. Desconfía, al parecer. Me da pena... Su situación es muy triste. Tan bella, tan joven, sin experiencia de la vida... ¡Desamparada, abandonada de sus amigos de ayer! Se halla, además, en la mayor miseria y, según creo, enferma. Tienes que verla. Háblale de mi parte. Dile que venga acá... Cuidaré de ella. Es necesario convencerla.

A cada palabra, mayor vivacidad recobraba su voz.

—Te confío una misión delicada. Me han informado que allá, en Roma, rondan unos rusos a los que debemos vigilar para conocer sus intenciones y saber quiénes son. Hay que defenderla contra sus posibles enemigos. Ella tiene que confiar en mí. Yo la protegeré... Obra sin miedo, sin que te reproche nada tu conciencia. Procederemos con estricta justicia...

X

¿UN CONDE TRAIADOR?

Era posible que el conde Orlov meditase una vil traición? ¡No! Siempre había sido noble y de recto proceder. Le creía incapaz de una bajeza. Pero, no adivinando el fondo de sus intenciones, decidí sondearle. Bien es cierto que corrían insistentes rumores de su destitución, e incluso anunciaban muchos que a no tardar llegaría el nuevo almirante.

—Perdone mi atrevimiento, señor —le dije, procurando medir bien mis palabras. Mañana saldré para Roma con una misión en extremo importante... El asunto es tan grave, de tanta trascendencia, que quisiera conocer todo su alcance. ¿Qué consecuencias tendría la conformidad de la princesa Tarakanova?

—¡Ay, estos marinos! ¡Siempre como una tromba! ¡Arremeten como el huracán! En cambio, nosotros, los hombres de la política, preferimos la parquedad y la circunspección. No te preocupes, Konzov. Tú mismo lo verás. Sólo puedo asegurarte que siempre seré fiel a nuestra emperatriz, Catalina la Grande...

—Mi osadía es imperdonable, señor —repliqué muy inquieto—, pero esta vez me confían una misión tan... diferente de las cosas de mar... La diplomacia no es mi fuerte y no sé si sabré ser digno de la confianza en mí depositada. Puede darse el caso de que esa persona persevere en su actitud y siga reclamando sus supuestos derechos.

—Ya he pensado en ello. A fin de cuentas, ¡quién sabe! Quizá se trate realmente de una zarina legítima ¡Todo es posible! Procura salir airoso de la empresa y deja lo demás a cuenta mía. Te aseguro que no olvidaré tus servicios ni tu abnegación. Piensa un poco en esa pobre mujer. ¡Es tan desgraciada! Su situación es precaria y es necesario ayudarla. Nunca se sabe lo que puede pasar. Quizá llegue el día en que Catalina misma apruebe mi conducta. Nuestra emperatriz no se distingue por su tierno corazón, pero quién sabe si con el tiempo se ablandará. Tengamos fe en su misericordia...

No salía de mi asombro. Creí, no obstante, comprender algo de sus propósitos. Seguramente esperaba convencer a la princesa. Era necesario quebrantar su obstinación, lograr que no porfiara en su loco empeño.

Poco a poco se iban disipando mis escrúpulos y decidí obedecer ciegamente al conde, siguiendo con lealtad sus instrucciones.

XI

CRÉDITO ILIMITADO

Era el mes de febrero de 1775. Se diría que fue ayer, y, sin embargo, ¡con qué intensidad he vivido desde entonces! El tiempo ha corrido impasible, pero los recuerdos se agitan en mi alma inquieta... ¿Por qué no podré olvidar? ¡Ni pensar querría! Y no obstante...

* * *

El hombre de confianza del conde, un tal Iván Moiseevich Cristeneck, oficial de nuestra escuadra del Mediterráneo, me produjo una impresión en extremo desfavorable. Era un judío alemán de edad incierta, bajito, menudo y de pegajosos modales; sus diminutos ojillos, vivos y penetrantes, parecían hurgar en el fondo de la conciencia; desde los primeros momentos se mostró muy reservado. Sin embargo me recibió cordialmente y juntos discutimos el asunto que nos había reunido en Roma. Me explicó que la princesa Tarakanova se hallaba efectivamente en una situación difícil.

Ocupaba un entresuelo de modesto alquiler en el Campo de Marte y su servidumbre se reducía a tres personas. Observaba el más riguroso incógnito y no recibía a nadie, excepción hecha de un anciano sacerdote y del médico que la atendía.

Cristeneck lo había intentado todo para conseguir una entrevista con la princesa. Incluso, sin mejor resultado práctico, había probado a forzar la entrada disfrazándose de mendigo.

Al segundo día de mi llegada nos dirigimos al Campo de Marte. La residencia, en el fondo de un jardín, era triste y solitaria, tristeza acentuada todavía más por la fachada descolorida. Dejé a Cristeneck en una esquina para que vigilase y me dirigí resueltamente hacia la puerta principal dando un discreto aldabonazo.

Al cabo de unos minutos se entreabrió la mirilla, por la que pude ver el asustado rostro de una sirvienta que se retiró inmediatamente. Después de un largo minuto de espera y cuando empezaba ya a impacientarme, se entreabrió de nuevo la mirilla, y fue esta vez el secretario de la princesa quien se asomó. Nos conocíamos ya de Ragusa.

—¿De parte de quién viene? —me preguntó desconfiadamente.

Tanto había cambiado su aspecto que era difícil reconocerle. Ya no era el hombre pulcro y amanerado de un tiempo atrás. Vestía modestamente. Sin arreglo en el

cabello y sin afeites en el rostro, surcado de arrugas, producía la sensación de hombre cansado. Además, advertí que llevaba unos pendientes sencillos de bisutería.

—De parte del conde Orlov —contesté.

—¿Trae alguna carta? ¿Algo que le acredite?

—Pero, hombre..., déjeme entrar al menos... —protesté.

—¿Trae alguna carta? —insistió el secretario con cierta insolencia.

Ante su tono y actitud exigentes, opté por entregarle el pliego.

Charnomsky examinó atentamente los sellos, abrió el sobre y leyó rápidamente el contenido. Por un momento pareció desorientado pero luego se repuso, abrió la puerta y me confundió con saludos y reverencias.

—¡Oh!, perdone..., perdone... —se excusaba atropelladamente—. No le reconocía con el uniforme. ¡Ha cambiado usted tanto!... Pase..., pase... Por aquí, haga el favor. La princesa estará muy contenta... Aunque se encuentra algo indispuesta... Pase...

Ella me recibió en un saloncito estrecho y oscuro, con las ventanas sobre un tétrico patio. La estancia era fría y húmeda. ¿Dónde estarían los valiosos tapices, los artísticos bronce y los muebles dorados? La princesa Isabel Tarakanova de Vladimirov, la pretendiente al trono de Rusia, la *Dame d'Azow*, que tuvo a sus pies reyes y príncipes, yacía ahora en un viejo sofá de cuero, envuelta en una sencilla tela, mientras en el hogar agonizaba un fuego mortecino.

En su rostro pálido se conservaba todavía su belleza soberana, pero también había cambiado mucho. Sus ojos aún incitaban, mas ya no eran los mismos... Había en ellos algo de la mirada del ciervo acosado, herido de muerte y que presiente su próximo fin. Una mezcla de tristeza, de miedo, de infinita lasitud, con algún fugaz destello de esperanza, como si aún quisiera luchar con las últimas energías de la desesperación.

Su imagen me conmovió. En aquel lamentable contraste había la grandeza de una profunda tragedia, y en mi pecho se despertaba una inmensa compasión que ninguna reflexión podría dominar. ¿Qué importaba que fuese una impostora, una rebelde? Antes que nada era una mujer, una pobre mujer que sufría, que veía hundirse todas sus esperanzas; sin ilusiones, sin fe, con el amargo recuerdo de un ayer tan brillante ya extinguido, con la visión de un mañana de miseria y privaciones...

Sin embargo al hablar su voz era tranquila y suave, y en sus labios había una sonrisa.

—¡Usted, por fin! Ha llegado la respuesta del conde... La he leído... ¡Gracias! ¡Muchas gracias, mi buen amigo! ¿Acaso hay algo más?

—El conde me encargó que le transmitiese su mayor respeto y admiración —contesté, inclinándome y besando la mano pálida y fina que me ofrecía.

—Sólo me quedan dos amigos: los otros me abandonaron —dijo tristemente, ahogada la voz por un fuerte acceso de tos—. Además, como usted ve, he caído enferma, muy inoportunamente por cierto. Pero no es nada grave... Ya pasará... Lo

desagradable es que estoy completamente desprovista de medios. Radzivil y sus amigos..., los franceses que me ayudaban..., todos han desaparecido. ¡Y fue tan de repente! Apenas se firmó la paz con Turquía, los magnates polacos se retiraron, dejándome sola...

Luego agregó sonriendo:

—Parece extraño... Y ahora estoy, por decirlo así, en la miseria. Quizá no lo crea, pero lo cierto es que no puedo pagar ni al doctor ni el alquiler. Me asedian por todas partes... Me amenaza la policía... Es horrible...

Volvió a toser dolorosamente. Sus ojos expresaban la desesperación, la tristeza, el desamparo. El aplomo, la confianza en sí misma, toda su energía, habían desaparecido.

—Princesa —dije inclinándome—, aquí tiene un modesto obsequio del conde... Es un socorro que le suplica aceptar. Ignoro el importe... Pero él se lo ofrece de todo corazón...

Y le entregué un sobre lacrado que contenía una letra de crédito para la banca de Yenkins, en Roma. La princesa leyó el documento. Se pasó la mano por los ojos, y me preguntó sonriendo:

—¿Es posible? —Y sofocando un principio de acceso de tos, añadió—: ¿Es cierto? ¿No se trata de una broma?

—El conde Orlov jamás se permitiría una broma de gusto tan dudoso —le respondí.

La princesa Tarakanova se levantó de un salto y palmoteo como una chiquilla. Me abrazó y salió corriendo entre risas a la habitación contigua. Por la puerta abierta llegaron a mí sus palabras:

—¡Es un crédito ilimitado!... —Y luego no pude oír nada más, ahogada la voz por unos sollozos. Después oí otras voces, pasos rápidos en el pasillo y el ajetreo de la servidumbre en movimiento... Por fin se abrió una puerta y entró en el saloncito el secretario Charnomsky.

Le vi muy conmovido. El brillo de sus ojos probaba que las lágrimas pugnaban por brotar. Y al estrecharme efusivamente la mano, me dijo:

—No puede usted figurarse cuán contenta está la princesa. Y no sabe cómo demostrarle su agradecimiento. Usted ha sido fiel... Usted ha cumplido su palabra. ¡Ha sido el único! Hoy día es tan raro encontrar personas así. Al principio la princesa no se decidía... Temió otra desilusión. ¡La han engañado tantas veces! Mis compatriotas se portaron tan mal con ella... La dejaron abandonada en el momento más crítico... El conde Orlov la invita a establecerse en Bolonia. Aún no sé si aceptará. Espero que sí. Es una mujer admirable. Noble y valiente. Es capaz de todos los sacrificios...

—¿Puedo comunicarlo al conde?

—Espere un poco. Unos días. Su situación es tan difícil. Además tiene la salud muy quebrantada. Vuelva dentro de un par de días. Entonces le podremos contestar

en forma concreta. Le suplico, sobre todo, que guarde el mayor secreto...

—Me informaron que aquí en Roma hay unos rusos que la princesa recibe... ¡Podrían ser enemigos! Es necesario obrar con cautela. Porque, ¿quiénes son? ¿Qué intenciones llevan?

Charnomsky se turbó visiblemente. Se encendió su rostro y balbuceó que nada sabía de lo que le hablaba. Después de unos minutos de charla sobre triviales asuntos, me marché sin haber averiguado lo que me interesaba.

Transcurrieron algunos días; antes no pudimos saber algo de la princesa. Durante aquel tiempo sometimos su casa a la más estrecha vigilancia, con el propósito de averiguar quiénes eran los que la frecuentaban. Los primeros días fueron de absoluta calma. Sólo se presentó varias veces el médico, y luego una mujer vestida toda de luto; sus visitas fueron siempre prolongadas. Llevaba una especie de toquilla negra y presumí que se trataba de una monja.

Un día, al atardecer, vimos llegar un coche de alquiler. Se abrió la puerta de la casa y salió con paso inseguro una mujer envuelta en un manto azul pálido.

—Es la princesa —dije a Cristeneck—. Es necesario averiguar adónde se dirige.

Providencialmente pudimos hallar un coche y di orden de seguirla. Vimos que se detenía frente a la banca de Yenkins. Al parecer, el mágico poder del dinero había triunfado y la princesa aceptaba el ofrecimiento del conde Orlov.

Pasó otra semana. A causa de un fuerte resfriado que me retenía en el lecho, Cristeneck proseguía solo las pesquisas. A su juicio nos habíamos dejado engañar del modo más estúpido: la princesa seguía en Roma, sin que se advirtiesen los más mínimos preparativos que permitiesen presumir su viaje a Bolonia.

Averiguamos que había saldado todas sus deudas. Como por encanto, aquella tétrica casa iba transformándose. Desde la mañana hasta el anochecer era continuo el ir y venir de lujosos coches y una servidumbre numerosa atendía a los invitados. La princesa había alquilado la casa entera, lucía costosos trajes y llevaba una vida mundana, frecuentando museos y exposiciones y organizando fiestas. Roma vivía en aquellos días la animación extraordinaria propia de las elecciones del nuevo Papa, su santidad Clemente XIV hacía poco que había fallecido. Lo más selecto de la capital frecuentaba los salones de la princesa: célebres pintores, músicos famosos y hasta los más ilustres representantes de la Iglesia.

En cambio, se hacían cada vez más raras las visitas de la misteriosa mujer enlutada. Sólo una vez tropecé con ella en la esquina misma de la casa que vigilaba.

Al cruzarnos volvió vivamente la cabeza con visible malhumor, y hasta me pareció que murmuraba algo en ruso. Sólo pude entrever sus cabellos dorados, que comenzaban a platear, y unos ojos grises, indiscutiblemente hermosos en otro tiempo, llameantes entonces por el enojo.

Frente a la residencia de la princesa había a todas horas una legión de curiosos; los mendigos eran atraídos por su generosidad y un enjambre de chiquillos saludaba con gritos y palmoteo sus brillantes cabalgatas.

Algunas noches oí perfectamente desde mi sitio de vigilancia el dulce son del arpa —instrumento que la princesa dominaba a la perfección.

Mi indisposición fue breve, y la pude admirar personalmente cuando iba de paseo en coche o montando briosos caballos. La veía de nuevo alegre, alborozada y llena de vida. Y yo me alegraba por ella e involuntariamente me sentía satisfecho por haber contribuido a su felicidad. Pero Cristeneck se impacientaba. Con o sin razón aludía cada vez con mayor frecuencia a una supuesta desconfianza del conde, no sólo por el éxito de nuestra empresa, sino particularmente por lo que se refería a mi lealtad.

Mientras tanto, todo el pueblo de Roma hablaba de la bella extranjera que deslumbraba con su lujo a la «Ciudad Eterna», como antaño en Venecia y Ragusa.

Cristeneck averiguó que Yenkins le había remitido diez mil escudos que pronto serían absorbidos por aquel endiablado tren de vida.

Cierta noche fui invitado por la princesa a una de sus recepciones. La encontré más radiante que nunca, deslumbrante como un sol entre modestas estrellas.

La velada fue un derroche de gusto, alegría y amenidad. La princesa pulsó el arpa con tanto sentimiento que me conmovió profundamente.

No pude hablarle reservadamente, y ella, por su parte, me tranquilizó con sólo una breve alusión a lo estipulado:

—No se inquiete —me dijo—. Todo se arreglará a su tiempo...

Siguiendo el consejo de Cristeneck, dos días después le recordé por escrito que el conde la esperaba en Bolonia.

Transcurrió bastante tiempo y el silencio de la princesa comenzaba a intrigarnos cuando, por fin, me remitieron un mensaje suyo, citándome al anochecer en la iglesia de «Santa María degli Angeli».

A la hora indicada me adentré en el templo, silencioso y solitario. Avancé lentamente escrutando las sombras y procurando que mis pisadas fueran suaves. Al principio no vi a nadie, pero luego advertí la presencia de una mujer en el lugar más apartado, entre dos columnas, y al acercarme reconocí a la princesa. Llevaba un magnífico vestido de terciopelo y se cubría el rostro con un tupido velo.

Habló con voz queda, emocionada.

—Por el bien de mi Patria y de todos mis futuros súbditos acepto la invitación del conde. Antes me daba miedo. Desconfiaba... Pero ahora tengo fe en su palabra. Como puede ver he cumplido: he dicho a todos mis amigos que quiero alejarme del mundo, que voy a un lejano monasterio... Pero, a usted puedo decirle la verdad.

Calló un instante. Luego continuó con visible esfuerzo:

—Mañana abandono Roma y dentro de poco estaré en Bolonia. Dígame..., ¿no me traicionarán? ¿No seré víctima de alguna trampa?

Me incliné por toda respuesta. ¿Qué podía decirle? En sus ojos advertía el fuego de la esperanza; brillaban en ellos la fe ciega en el destino, la energía, la admiración, la visión del próximo triunfo... Sentía una infinita compasión hacia aquella mujer extraña de indomable voluntad.

—Así pues..., hasta mañana —me dijo, y me estrechó la mano con energía.

Titubeó un momento como si quisiera añadir algo.

Pero cambiando de parecer se alejó con paso rápido sin agregar palabra.

—¡Alabado sea Dios! —pensé satisfecho—. El conde seguramente logrará disuadirla...

Permanecí algunos minutos en aquel lugar; y luego me dispuse a salir. Pero... advertí en aquel instante cómo una sombra se separaba de una columna y una mujer enlutada, que era la misma con quien tropecé días atrás, me cerró el paso.

—¡Konzov! —me dijo en ruso, apretándome enérgicamente el brazo—. ¡Es usted un traidor! —y su voz temblaba de indignación.

—¿Cómo puede hablarme así? ¿Quién es usted? —exclamé asombrado.

—Mi nombre poco importa. Pero ustedes traman algo. Quieren engañarla... Es un lazo, una trampa —murmuraba agitada—. Júreme... ¡No quisiera creer que es usted un malvado, un vil traidor como aquellos de... Schlisselburgo!

Sus palabras me recordaron el sangriento drama de Mirovich^[6], del que tanto me había hablado mi abuela.

—Tranquílcese —le contesté—. Soy hombre de honor... Soy un oficial que cumple con su deber y estoy firmemente convencido de que obro por su bien...

La desconocida extendió su brazo hacia la imagen de la Virgen.

—Júremelo... —repitió con voz grave y apasionada.

—Le repito que ningún peligro amenaza a la princesa —murmuré sin convicción—. Su suerte sólo puede mejorar...

Me miró fijamente, y de pronto se alejó rápida y silenciosa sin añadir palabra dejándome sumido en el mayor desconcierto.

Largo rato seguí inmóvil en aquel lugar, tratando en vano de adivinar quién sería aquella mujer misteriosa y qué relación podría tener con la princesa Tarakanova.

XII

ORLOV Y LA PRINCESA

El doce de febrero —no olvidaré la fecha— la princesa abandonaba Roma. Frente a la iglesia de San Carlos distribuyó generosas limosnas, y numerosas personas rindieron un justo tributo a su gracia, a su belleza y a la simpatía que había conquistado, acompañándola hasta las puertas de la ciudad. A la salida firmó en el registro con el nombre de «Baronesa de Selinsky», y poco después su coche y los de la servidumbre y equipajes rodaban por la carretera florentina. Yo cabalgaba delante y Cristeneck cerraba la marcha.

El dieciséis de febrero llegábamos a Bolonia. El conde Orlov estaba ausente: la esperaba en su palacio de Pisa, más tranquilo y retirado. Unas treinta personas formaban la servidumbre de la princesa y no fue de su agrado tan llamativa llegada; pero la recibió con una extremada amabilidad.

Se le reservaron las mejores y más cómodas habitaciones. El conde extremaba sus respetos, e incluso continuaba de pie cuando hablaba con ella en presencia de extraños.

Nadie supo cuáles fueron sus pactos ni a qué acuerdo llegaron. Pero muy pronto pudimos presumir que el corazón no estaba ausente en todo ello.

Y así, poco después, la princesa se establecía definitivamente en la misma residencia del conde, mientras el séquito y la servidumbre se alojaban en las casas vecinas. Con mucha astucia Cristeneck logró adjudicarse casi por entero el éxito de la empresa, a lo que no di importancia despreciando tales mezquindades puesto que el conde, y de ello estaba seguro, no podía desconocer mi decisiva intervención.

Se rumoreaba que Aleksei Grigorievich Orlov obsequiaba a la princesa con frecuentes y valiosísimos regalos. Entre ellos se mencionaba sobre todo cierto famoso medallón de gran valor, con su efigie en relieve sobre marfil e incrustado de piedras preciosas. Asimismo se decía que había abandonado a su amante preferida, la bellísima esposa de Alexander Davidov.

Ya no había lugar a dudas. Nuestro león había sido domado. Por otra parte, el conde no intentaba siquiera ocultarlo. La acompañaba a todas partes, paseaban juntos, juntos aparecían en la ópera, en las fiestas y en la iglesia.

Un día me llamó la princesa. Y después de infinidad de preguntas, terminó por confesar cuánto me apreciaba y que yo le merecía toda su confianza. El conde Orlov se mostró muy generoso conmigo y me colmó de favores. Cristeneck, al notar lo, recurrió nuevamente a la astucia. En tono quejumbroso comenzó diciendo que la

princesa Tarakanova no se había dignado a atenderle en Roma y que él sufría por este desprecio, que su situación era insostenible mientras creyera que ella estaba resentida por algún motivo que no lograba adivinar... Y con sus quejas logró un notable ascenso.

Nuevamente Cristeneck me había tomado ventaja. Pero también en esta ocasión no reaccioné, confiando siempre en la justicia y el reconocimiento del conde. Y no me equivoqué.

—¡Mi bravo Konzov! —me dijo un día Aleksei Grigorievich—. ¡No sé cómo puedo agradecer lo que has hecho por mí! ¡Sobre todo estoy satisfecho de haber ayudado a una mujer tan maravillosa! ¡Si supieras qué inteligente es! ¡Qué mente más prodigiosa! Voy a serte sincero, Konzov: quisiera casarme, dejar esta vida vacía de soltero...

—¿Acaso hay algo que se opone a su deseo? —me atreví a preguntarle.

—Es ella la que no quiere, amigo mío. Siempre que lo propongo su contestación es la misma: consentirá cuando esté en su puesto...

—¿En su puesto? ¿En qué puesto?

—¿No lo comprendes? ¡Cuando esté en Rusia! ¡Cuando Catalina la Grande reconozca sus derechos y le ceda una parte del trono!

—¿Existen esperanzas?

—Quizá... —pronunció el conde pensativo—. La cosa es factible, con tal de que no se entrometan sus amiguitos de acá... Los polacos no la dejan ni a sol ni a sombra. ¡Dios sabe de lo que son capaces!

Evidentemente estaba preocupado. En su rostro franco se reflejaban su nerviosismo, la violencia de sus sentimientos, la intensidad de su pasión. En cada palabra suya había un poso de inquietud... Unos días después me llamó de nuevo.

—Ya no puedo más —me dijo—. Todo cuanto le digo es inútil, no quiere escucharme. Si alguien lograra convencerla...

—¿Convencerla de qué? —pregunté.

—De casarnos en secreto y huir...

—¿Adónde, conde? —exclamé asombrado.

—Lejos, ¡al fin del mundo!... A propósito, Konzov: dile que deje esos pistolones que lleva... El otro día, en un arrebato, por milagro no mató a su camarera, la pobre Francesca...

El conde me honraba con su plena confianza, y en tan delicada situación decidí complacerle. Además, ¿qué podía objetarse? ¿Qué mal había en que el conde se casara con ella? El matrimonio representaría el triunfo del amor, con lazos de parentesco con la familia reinante. Había otro aspecto, y por cierto favorable: la princesa Isabel Tarakanova, con esta unión morganática, puesto que los Orlov no eran de sangre real, perdería sus derechos al trono de Rusia, y al perderlos, quedaría solucionado el problema.

* * *

Interrumpo mi relato. Nuestra desesperada situación actual nos preocupa.

Durante cinco días nuestra fragata va a la deriva... En vano intentamos orientarnos, escrutando el cielo que continúa encapotado. Hoy al amanecer hemos divisado unas tierras lejanas. Seguramente se trata de la costa africana. Pero nuestras señales no han sido eficaces; nadie ha contestado a ellas. Y no podemos hacer otra cosa, pues ni la fuerte corriente que nos arrastra, ni la mar que continúa movida, nos lo permiten. Olas y viento, enfurecidos, se agitan y azotan nuestra nave, juguete de las furias. ¡Imposible reparar el timón! El primer arrecife, el primer escollo, son la muerte segura. ¡Sólo un milagro puede salvarnos!

¡Irene, amada mía! ¡Cuánto sufrimiento he hallado en tus desdenes! ¡Me rechazaste, mas yo te amo! Y en esta hora tan triste, lo repito, mi adorada: ¡Te amo! ... Porque es triste, Irene, morir sin gloria, morir sin honor...

XIII

BUSCANDO CONSEJO

Ha terminado mi guardia, y en la nave, envuelta por la noche, reina silencio de muerte. La tripulación duerme. Mas yo no puedo... Quiero continuar esta confesión, terminarla, pues entro ahora en la parte más dolorosa. ¡Quizá el destino quiera que este escrito llegue a manos de la que fue causa involuntaria de tanto dolor!

* * *

Nos hallábamos todos en Bolonia. La princesa había mandado llamarme, y me recibió afable y cordialmente. Advertí su profunda emoción, acentuada por el brillo de sus ojos y el encendido rostro.

—Teniente Konzov —empezó diciendo—. Quiero comunicarle algo en secreto...

—Sabré mostrarme digno de su confianza —le dije, inclinándome.

—¿Ignora quizá que el conde parte a primera hora de mañana para Livorno?

—No lo ignoro.

—El otro día hubo allí una reyerta entre marinos rusos e ingleses, y el cónsul británico, *Mr. Dick*, le ha invitado para ciertas formalidades...

—¡Oh! Pero es un caso sin importancia. El conde regresará pronto...

—Me suplica que le acompañe. ¿Qué pasaría si me quedara aquí? ¿Qué le parece? Quisiera conocer su opinión. ¿No me abandonaría? ¿No se marcharía para no volver? ¡Tantos me engañaron!

—¡Qué ideas, princesa! —exclamé siguiendo las instrucciones recibidas—. En realidad sólo se trataría de un paseo. ¿Por qué no quiere acompañarle? El tiempo es magnífico y sería una excursión extraordinariamente agradable.

—En efecto... Además yo también quisiera conocer Livorno. Y me agradaría asimismo contemplar la escuadra que tanto me han alabado...

—Entonces, ¿quién se opone?

—Pero eso no es todo... Hay algo más.

Estaba muy emocionada. Huellas de lágrimas había en sus ojos, y en su voz queda, apagada y lejana, parecía estar ausente el espíritu.

—Escúcheme... Usted es un hombre recto... El conde Orlov me ha pedido la mano... Quiere casarse conmigo... ¿Qué debo contestarle?

—La felicito de todo corazón —contesté—. No me extraña, princesa: son tantas y

tales sus cualidades..., que al fin debía suceder así...

—¿Está usted seguro de que no me traicionará? —murmuró agitadísima.

Y en sus labios había un ligero temblor; la desesperación se reflejaba en sus ojos...

—Le suplico..., le ruego... ¡Por lo más sagrado! ¡Diga la verdad! He seguido su consejo; ya lo ve: no llevo mis armas...

Pasó por mi mente la sospecha de que el conde podría aprovechar aquel viaje para celebrar el tan deseado matrimonio.

—¡Por Dios, princesa! —exclamé—. ¿Qué puede temer? Él la quiere, la adora. Me consta que es así. El otro día me decía que estaba dispuesto a todo..., a huir con usted hasta el fin del mundo, lejos de esas intrigas, donde no pudiesen alcanzarla sus enemigos.

¡En aquel momento crítico, decisivo para su destino, fui yo, yo, quien pronunció tales palabras, que recordaré mientras viva!

Ella, estrechándome convulsivamente la mano, me decía:

—¡Júrelo!... ¡Jure por la memoria de su madre!... ¿Es cierto? ¿No me engaña?

—¡Ante Dios lo juro! —afirmé conmovido—. Hace unos días me confió sus sentimientos. El porqué no lo sé. ¡Soy tan poca cosa para haber merecido tan alto honor!... Pero hablaba sinceramente... No lo dude: ¡la quiere!

Hubo un breve silencio. Alzó los ojos al cielo y estuvo así durante unos minutos, como si dirigiese una muda plegaria. Pero luego se levantó y otra vez fue la mujer enérgica y decidida. Con acento firme me dijo:

—¡La vida es de los audaces! Cuando sea su esposa no me traicionará... No podrá traicionarme. Iré con él. Pero recuérdelo: venderé cara mi libertad. La suerte ha sido echada. ¡Cúmplase, pues, su voluntad!

De nuevo iba a felicitarla, pero ella me interrumpió:

—La última pregunta, amigo Konzov: ¿es cierto que es el mismo conde Orlov que ayudó a Catalina a subir al trono? ¿El Orlov que tanto contribuyó a su entronización y a su triunfo?

—El mismo, princesa.

—¡Qué hombre! ¡Es un héroe! ¡Un verdadero boyardo! ¡Hombres así sólo pueden ser nobles y valientes! Y el señor no los abandona...

Salí muy satisfecho por el giro que habían tomado las cosas. Pero en el fondo había algo que la conciencia me recriminaba. ¿Por qué? ¡No había mentido! Pero, ¿acaso no era mi obligación decirle todo cuanto sabía? Había obrado cumpliendo mi deber, es cierto, pero podía darse el caso de que el deber estuviese reñido con el honor. ¿Cumplía realmente mi deber de hombre obedeciendo las órdenes recibidas?

Y en mi confusión, una voz oculta me replicaba:

«Mañana por la mañana, temprano, irás a verla... No le ocultarás nada. Tienes que contarle tus temores. ¡Ojalá sean infundados! Aún estás a tiempo... Debes prevenirla y que ella decida... Que sea ella la que escoja su propio destino».

Al día siguiente al amanecer me dirigí al palacio del conde que era asimismo residencia de la princesa. Al acercarme vi frente al edificio numerosos coches y no pocos curiosos. El conde y la princesa tomaban asiento en el primero, y Cristeneck, que ocupaba el segundo, me llamó alegremente.

—¡Eh! ¡Konzov!

También se asomó el conde. Y al verme, gritó:

—¡Konzov, apresúrate! Estamos esperándote...

Maquinalmente tomé asiento al lado de Cristeneck, y poco después se inició la marcha. La noche anterior había llovido pero la mañana se presentaba despejada y luminosa.

—¿Qué le parece todo esto? —me preguntó Cristeneck cuando dejamos atrás las últimas casas de Bolonia.

—¿A qué se refiere?

—A este viaje.

—No sé que decirle...

—Mañana se casan.

—Pero, ¿en qué iglesia? ¿Existe alguna ortodoxa en Livorno?

—¡Oh! Tenemos la de la escuadra, en la nave almirante. Por eso se habrá decidido a acompañar al conde...

—¿De manera que es cierto?

—¿No lo ve? ¡Y qué contento y alegre está el conde! ¡Si parece un sueño..., un sueño hecho realidad!...

En Livorno, el conde Orlov recibió al almirante Samuel Craig. Luego la princesa y el conde le devolvieron la visita, y juntos fueron a ver al cónsul inglés *Mr. Dick*. Intimaron mucho con *Mr. Dick*, y durante dos días recorrieron juntos los alrededores, organizando largas excursiones por tierra y por mar, llamando la atención de todos.

En la noche del segundo día, luego de haber asistido a una función teatral, advertí que el conde hablaba desde su ventana con un tal Osipo de Ribas, un griego de turbios antecedentes, oficial que figuraba en nuestro cuerpo expedicionario. Se parecía un poco a Cristeneck; era igualmente moreno, de nariz aguileña y ademán escurridizo, de mirada torva y lengua viperina.

No ignoraba que el tal sujeto se había ocupado del asunto de la princesa Tarakanova cuando aún estaba en Venecia. Según se decía, era uno de los mejores agentes a nuestro servicio.

—¡Adiós, reverendo! —le decía riendo el conde—. ¡No te olvides de la sotana! —añadió como despedida.

«Reverendo..., sotana... ¿Qué podrían significar tales palabras?» —pensé intrigado.

Decidí vigilar discretamente al griego en sus andanzas, pues todo aquello era sospechoso.

XIV

LA «BODA»

Veinticinco de febrero. Hermoso día, como de primavera. Sereno el cielo, y la mar, quieta como un lago. El cónsul británico había invitado a nuestra noble pareja a una comida íntima; a ella asistí también junto con algunos oficiales del Estado Mayor. La princesa estuvo admirable. Alegre y espiritual, llena de vida y de gracia juvenil, parecía transformada. El tono pálido de sus mejillas que tanto me preocupaba en estos últimos tiempos, había desaparecido. Y de nuevo volvía el tono sonrosado, y en los ojos había destellos, no de fiebre, sino de felicidad.

El conde era todo atención y solicitud. Extremaba la cortesía, respetuoso y galante en los más insignificantes detalles. Durante toda la comida no dejó de mirarla como hechizado. Se adivinaba que, de atreverse, se habría postrado a sus pies.

—¡Vaya, vaya, es algo ambicioso nuestro héroe! —me murmuró al oído Cristeneck—. Veo que no le bastan los laureles de Tchesmen...

El almirante Craig, siempre taciturno, se mostraba nervioso y distraído. Más callado que nunca, permanecía con la vista baja, ensimismado.

Desde las abiertas ventanas se divisaba nuestra flotilla anclada a corta distancia. Algunas damas propusieron un paseo a vela.

—¿Cuándo nos enseñará sus navíos, conde? —preguntó la princesa—. En Civitavecchia tuvo el acierto de organizar un simulacro de la famosa batalla de Tchesmen... ¿Seremos aquí menos afortunados?

—Todo está dispuesto... —contestó el aludido, levantándose e inclinándose respetuoso al ofrecer su brazo a la princesa.

Nos dirigimos al puerto. El conde estuvo muy atento con la princesa. Le llevó la sombrilla y le prodigó encendidas frases de admiración. Realmente formaban una bella pareja: ella, alta, esbelta, con su porte majestuoso y lleno de gracia femenina; fuerte, robusto, él, bien proporcionado y sabiendo vestir con soltura su vistoso uniforme de general de marina, de tono verde oscuro, con solapas de color escarlata y galones de oro.

Grandes y cómodas lanchas nos esperaban ya, y nos embarcamos despedidos por los vítores de la multitud.

La escuadra nos recibió con los mayores honores. Todas las naves estaban profusamente adornadas con gallardetes y banderas, y los oficiales lucían sus uniformes de gala. Al acercamos sonaron los primeros acordes de una marcha militar.

Las damas fueron izadas a bordo del galeón almirante «Los Tres Reyes Magos»

por el cómodo sistema de un sillón, ascendido mediante una cabria; nosotros nos reunimos con ellas subiendo por la escalerilla.

En este momento miles de pechos lanzaron un estruendoso ¡viva!, ahogado por las salvas de cien cañones.

El gentío en el puerto, agitando los pañuelos y gorros, se distinguía en sus entusiasmos, y el espectáculo era verdaderamente apoteósico. Todos esperaban que el conde Orlov habría preparado algunas maniobras excepcionales como tantas otras veces con el simulacro de algún combate naval, y se adivinaba la expectación de la muchedumbre.

Sobre la cubierta de «Los Tres Reyes Magos» reinaba especial animación. Se habían dispuesto largas mesas, y comenzaron a servirnos delicados manjares, frutas, dulces y toda clase de vinos y bebidas refrescantes, mientras en el gran salón de popa se organizaba un baile.

Luego las damas fueron invitadas a pasar a otro camarote, seguidas del conde y del almirante. Advertí que este último parecía aún más hosco y preocupado, contestando apenas al conde.

Involuntariamente llegaron a mis oídos unas palabras de un diálogo a mis espaldas.

—Los van a casar... —dijo alguien en un susurro.

Quedé petrificado. No lo esperaba tan pronto, y tuve el presentimiento de una desgracia.

—¿Aquí mismo? —preguntó otra voz en idéntico tono—. ¿Por qué tanto misterio y tanta prisa?

—No hay iglesia ortodoxa... El almirante ha cedido la capilla de a bordo... Por eso está aquí la princesa...

Poco después fueron llamados algunos oficiales que bajaron a los camarotes inferiores. Entre ellos observé a Cristeneck y a De Ribas, que a su vez desaparecieron después de haber cambiado una inteligente mirada. No sé por qué motivo acudieron a mi mente las palabras «reverendo» y «sotana». Diré a propósito que no había advertido ni el menor vestigio de la presencia de algún eclesiástico a bordo.

Poco a poco cesó la agitación en la cubierta. Los oficiales, charlando, paseaban lentamente, y la banda, después de haber ejecutado unas brillantes marchas, nos distrajo con melodiosos fragmentos de ópera.

Mientras tanto, bajo nuestros pies se había desarrollado una infamia cuyos detalles aún ahora se desconocen. Unos afirman que no fueron más que los sponsales, la mutua promesa oficial, que fue repetida a instancias del conde. Otros, en cambio, juran que fue celebrado el matrimonio —mejor dicho, una farsa sacrílega del sacramento—, oficiando De Ribas, asistido por Cristeneck, que hacía las veces de monaguillo, ambos disfrazados con los hábitos que encontraron a bordo.

* * *

Pero no quiero adelantarme a los acontecimientos. No encuentro palabras para expresar mis emociones durante las horas que siguieron. Hasta mi último suspiro quedarán grabadas en mi alma aquellas escenas terribles, de trágico significado. Y al relatarlas, la mano se niega a escribir... mas debo hacerlo; el deber me lo impone. ¡Quiera Dios que me sirva de expiación cuanto he sufrido y cuanto sufro todavía!...

* * *

Se animó la cubierta de nuevo, con grupos que se formaban y se deshacían continuamente. Los vivas se confundían con los sonos marciales de la banda.

La princesa había quedado un momento sola. Apoyada en la borda se fijó en mí y me llamó con un gesto.

Había refrescado, y una leve brisa del nordeste rizaba la mar. Al llegar a ella, me apresuré, galante, a ayudarla a cubrirse con el capote.

—¡No lo olvidaré jamás! ¡Es maravilloso! —murmuraba sonriendo de felicidad y estrechándome efusivamente la mano—. Habéis cumplido la promesa... El sueño se realiza; pronto volveré a Rusia, y... ¿quién sabe?, quizá me aclamen como a Isabel II; seré emperatriz... Vivimos en un siglo milagroso... ¿Por qué no? ¿Quién era Catalina antes de subir al trono?

Sus palabras me sorprendieron. No supe qué contestar... ¿Era posible que aún acariciase tan locas esperanzas? ¿Aquella mujer no se daba cuenta de la realidad? ¿Continuaba siendo víctima de un espejismo, tanto más terrible cuanto más cruel había de ser forzosamente el desengaño?

Lo que dijo luego, ni siquiera lo oí, ahogada la voz por los vítores y entusiasmos de los de a bordo, mientras la banda ejecutaba una briosa marcha y la tripulación de la flotilla entera prorrumpía en clamorosos aplausos.

Era el comienzo de las esperadas maniobras de la escuadra. La princesa se mostraba admirada ante las lentas evoluciones de las naves que iban disparando salvas y cambiando señales. Era un conjunto grandioso, imponente, que nos producía la ilusión perfecta de un encarnizado combate naval.

Mas yo nada veía, nada oía, absorto en hondas reflexiones. No conocía aún la infame comedia que se había representado bajo cubierta. Tan sólo me preocupaba la obstinación de la princesa e intentaba en vano disipar mis propios temores.

—Ahora está todo listo... —pensaba—; el conde ha encontrado una buena compañera para su vida... Ya sabrá disuadirla, convencerla..., y hay que confiar en la clemencia de la emperatriz Catalina... Es buena y generosa y sabrá perdonar.

XV

TRAICIÓN



uestras espadas, señores! —exigía con impaciencia una voz autoritaria.

Me volví rápidamente.

El capitán de guardia Litvinov se dirigía por turno a todos los oficiales al servicio del conde y les exigía la entrega de sus armas. La cubierta aparecía llena de soldados, y noté que el almirante Craig, el cónsul británico y la esposa de éste, habían desaparecido. Tampoco estaba el conde. Maquinalmente imité a los demás y alargué mi espada al capitán.

La princesa, al oír la voz autoritaria y el ruido de las armas que se rendían, se volvió rápida. Se puso intensamente pálida. ¡Lo había comprendido todo!

—¿Qué significa todo esto? —preguntó en francés.

—¡Por orden de su alteza imperial, queda usted detenida! —le contestó el capitán en el mismo idioma.

—¡Cómo! ¿Me quieren retener por la fuerza?... —y angustiosamente gritó—: ¡Socorro! ¡Socorro!...

Se había precipitado hacia la borda, intentando apartar a los soldados que la contemplaban con mirada compasiva unos, con indiferencia la mayoría.

Litvinov le cerró el paso.

—No se puede. Cállese, señora.

—¡Pero esto es monstruoso! Es una traición... Una alevosía. ¡Así no se trata a una princesa de sangre real! ¡Es un crimen de lesa majestad! ¿Me entienden? ¡Quiero pasar! —gritaba desesperada en francés a los soldados que no la comprendían—. ¿Dónde está el conde Orlov? ¡Quiero verle! Exigiré responsabilidades... ¡Es inaudito!

—Por orden de la emperatriz y del almirante, el conde Orlov ha sido igualmente detenido —advirtió Litvinov, inclinándose.

La princesa retrocedió un paso. Al volver la cabeza nuestras miradas se cruzaron y la suya era como un agudo reproche. «Eres tú el culpable... Tú me has perdido...», pude leer en la tristeza de sus ojos.

Cedieron sus energías de mujer fuerte y cayó sin sentido.

Los marinos la trasladaron al camarote que le había sido asignado. Toda la servidumbre de la princesa fue asimismo detenida y trasladada, bajo fuerte escolta, a bordo de otra nave de guerra.

Profundamente emocionado por lo que había visto, creía vivir una pesadilla. Sin saber cómo, me encontré encerrado en un oscuro camarote que también servía de celda. Cuál no sería mi asombro cuando al levantar los ojos me di cuenta de que no estaba solo, y que tenía por compañero de infortunio al mismísimo Cristeneck, sentado muy tranquilo en un rincón, y terminando de comer un dulce.

—¿Se asombra? —me preguntó, mientras se limpiaba los labios y sacudía suavemente sus ropas.

—En efecto, creo que es para asombrarse... —pronuncié entre dientes, con un esfuerzo por disimular la repulsión que me inspiraba.

—Era el único medio...

—¿Por qué?

—Sólo así era posible atraerla.

—Pero es tan cruel... ¿Acaso era necesario hierla tan hondamente en sus sentimientos?

—Sin el engaño, jamás se hubiera embarcado.

—Había tantos procedimientos más dignos —repliqué, conteniendo mi indignación—. El conde le juró su amor... Me consta. Jamás lo hubiera hecho sin sentirlo... Y una vez casados, como esposa suya, estoy seguro de que no se habría negado a acompañarle adonde él quisiera.

—¡Amigo Konzov! ¡No sea tan cándido! ¿Aún no lo adivina? Precisamente cuando más tierno se mostraba, mientras se postraba ante ella, yo comunicaba por orden suya a Petersburgo que aquí estábamos dispuestos a todo con tal de apresarla. ¡Y si no hubiese quedado otro medio, la habríamos tirado al agua con una piedra al cuello!

—Acaso hubiera sido mejor... Al menos más humano —exclamé sin poder contenerme—. Todo era preferible a este vil engaño. Será una impostora, pero es una pobre mujer enferma, tísica...

—Que aún viva otro poquito... —Fue la cínica respuesta—. Nos ordenaron apoderarnos de ella sin escándalo, y creo que lo hemos logrado.

Escuchaba con indignación esas crueles palabras, y los sarcasmos de Cristeneck me enfurecían tanto que ya no podía contenerme.

—Cálmese, amigo —me replicaba con su sarcástica sonrisa—. Domine sus impulsos caballerescos. En los tiempos que vivimos lo más importante es la audacia y la astucia. Hay que triunfar por todos los medios. Quien logra abrirse paso es poderoso y rico. En caso contrario, la pobreza; peor aún..., el destierro y Siberia. Vamos, levántese... ¿No ve que ya vienen a buscarnos?

Se abrió la puerta del camarote y entraron algunos oficiales y marinos dando traspies, riendo y cantando. Fuimos conducidos al camarote del capitán, donde reinaba una algarabía indescriptible. Se descorchaban continuamente nuevas botellas,

se servían jarros con ponche caliente y el humo del tabaco hacía el aire irrespirable. Me obligaron a beber algunas copas, y luego, conducido a tierra, quedé libre.

Según averigüé más tarde, mientras se desarrollaban todas estas horribles escenas, el conde y el almirante Craig conferenciaban con el cónsul británico, ultimando los detalles de aquel escabroso asunto.

Caía la tarde. En las calles se advertía una extraña agitación; se formaban grupos amenazadores, y los rusos no se atrevían a salir de sus casas.

Dando un largo rodeo logré llegar sin obstáculos a las afueras de la ciudad, y me dirigí hacia el mar a través de unos olivares.

XVI

REMORDIMIENTOS

No podía ya más. Caí extenuado sobre la arena de la playa. ¡Dios mío! ¡Qué martirio! Las lágrimas me ahogaban. Maldije al mundo entero. —¿Será posible? —me preguntaba—. ¿Será posible que haya sucedido tamaña monstruosidad? Y yo fui cómplice, uno de los protagonistas de la farsa, de la traición baja y vil...

Temblaba de indignación y de vergüenza. Con horror rememoraba los detalles de aquel juego innoble. ¡Con qué astucia diabólica se había preparado la trampa! ¡Y la infamia la había urdido el hombre a quien más respetaba, al que más admiraba! Le había servido con lealtad, había creído en su honor, en su rectitud. Y ese hombre, para engañar a una pobre mujer no había retrocedido ante nada, había profanado los más puros sentimientos, se había atrevido al sacrilegio, jugando como un tahúr con el amor humano.

Y pensé en ella. ¿Dónde estaría? Seguramente en alguna celda fría y estrecha, sufriendo los horribles tormentos del más cruel de los engaños, custodiada por unos soldados groseros, borrachos quizá... ¡Y el golpe le fue asestado en el momento en que estaba más confiada, cuando más feliz se sentía! Creía que sus ilusiones iban a realizarse... Era el sueño dorado de toda una vida que se derrumbaba cruelmente. Ella, la hija de la emperatriz difunta, había llegado a ver rendido a sus pies al primer hombre del Imperio, al gran favorito de la Corte. ¡Y de repente todo se desvanecía, todo se desplomaba con estrépito! No apagados todavía los vítores de la multitud y el ruido de las salvas, ¿cuáles debieron ser sus emociones? ¿Habría resistido su razón al suplicio?

Desde donde estaba podía ver las naves con sus siluetas perfiladas en el fondo de los últimos reflejos del ocaso. En una de aquellas naves agonizaba su pobre alma, herida de muerte.

—¡Qué vergüenza! ¡Cuánta ignominia! ¡El noble conde Orlov se había cubierto de oprobio! Ninguna victoria naval, ninguna proeza heroica, ni los laureles del Tchesmen, podrían redimirle ante el juicio de Dios y de los hombres. Y nosotros, sus cómplices, sus colaboradores en tan triste hazaña, responderíamos igualmente del crimen cometido.

—¡Toda tu vida tendrás que expiar esa iniquidad! No..., no tienes derecho a quitarte la vida... —me decía la voz de mi conciencia—. Sufrirás..., sufrirás mucho... Y éste será quizá el menor de tus castigos... ¡Intenta al menos redimirte!...

La nave almirante disparó un cañonazo: era la oración de la noche que descendía sobre la mar quieta, dormida... Se encendían las primera luces costeras, y su brillo triste cubría mi alma de densas sombras...

Por fin me levanté fatigosamente y como un autómatas emprendí el regreso.

Al llegar a mi habitación me esperaba un ayudante del conde, cansado de buscarme por la ciudad.

—Confiesa que no esperabas este desenlace —me dijo el conde Orlov cuando estuve en su presencia.

No pude responderle. No podía articular palabra. Mas, ¿qué hubiese podido decirle? Aquel hombre me repugnaba. ¿Odio? ¡No! Era un sentimiento de asco, más físico que moral.

—¿Crees que no me acuerdo de ti? —me decía sonriendo, pero sin atreverse a mirarme de frente—. Sabré recompensarte. Me has ayudado mucho. No sé cómo habríamos salido de todo sin ti... Era difícil enjaular a la palomita... Pero yo tuve confianza en ti..., en tu intervención.

Cada palabra suya me hería de muerte.

—Quizá lo ignores... —continuó, sin duda para tranquilizarme—. Desde Petersburgo habíamos recibido órdenes terminantes concernientes a esa embaucadora audaz que llevó su desfachatez hasta el punto de pretender la corona. Era necesario apoderarse de ella sin reparar en medios. ¿Comprendes?

No contesté.

—Hemos apresado a la impostora, cumpliéndose así el deseo de su alteza, nuestra emperatriz. La trasladarán a Rusia, y allí se investigará, se discutirá su caso. Se tramaba todo un complot. Ella no es la única responsable. Tampoco se trata de maquinaciones de magnates extranjeros, aunque éstos también participaban en la conspiración. Entre los papeles de esa farsante hemos encontrado algunos documentos que demuestran la complicidad de ciertos personajes rusos muy conocidos...

«Aún eres capaz de alegrarte pensando en nuevos arrestos y detenciones... ¿Y qué te mereces tú, hombre desalmado, sin piedad ni conciencia?» —pensaba en mi fuero interno mientras él hablaba.

—¿Por qué este silencio? —me preguntó con impaciencia el conde.

—La ciudad está revuelta —respondí—. La gente se agita... Los grupos son cada vez más amenazadores. Tenga cuidado, conde —le advertí, venciendo mi repugnancia—. Aquí no estamos en Rusia y la gente es capaz de dar una puñalada..., de envenenarle quizá...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Quieres saber mi opinión, amigo? —dijo muy serio, cambiando de tono—. Si alguien se atreve a tocarte, a ti o a cualquiera de los nuestros, si oyes una amenaza o algún insulto, no tienes más que señalarles el mar. ¡Allí tenemos setecientos cañones! ¡Un gesto mío y verás qué limpieza! Así mismo puedes decirlo: ¡yo no temo a nadie!

—Fanfarrón —pensé. Y tanta era mi indignación que salí sin pronunciar palabra, sin ni siquiera saludarle.

XVII

LANZADA AL MAR

Fueron unos días horribles. Los livorneses estaban realmente muy soliviantados. A todas horas, frente al palacio del conde, grupos sospechosos amenazaban con sus puños y gritos, y llegaron incluso a intentar apedrear el edificio, protegido por un fuerte destacamento de marinos. Innumerables embarcaciones se aproximaban durante el día a nuestra escuadra, llevando a lo más selecto de la ciudad; todos deseaban rendir homenaje a la cautiva que ya se había granjeado la simpatía general.

Una vez recibí orden de trasladarme a bordo de «Los Tres Reyes Magos» para llevar a la princesa una carta y algunos libros franceses. Claro está que no pude verla, ya que pesaba sobre ella la más rigurosa incomunicación.

Pero al regresar, me pareció oír una voz que me llamaba. Dirigí la mirada hacia el sitio de donde venía la voz, y a lo lejos vislumbré un rostro pálido y la agitación de una mano en señal de despedida. Correspondí agitando mi pañuelo; sentía en todo mi ser una emoción profunda. Los marineros remaban vigorosamente y pronto desapareció aquella visión fugaz de tristeza y desesperación.

* * *

Corrió la voz de que la escuadra iba a zarpar en breve, pero se desconocía su destino. Deseando saber si seguiría al servicio del conde, me disponía a salir de mi habitación, cuando de repente se abrió la puerta y me encontré frente a la desconocida de la iglesia de Santa María. El polvo en su vestido negro indicaba claramente que llegaba de un largo y apresurado viaje.

—¿Me reconoce? —me preguntó, descubriéndose.

—¿Qué desea?

Ella miraba con expresión amenazadora.

—¿Es así como cumple un juramento? —pronunció con voz velada, pero fría y cortante—. ¿Es así como procede un hombre de honor?

—Escúcheme..., yo no soy responsable... —quise protestar, desconcertado.

—¡Infames! ¡Miserables! —exclamó la desconocida—. ¡Habéis preparado una trampa! Todo ha sido una farsa, un engaño urdido para perder a la infeliz. Pero eso no quedará así... Se saldarán las cuentas... ¡Llegará la hora del desquite!

Mientras hablaba iba avanzando, obligándome a retroceder hacia un extremo de

la habitación. La ventana estaba abierta de par en par, y yo temía que su voz, que aumentaba de tono gradualmente, atrajera a alguien que pudiera oír desde el jardín. Su actitud habría despertado seguramente las sospechas de otros oficiales que vivían en el mismo edificio.

Afortunadamente en aquellos momentos allí no había nadie.

—Conque ¿no es responsable? ¡Y se atreve a decírmelo a mí!

—Así es —exclamé—. Yo obraba de buena fe... Lo demostraré...

—Contésteme: ¿quién aconsejó a la princesa emprender sin temor ese viaje? ¿Quién le aseguró que nada le sucedería?

—Fui yo..., es cierto.

—¿Le habló de la posibilidad de su boda... con Orlov? Hable claro... Necesito una respuesta categórica... No mienta...

Su agitación era cada vez mayor. Todo su cuerpo temblaba.

—El conde me confesó que la amaba... Lo había jurado... él mismo... —murmuré.

—¡Ah! ¡Perjuros! ¡Malvados! ¡Muere, pues! —gritó fuera de sí, alzando el brazo.

No tuve tiempo de echarme a un lado, pero instintivamente agaché la cabeza. El fogonazo me abrasó la mejilla: me había salvado. Agarré fuertemente su muñeca tratando de desarmarla, pero ella se debatía con salvaje fiereza, con el rostro contraído por el odio. Disparó por segunda vez, pero logré desviar el arma. Le arrebaté la pistola y la tiré por la ventana. La servidumbre, alarmada, gritaba y golpeaba la puerta. Comprendí que debía obrar rápidamente para no comprometer a aquella pobre insensata. Tratando de disimular mi turbación me dirigí al recibidor, y entreabriendo la puerta expliqué que había descargado mi arma para comprobar su buen estado. No era una explicación muy convincente, pero se retiraron al parecer, con cierta desconfianza.

Cerré la puerta y regresé al salón, donde la infeliz sollozaba, hundido el rostro en sus manos... Sentía yo en mi ser también una emoción profunda.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? —pude articular al fin—. ¡Estaba decidida a matarme! ¿Y por qué? ¿Qué culpa he tenido en todo esto?

Me paseaba febrilmente por la habitación. Al estar frente a un espejo vi reflejada mi imagen y no me reconocí: estaba lívido, con el rostro desencajado y la mirada de un demente. Poco a poco logré dominarme, y me acerqué a la extraña visitante, que seguía llorando.

—Escuche —le dije, intentando calmarla—. Debe comprenderme: mi única culpa es la de haber sido víctima del mismo engaño. Fui un cómplice inconsciente...

Logré que al fin me escuchara, y entonces comencé mi relato.

—Ya lo ve —dije al terminar—. ¡Dios ha sido justo y no ha consentido mi muerte!... Ahora es usted quien debe explicarse. Hable, le ruego.

Pero la desconocida no lograba aún articular palabra. Le ofrecí un poco de agua y luego le propuse que saliéramos al jardín. El aire puro la reconfortó, y se decidió a

hablar. En su mirada parecía haber arrepentimiento, como si implorase perdón, sin atreverse a levantar la cabeza.

—Mi historia es más triste —murmuró, por fin, con voz entrecortada aún, mientras tomábamos asiento—. Pero me considero tan culpable..., tanto... Nunca me podrá perdonar...

—Cálmese, le suplico. Todo ha sido olvidado, no fue nada. Estamos todos en las manos de Dios...

—Es usted demasiado bueno... Es muy generoso —más que las palabras, eran sus ojos los que expresaban su gratitud. Luego, tras una pausa:

—¿Ha oído hablar del asunto Mirovich?

—Sí, en efecto.

—Yo soy la responsable de su atentado. Soy Polixena Pchelkina, la que fue su prometida...

Era increíble. Diez años atrás mi abuela me había contado aquella historia con bastantes detalles.

Le estreché la mano efusivamente.

—Hable, hable... —le supliqué, inclinándome confidencialmente hacia ella.

—No podía quedarme en Rusia —comenzó diciendo en voz queda. Estaba aún muy agitada y hablaba atropelladamente—. Durante diez años erré por todas partes... En varios monasterios cuidé enfermos y alivié a los necesitados. Estuve en Polonia, Lituania... El año pasado, hallándome de nuevo al otro lado del Volga, llegaron a mis oídos las primeras noticias de cierta princesa Tarakanova de Azof y de Wladimiro. Fue entonces cuando me llamaron a su lado unas personas desconocidas... Todo aquello iba envuelto en el mayor misterio. Por otra parte, ya comprenderá cuánto deseaba conocerla... Y yo procuré por todos los medios estar a su lado. Aquella gente misteriosa me facilitó lo necesario para el viaje. Primeramente sostuve con la princesa una breve correspondencia y luego llegué a conocerla personalmente en Ragusa. Tuve fe en ella, y en ella creo con toda mi alma. ¡Dios mío! ¡Lo hubiese dado todo por ella! ¡Con cuánto ardor deseaba su triunfo, la expiación del pasado! La cuidé... Le enseñé el ruso, le di lecciones de historia, procuré guiarla con buenos consejos. Había seguido sus pasos desde Ragusa hasta Roma. Le escribí muchas cartas... Le supliqué que desconfiara de todos... Estaba convencida de su alto destino... ¿Comprende todo mi horror, mi desesperación, al saber ahora que está presa? Todos la quieren aquí. Estoy segura de que lograrán rescatarla, que la salvarán... ¿Qué piensa usted de ella? ¿Acaso no se ha convencido de que no es una impostora, que realmente es la hija de la emperatriz Isabel?

—No puedo afirmarlo..., como tampoco negarlo.

—En cambio, yo estoy convencida. Para mí es una verdad.

Se levantó lentamente. Luego, fija su mirada en mis ojos, me estrechó con efusión la mano murmurando conmovida:

—Usted es bueno... y cariñoso. ¡Adiós! Esperemos días mejores... Y abandonó

el jardín con paso inseguro.

Habíamos convenido que iría a verla, y algunos días más tarde la visité en el monasterio de Ursulinas, su refugio. Aún le quedaba alguna esperanza. Creía que sus amigos llegarían a salvarla en Inglaterra o en Holanda, por donde debía pasar la escuadra.

—En ella está la salvación de nuestra Patria... Regenerará al pueblo... —me dijo al despedirnos—. Tengo fe. Estoy segura de que llegará a su glorioso destino. ¡La salvarán!... ¡La salvarán!

* * *

En la noche del veintiséis de febrero nuestra escuadra recibió inesperadamente la orden de levar anclas y zarpar con rumbo al oeste. Cristeneck, por tierra, era portador de un informe del conde a la emperatriz, con los detalles de la detención. Entonces la Soberana residía cerca de Moscú, adonde se había trasladado con toda la corte.

Al mismo tiempo, el conde Orlov abandonaba Livorno, donde su vida hubiese peligrado demasiado sin la protección de las fuerzas navales. Especialmente los últimos días había extremado la prudencia. A pesar de la guardia, que había sido reforzada, apenas abandonaba su palacio, y al hacerlo, iba siempre rodeado por una fuerte escolta.

Sobre todo temía al veneno, y sólo se alimentaba de pan y leche, cuidadosamente examinados. Fui de los últimos en abandonar aquella ciudad. Debía embarcarme en la fragata «El Águila del Norte», que repatriaba a nuestros heridos y enfermos, llevando además como carga, todos los bienes del conde, numerosos y dispersos por sus varias residencias. En Grecia y Turquía se embarcaron tesoros realmente fabulosos, consistentes en cuadros, estatuas, muebles, bronce artísticos, medallas, joyas y mil objetos más de incalculable valor. Eran los frutos de sus muchas victorias y de varios años de acertada labor de entendido coleccionista. Entre aquellos objetos estaban los presentes de la infeliz princesa en el día de sus esponsales: me fijé en su retrato, en el que tenía tanta semejanza con la emperatriz Isabel.

Cumplidas las formalidades y bien aprovisionados para una larga travesía, zarpamos sin advertir el peligro. Apenas nos habíamos alejado de las costas italianas cuando se desencadenó la tormenta. Fue la más terrible de cuantas he presenciado. Sin lograr dominar la violencia del viento y del mar impetuoso, fuimos arrastrados, primero hacia la costa argelina, y luego hacia España. Forzamos con grave riesgo el Estrecho de Gibraltar, pero ya en el Atlántico, y siempre perseguidos por el mismo ciclón, fuimos de nuevo débil juguete de los elementos. Perdimos la arboladura, se rompió el timón y se abrieron varias vías de agua que tapamos como pudimos y Dios nos dio a entender.

Durante una semana nos arrastraron la corriente y el viento a lo largo de la costa africana, siempre hacia el sur. ¡Todos han perdido la esperanza!... ¡Hace ya diez días

que llevamos la noche en nuestras almas! Desde ayer el viento ha cesado por completo. Alguien reza en el camarote contiguo: llega hasta mí el murmullo de su oración. Sigo escribiendo... ¿Acaso puede haber esperanza? ¡Sé que estamos perdidos en la mar inmensa!...

* * *

Ha pasado otro día. Otro día de desaliento. Y se acerca la noche, negra, preñada de amenazas. En el horizonte unas nubes me inquietan. El cielo continúa cerrado. Llueve...

Desde la mañana hemos perdido de vista la tierra; el mar se encrespa por momentos y de nuevo aúlla el viento. Olas gigantescas baten con furia nuestros flancos que resisten por milagro. Montañas de agua se desploman sobre la cubierta que gime bajo su peso. Tenemos una nueva vía de agua, y los hombres, agotados, desesperados, casi no luchan, sin fuerzas para accionar las bombas averiadas, que a duras penas funcionan.

¡Oh, inmensa mar, impresionante desierto de agua! Nadie puede socorrernos. Inútiles las señales... ¡Se cumplirá nuestro trágico destino! ¡Es el fin! ¡Oh fin trágico! A bordo de una nave desmantelada, sin esperanzas, perdidos sin remedio junto con el botín de guerra de un general famoso...

¿Cómo llegará la muerte? ¿Tropezaremos con alguna roca? ¿O nos hundiremos poco a poco en el abismo? El conde Orlov perderá sus tesoros. Tal es el destino. ¡Así lo quiere Dios!

Son las tres de la madrugada. He terminado mi relato. Y ante la situación tan desesperada, preparo la botella que ha de conducir sobre las olas el manuscrito que a ellas confío.

Y al terminar, unas palabras para ti, Irene amada. Quisiera decirte, si aún me queda tiempo...

¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¿Será el fin? ¡Un golpe terrible!... Cruje la nave, siniestra y dolorosamente... Se inclina... La gente corre, grita... ¡Dios Todopoderoso! ¡Cúmplase tu santa voluntad!

* * *

La botella fue lanzada al mar con una nota en la que podía leerse en francés:

«Se suplica a la persona que halle esta botella, remita el manuscrito que contiene a la dama rusa Polixena Pchelkina, residente en Livorno. Si no fuera posible encontrarla, diríjase a Rusia, a la ciudad de Chernigov, al brigadier León Rakitin, para

que lo entregue a su hija Irene. Mayo, 15-17, 1775. —Teniente Pablo Konzov. A bordo del *Águila del Norte* y al servicio de su alteza imperial Catalina II de todas las Rusias».

PARTE SEGUNDA

XVIII

CATALINA EN MOSCÚ

La emperatriz Catalina, al llegar el verano del año 1775, determinó trasladar la corte a las cercanías de Moscú; primero a Kolominsk, y luego a una residencia adquirida al príncipe de Cautemire en la aldea de Barro Negro, más tarde denominada Zaritzin. En la orilla de un frondoso bosque se improvisó un rústico palacio de dos pisos, todo de madera, con algunas dependencias para la servidumbre y grandes barracones para los demás servicios. El sitio era ideal para disfrutar de una vista espléndida, atrayente por los estanques que se divisaban a lo lejos, que parecían por sus dimensiones más bien lagos de aguas tranquilas en el fondo de las depresiones de un terreno abrupto, convertido luego en gran prado. Más lejos aún, los trigales se extendían hasta confundirse con el horizonte, en el que una leve sombra señalaba el comienzo de la selva.

La vida era sencilla y alegre. Un perfume de vida campestre, de heno tierno y tierra cultivada, entraba por las ventanas al abrirlas de par en par. Alguna que otra golondrina, mariposas, una abundancia alarmante de mosquitos, y hasta algún saltamontes..., daban tono a aquella vida reposada y tranquila.

La vida activa empezaba al salir el sol: unos preferían los bosques o los prados, para buscar flores o setas. Otros invertían el tiempo en la pesca, por cierto muy abundante en aquellos parajes, y no faltaban cabalgatas y juegos.

La vida de Catalina era otra: por la mañana se recluía en un modesto cuarto de trabajo del piso superior, vestida con una sencilla bata, calzada modestamente y sin los incómodos peinados entonces en uso, pues prefería su gorro de dormir.

Una de aquellas mañanas, frente a su mesa de trabajo, redactaba una larga carta al conocido filósofo y publicista parisino barón Grimm. Se quejaba Catalina de que sólo le diesen dos plumas al día, medida de precaución para evitar un trabajo excesivo, dado su afán de escribir en todo papel que cayese en sus manos.

El mundo entero estaba intrigado en adivinar los derroteros de la política rusa y las próximas decisiones de la emperatriz para con la vencida Turquía; Catalina en cambio, al parecer indiferente, relataba en su carta las hazañas de sus perritos, *Sir Tom Anderson* y *Lady Mimí*, princesa de Anderson. Eran diminutos, lanudos, de puntiagudo hocico y graciosos rabos cortados... Eran los favoritos mimados de la emperatriz, quien con sus propias manos había confeccionado dos camitas con sendos edredoncitos de seda. En su epístola, la emperatriz relataba la vida y milagros de *Sir Tom Anderson*, sus aficiones a contemplar el paisaje desde la ventana, apoyadas las

patas delanteras en el alféizar, gruñendo y ladrando a los caballos y a los remolcadores que arrastraban las barcazas.

La vida en la aldea, los campos, los prados, los bosques, eran también un encanto para Catalina.

—Amo la tierra sin labrar —escribía la emperatriz—, me apasiona el terruño no tocado.

XIX

SAN PETERSBURGO

No siempre el tiempo era bueno en Moscú. De vez en cuando, el cielo cerrado, el retumbar del trueno y los chubascos eran anuncios de mayores tormentas.

Y como la atmósfera, también la corte estaba agitada.

No pocas preocupaciones había acarreado el asunto de Pugachev^[7]. Hasta el último instante el cabecilla creyó firmemente que sería absuelto.

—El muy granuja no se distingue por su inteligencia, puesto que aún abriga esperanzas... —Escribía Catalina en aquella ocasión.

Pugachev fue descuartizado en enero.

A mediados de mayo llegó a Moscú la noticia de que la escuadra de Craig había entrado en el puerto de Kronstadt. Catalina envió al generalísimo príncipe Galitzin toda la correspondencia sostenida con el conde Orlov referente a la Yemelián princesa Tarakanova, añadiendo a ella la siguiente disposición:

«La prisionera será desembarcada con la mayor reserva y es necesario someterla a un severo interrogatorio».

Aunque había sufrido una cruel derrota con los prusianos de Federico el Grande, el príncipe Alejandro Mijailovich Galitzin logró rehabilitarse con la campaña de Turquía, y gozaba entonces de mucho prestigio. Era un hombre bondadoso, discreto, muy modesto y recto, ajeno a las intrigas palatinas y apreciado por todo el mundo.

El veinticuatro de mayo llamó a su edecán Tolstoi, y luego de haber prestado éste un solemne juramento, le envió a Kronstadt, donde debía hacerse cargo de la cautiva para entregarla al comandante del fuerte de Pedro y Pablo, Andrei Gavrilovich Chemichev.

En la noche del veinticinco de mayo, un yate misterioso remontaba el curso del Neva y atracaba ante la tétrica fortaleza. La princesa fue encerrada en los primeros días en unos aposentos contiguos a los ocupados por el mismo comandante; luego la trasladaron a un calabozo del foso Alejo. Mientras tanto, Uchakov, secretario del príncipe Galitzin, había ya preparado el cuestionario, añadiendo a él los documentos remitidos por la emperatriz.

Uchakov era un hombrecito regordete, vivaracho, siempre atareado, preocupado continuamente por algún asunto. Y sólo tenía una misma queja, acompañada de una sonrisa maliciosa:

—¡Cuánto trabajo! ¡Cuánto trabajo! ¡Oh! ¡Si no se tratase del servicio de su

excelencia... Yo no puedo más... Tendré que solicitar el retiro... Sólo sirvo ya para el descanso...

Y presuroso iba de un lugar a otro con sus carpetas y papelotes.

El príncipe Galitzin estudió el caso superficialmente, examinando sólo los extractos que le presentó su secretario; luego preparó una serie de preguntas y argumentos. Entró en la celda con aire grave y marcial, que armonizaba poco con su natural franco y sus rasgos bondadosos.

Durante la travesía se registró un intento de fuga. En el puerto de Plymouth, la detenida se tiró por la borda y, al parecer, había ya una barca esperándola. Lograron detenerla por pura casualidad.

El príncipe Galitzin temía otro intento de fuga, pues todo hacía suponer que los cómplices de la cautiva no estarían inactivos.

El ambiente frío y severo de la fortaleza, con su hostilidad, mucho influyó en el ánimo de la cautiva. Su confesión consistió en insistir en que la llamaban y consideraban como una verdadera princesa rusa de sangre real, declarando que ella misma así lo creía, en virtud de algunos vagos recuerdos de su infancia. Según ella, asimismo lo confirmaban los documentos hallados en su poder: testamento de Pedro el Grande en favor de la emperatriz Isabel y el de ésta nombrando heredera del trono a su hija.

La copia de este primer interrogatorio fue enviada a Moscú y despertó la indignación de Catalina. Lo que mayormente la enojó fue una carta adjunta de la acusada, firmada «Elisabeth».

—*Voilà une fieffée canaille!* —exclamó la emperatriz estrujando la carta—. ¡Qué desfachatez!

Potemkin, presente en aquel momento, exclamó intrigado:

—¿A quién se refiere?

—¡Siempre la misma! A esa vagabunda italiana...

Potemkin sentía, si no simpatía, por lo menos mucha compasión por la Tarakanova, tanto porque era una mujer bella e interesante, como por tratarse de una víctima de Orlov, declarado enemigo. Intentó abogar por ella.

Catalina se limitó a indicarle un montón de periódicos extranjeros, en los que podían leerse las más violentas críticas contra la emperatriz.

Potemkin, murmurando, comenzó a examinar los periódicos con sus ojos de miope.

—¿Qué le parece? ¡Me dejan como nueva! —exclamó Catalina, preocupada en el arreglo de unos papeles, mientras Potemkin leía.

—¡Inaudito!... ¡Cuánta calumnia!... ¡Cuánto chisme!... Pero es difícil apreciar imparcialmente...

—Pues yo lo veo todo muy claro —repuso Catalina—. Es una vulgar embaucadora. Una segunda edición de nuestro «marqués de Pugachev»... Reconozca que por mucha lástima que nos inspire esa mujer, quizá ella misma víctima de

tenebrosos manejos, no podemos sin embargo ser indulgentes...

Pocos días después, Galitzin recibía nuevas instrucciones. Le fue ordenado «bajarle los humos a esa impostora», agregándose que, «según el informe del embajador británico, se trataría no de una princesa, sino de la hija de un vulgar tabernero de Praga».

Hasta entonces la acusada había demostrado una gran presencia de ánimo, mas al conocer este detalle, perdió la paciencia y replicó violentamente:

—¡Si supiera quién me calumnia! ¡Sería capaz de arrancarle los ojos!

Al quedar sola, se echó a llorar.

—¡Dios mío! ¿Será posible? —se preguntaba horrorizada—. Hasta ahora he creído ciegamente en mi destino, en mi origen... ¿Será posible que tengan razón? ¿Será posible que bajo el peso de esas imputaciones, de esas pruebas infames, tenga que ahogar mis convicciones, abandonar todas mis esperanzas? ¡No! ¡No puede ser! Lo sobrellevaré todo. ¡Venceré!

Siguiendo instrucciones de Moscú, el trato con la detenida fue más severo. Se quedó sin doncella, sin algunas de las comodidades hasta entonces toleradas, e incluso la comida fue más reducida.

Ruegos y amenazas para arrancarle una confesión no tuvieron efecto alguno. Se negaba a reconocer que era una impostora, que de pequeña corría descalza por las calles de Praga.

—¡No lo soy! —gritaba exasperada al príncipe Galitzin—. ¡Tengan piedad de una pobre mujer! ¡No me atormenten más! ¡No quiero mentir! Nada ni nadie me obligará a rectificar. ¡Soy realmente una princesa y corre sangre imperial por mis venas!...

El príncipe se olvidó de la consigna recibida de ser duro y severo. No insistió. Es más, intentó consolarla.

—Estoy encinta —le dijo un día la detenida—. ¡No pereceré sola! Tengan compasión de la criatura. Mándenme a un monasterio, a Siberia, adonde quieran... Pero juro por lo más sagrado que no soy culpable...

—¿Quién es el padre? —preguntó Galitzin.

—El conde Aleksei Orlov.

—¡Otra mentira! ¿Para qué? ¿Para qué quiere engañarme? —murmuró el príncipe, conmovido en el fondo por su acento sincero.

—Digo la verdad... ¡Ante Dios lo juro! —exclamó la infeliz, sollozando—. ¡Tantos testigos habría! El almirante, sus oficiales, la flota entera...

Galitzin no insistió. Aquel mismo día fueron enviadas a Moscú las extrañas declaraciones de la acusada.

* * *

—¡Qué ser más repugnante! Esto es otra artimaña de los malditos polacos —comentó Catalina al leer el informe.

—Pero bien podría haber un fondo de verdad en todo ello —se atrevió a objetar Potemkin—. ¡Es tan fácil engañar a una mujer! Puede muy bien haberse confiado...

—¡Imposible! —exclamó Catalina—. Además, el conde ha de llegar pronto. Él mismo nos lo explicará todo sin faltar detalle. Y no olvide que hemos de pensar también en la tranquilidad del país... ¡Después de tantas y tan duras pruebas hemos de normalizar la situación, apaciguar los ánimos!

Potemkin no respondió.

El conde Orlov, entretanto, sentía prisa por estar pronto en Moscú para asistir a los grandes festejos organizados para celebrar la paz victoriosa con Turquía.

En Petersburgo, Galitzin recibió nuevas instrucciones de la emperatriz: dejar a la detenida lo estrictamente necesario; y redoblar la vigilancia y la severidad de la prisión.

EL HISTORIADOR

La terquedad de la detenida asombraba y enfurecía a la emperatriz. —¡Será posible! Hemos dominado al turco, Pugachev se ha rendido... y esa impostora, enferma, moribunda casi, no quiere confesar... ¡Aún se atreve a amenazarme desde un infecto calabozo!

Potemkin estaba al corriente, por haber llegado ya Cristeneck, de todas las circunstancias de la detención de la princesa Tarakanova. Se mostraba callado y taciturno, a lo que Catalina no dio la menor importancia, por atribuirlo a su carácter.

Poco tiempo bastó para divulgar los procedimientos empleados por el conde para detener a la cautiva. Catalina fue de las últimas en saberlo, enterada por su edecán. En un principio no quiso creerlo, pero se rindió ante la evidencia al recibir el informe secreto de Galitzin. Catalina, como mujer, se indignó.

—¡Radzivil no hubiese obrado así! —pensó—. Aquél no traicionó a la mujer que se le había confiado..., a pesar de amenazársele con la confiscación de todos sus bienes. ¡Qué hombre Radzivil! ¡Ah, Orlov, Orlov..., qué alma de traidor!... ¡No reparas en medios!

—¡Por algo te llaman «El Verdugo»! —continuó—. Luego, ya sé, te justificarás diciendo que has obrado por un exceso de celo... Cuando llegues será necesario arreglar el asunto. Esa infeliz sin patria ni hogar, ese juguete de unos mal intencionados, ya no podrá ser peligrosa entre tus manos... Supongo que la hija de un tabernero será muy feliz de emparentarse con un conde ruso.

Catalina no pudo ya soportar por más tiempo la quietud campestre. En todas partes se sentía a disgusto. Y sin pensarlo mucho, decidió trasladarse a Moscú. Quiso examinar personalmente algunos documentos y consultar los archivos ministeriales.

En aquel tiempo estaba al frente de los mismos el académico Miller, explorador famoso y conocido historiógrafo, autor del «Ensayo de la Historia moderna de Rusia», de la «Descripción del Reino de Siberia», y redactor, en su tiempo, del «Boletín mensual de la Academia».

Catalina se interesó siempre por los estudios históricos y conocía bien al erudito, con el que había sostenido no pocas charlas. Le encontró concentrado en el estudio de unos viejos pergaminos.

Miller, anciano afable y bondadoso, era un enamorado de los pájaros y las flores. Las estancias que ocupaba en el mismo edificio oficial del archivo, eran muy pequeñas, pero claras y alegres.

Los pájaros de las numerosas jaulas que había en todas partes ensordecieron a Catalina. Una puerta de cristal, en el despacho mismo, daba entrada a una habitación soleada transformada en jardín exótico. Una fina red metálica protegía las ventanas, y los pájaros volaban alegremente en libertad. Heliotropos y rosas perfumaban aquel ambiente especial, ordenado y limpio.

Catalina entró sin hacerse anunciar y encontró a Miller inclinado sobre su trabajo.

—Vengo a verle con un ruego, Gérard Fedorovich —dijo la emperatriz al entrar.

Miller se levantó deshaciéndose en excusas.

—No esperaba tan alto honor... Perdone mi vestimenta... La comodidad en el trabajo... —murmuraba mientras se abrochaba la bata y buscaba azorado sus lentes.

La emperatriz tomó asiento e invitó a Miller a que hiciera otro tanto. Tras algunas frases corteses, Catalina abordó el tema sustancial del motivo de su visita.

—¿Es cierto —preguntó— que en su poder obran unos documentos que demuestran sin dudas que el trono de Rusia fue realmente ocupado por el príncipe Dimitri y no por el usurpador Grigori Otrepyev^[8]? Al menos creo que tal es su convicción..., puesto que habló de ello con el inglés Koox.

La pregunta turbó visiblemente a Miller.

—¿Cómo habrá podido saberlo? —pensó inquietamente—. ¿Quizá alguna indiscreción del inglés?

—Expliquémonos —continuó diciendo la emperatriz—. Puede ser que así me comprenderá mejor. Usted posee una memoria excepcional; además le tengo por perspicaz... Y quisiera conocer su juicio, de valor innegable. ¿Es cierto que aquellas acusaciones no fueron realmente muy sólidas? ¿Que no fueron convincentes?

Miller quedó pensativo. Sus cabellos blancos parecían aún más hirsutos que de costumbre. Una ligera agitación se notaba en sus labios; al parecer no se decidía a hablar.

—Es cierto —dijo al fin—. Pero le advierto que sólo se trata de una opinión mía...

—Pero si está convencido, ¿por qué no expresa públicamente su parecer?

—Alteza —murmuró el anciano—. He leído el informe de Basili Chuiskey sobre su encuesta en Uglich. Su deseo era favorecer a Boris y sólo presentó las pruebas que parecían corroborar el asesinato del heredero legítimo. Pero hizo desaparecer todo cuanto hubiese podido desagradar a Godunov.

—¿Y en qué consistían esas pruebas?

—Parecían indicar que el asesinado era otra persona... Recuerde, alteza, que luego ese mismo Chuiskey reconoció al zarevich Dimitri...

—Es muy ingenioso. El general Potemkin aconseja publicarlos. Serían documentos históricos muy interesantes.

—Perdóneme, alteza... El deseo de una emperatriz tiene su peso..., pero aún

mayor lo tiene el de una nación entera. Yo soy luterano; en cambio, el cuerpo del Dimitri reconocido yace en el templo del Kremlin de Moscú... ¿Cuál sería mi suerte si me atreviese a demostrar que el zarevich ocupó realmente el trono? ¿Cómo podría seguir viviendo en este país? No se puede luchar contra la opinión pública.

XXI

ORLOV Y CATALINA



Las palabras del historiador impresionaron mucho a Catalina.

—Habla como un verdadero filósofo —pensó. Y luego, tras una pausa, dijo:

—Está bien. Dejemos en paz a los muertos. Hablemos ahora de los vivos. Espero que el general Potemkin ya le haya remitido la copia del interrogatorio de esa embaucadora, cuyo caso debe conocer...

—En efecto —convino Miller, dándose cuenta después de una larga pausa, que llevaba puestos los lentes.

—¿Y qué opina de esa digna «hermana de Pugachev»?

—Lo único que puedo afirmar es que sus conocimientos de historia de Rusia son muy rudimentarios e inexactos... Pero la culpa habrá sido de su institutriz...

—¿De modo que usted cree que en sus cuentos puede haber un fondo de verdad? ¿Admite que la emperatriz Isabel hubiese podido tener una hija?

Miller hubiese querido contestar: «Claro. No es inverosímil, ni mucho menos...». Pero recordó a tiempo a un tal Aleksei Chkuvine, obligado a vivir en regiones muy apartadas, y quedó como absorto en la contemplación de un canario.

—¿Por qué no contesta? —preguntó sonriendo Catalina—. Su luteranismo nada tiene que ver en el presente caso...

—Todo es posible, alteza —se atrevió a murmurar el anciano—. Son tantos los rumores... Algunos podrían tener cierto fundamento... Podría ser...

—Pero escuche... ¿Acaso no es extraño? El difunto Razumovsky era un hombre bondadoso... Ellos se habían casado legalmente... ¿Qué motivo había, pues, para renegar de la hija? ¿Hubiese sido una crueldad indigna de él y de la emperatriz!...

—Vivían en otro siglo muy distinto del nuestro —arguyó Miller—. Las costumbres cambian. ¡Los Chuisky-Chuvalov retuvieron por conveniencia tantos años al príncipe Iván, proclamado desde la infancia como emperador de Rusia!... El ansia de poder es muy fuerte. No es de extrañar que por un motivo semejante hubiesen querido ocultar a esa infeliz princesa...

—¡Pero, Gérard Fedorovich, se olvida usted de la madre! ¿Cómo pudo consentir la emperatriz? Era una mujer buena, un corazón de oro. Lo saben todos. Y aquí no se trataba de un hijo ajeno, como lo era Iván... ¡Era su propia hija!

—La cosa no es tan complicada como parece —objetó Miller—. Es difícil precisar hasta qué punto han participado los padres en el destierro de la criatura. No

debemos olvidar que además de madre era emperatriz... Las intrigas fueron más fuertes que su sentimiento materno. Habría graves razones, el bienestar del país, intereses del Estado. ¡Qué sé yo! Tuvo que ceder. La hijita fue llevada al sur, luego a los Urales. En los documentos y cartas de la princesa se habla de veneno, de su huida de Siberia, de su estancia en Persia, luego en Alemania y en Francia... Los modernos Chuisky han repetido la vieja tragedia. Con el pretexto de salvaguardar a la emperatriz, preparaban, por si acaso, la aparición de otra heredera, «rescatada» por ellos...

Catalina recordó que Orlov en una de sus cartas aludía al explorador Iván Chuválov...

—Es difícil llegar con usted a algo... positivo... Su memoria es como un archivo..., y la historia rusa es tan compleja, tan singular... Es difícil comprenderla. Bellos son nuestros prados, pero en ellos abundan los cardos... A propósito: esas flores son hermosísimas y muy simpáticos los pajaritos. ¿Por qué no viene algún día a Zaritzin? He recibido de Grimm una graciosísima pareja de cacatúas... Una de ellas, sobre todo, es muy divertida, y se pasa el día gritando en francés: *Où est la verité?*

* * *

Catalina regresó a Zaritzin, adonde llegaba poco después el conde Orlov, el héroe de Tchesmen.

Aleksei Grigorievich halló muy cambiada la corte. Notó muchas caras nuevas y nuevas normas: todo en ella era diferente. La emperatriz, con la excusa de una ligera indisposición, no concedió inmediata audiencia al conde.

Este recibimiento le preocupó. Ducho en intrigas y en la interpretación de actitudes, presintió la desgracia. Intentó tímidamente algunos sondeos, y por último se decidió a solicitar una entrevista con Potemkin, el nuevo favorito. El encuentro fue cortés, pero frío. Hablaron mucho, hasta pasada la medianoche, pero el conde no pudo en realidad sacar nada en claro. En una ocasión, Potemkin lanzó con malicia la siguiente frase:

—Hoy día todo son excesos...; nos propasamos en todo...

El conde recogió el dardo y se quedó pensativo: comprendía que realmente se había propasado, pero...

A la mañana siguiente, recibió la orden de que la emperatriz estaba dispuesta a recibirle.

Se ocupaba de sus perritos cuando el conde entró. La doncella enjabonaba vigorosamente a los animalitos, que le acogieron con histéricos ladridos.

—Es su destino, conde, tropezar con agua en todas partes —fueron las primeras palabras de Catalina—. Bienvenido sea... Un momentito y estaremos listos...

Luego de haber envuelto a *Lady Mimí* y a *Mister Tom* en sendas mantas, Catalina invitó, al fin, al conde Orlov a tomar asiento. Se informó de su estancia en Italia y de

los asuntos de Turquía, y sólo después abordó el tema de mayor trascendencia para ella:

—¡Ah, amigo mío! —exclamó abriendo su tabaquera—. ¡Esta vez se ha excedido! ¡Se ha propasado!...

—¿En qué, señora?

—En la misión que le había sido confiada —respondió Catalina, amenazándole cariñosamente con el dedo.

La emperatriz sonreía y su tono era jocoso, pero Orlov la conocía demasiado para engañarse. El ligero temblor de la barbilla denotaba la gravedad del momento.

—¡Señora! ¿Cuál ha sido el exceso en mi misión que ha merecido su enojo? —preguntó con inquietud.

—¡Será posible que lo ignore! Pues, sí; repito: se ha excedido, muy señor mío... —añadió Catalina, esta vez muy seria.

Orlov se azoró como un chiquillo. Sus ojos pestañeaban nerviosamente.

—¿No lo sabe? Nuestra cautiva... Pronto..., pronto tendrá descendencia. ¿Qué le parece? —siguió diciendo Catalina, mientras espiaba de soslayo al conde.

Se quedó éste aturdido. Hubiera querido desaparecer.

—Estoy perdido, completamente perdido —pensaba aterrorizado, mientras en su mente se formaban negras nubes de deshonor y de ruina.

—Pero aún existe un remedio —prosiguió la emperatriz—. Conviene que la vea..., el niño podría tener un padre legal y la justicia triunfaría...

Orlov sólo tuvo fuerzas para arrodillarse, besar la augusta mano y retirarse cabizbajo.

En el pasillo se repuso.

—¿Qué le dijo su alteza? ¿Cómo le recibió? —preguntaron algunos con interés.

—He recibido una invitación especial para los actos que han de celebrarse... Este honor me ha confundido... —replicaba evasivamente el conde—. Mientras tanto voy a Petersburgo para arreglar los asuntos de mi hermano...

No dejó transparentar sus preocupaciones y mantuvo su porte altivo y gallardo.

Pero había comprendido que la emperatriz no bromeaba y que debía apresurarse.

Y con el pretexto de los asuntos de su hermano, a los pocos días abandonaba la corte.

XXII

ORLOV Y LA PRINCESA

El estado de la cautiva había empeorado. Agotada física y moralmente, no se había repuesto de la larga travesía, y cada día era un nuevo y terrible martirio. El mal seguía su curso. La tos era cada vez más aguda y dolorosa y sus pañuelos se teñían de sangre. La tisis no la perdonaba.

Los interrogatorios, insistentes y abrumadores, la irritaban horriblemente. Vivía en perpetua pesadilla.

—¿Con qué derecho me tratan así? —preguntaba la infeliz en un postrar arranque de orgullo—. ¿Qué crimen he cometido? Es un proceder inhumano...

—Son órdenes superiores; disposiciones imperiales —le contestaba, murmurando y con un francés de muy dudosa pureza, el secretario Uchakov.

Él se ocupaba de la manutención de la detenida, así como de todos los gastos derivados del proceso. Procuraba alargar la investigación en lo posible con informaciones suplementarias, completamente inútiles, con gestiones extraordinarias, misiones especiales, creando dificultades, obstáculos y toda suerte de entorpecimientos.

Con las economías en el presupuesto de la manutención de la acusada, esperaba reformar su casita de Moscú, soñando con un próximo y bien merecido retiro.

Un día presentaron a la enferma los testamentos apócrifos.

—¡Juro que yo no los he redactado! —contestó la desgraciada entre accesos de tos—. Me mostraron los originales...

—¿Pero ha escrito estos documentos..., estas copias?

—Quizá sean estos mismos... Era para mí un entretenimiento..., una diversión...

—¿De modo que no quiere reconocer la verdad? ¿Lo niega todo?

—Nada tengo que reconocer —gemía la princesa—. Yo vivía tranquilamente, sin dañar a nadie. Me engañaron, me tendieron un lazo... Fui una víctima de una vil traición...

Galitzin, nervioso, perdía los estribos.

—¡Qué demonio de mujer! —murmuraba—. ¡Más muda que un adoquín!... ¡Más terca que una mula!, usando comparaciones poco galantes.

Y ante el resultado negativo de sus gestiones, expresaba su disgusto con su vicio de rascarse la nariz.

Un día, Uchakov, siempre servicial y oportuno, propuso a su superior:

—Tenemos plenos poderes que nos han sido conferidos con las últimas

instrucciones. No hemos aplicado aún el máximo rigor...

—Es cierto... —exclamó el príncipe Galitzin—. Quizá probándolo... Como último extremo.

Le repugnaba la dureza, pero órdenes son órdenes, y cedió, firmando la disposición.

—En nombre de su alteza imperial —pronunció el oficial de guardia entrando cierta mañana en la celda—, y ante la resistencia opuesta por la acusada, desde hoy ésta no podrá disfrutar de las distinciones en el trato hasta ahora dispensadas, y sólo podrá conservar los objetos de uso imprescindible, tales como la cama y el vestido reglamentario... En caso de persistir en su actitud, sufrirá el régimen de los demás detenidos comunes.

Y las órdenes se cumplieron.

La enferma, acostumbrada a una alimentación sana y escogida, sólo recibió el rancho de los demás presos: pan moreno y sopa de coles. A veces se pasaba horas enteras sin atreverse a probar aquella comida, llorando y temblando de fiebre.

Durante la travesía, había caído en sus manos un periódico en el que se relataba el dudoso pasado del conde Orlov.

«¿Por qué no lo habré sabido antes?» —sollozaba desesperada—. Jamás me hubiese confiado a un hombre así...

Se fue más lejos en el trato duro: se dispuso que dos soldados montasen guardia día y noche en la celda misma de la detenida. Aquella presencia era insoportable y humillante, y no le dejaba un solo momento de reposo.

—¡Confiese!... —repetía todos los días Galitzin—. Su situación me apena, la compadezco, mas no puedo obrar de otra manera. ¡Confiese! Sólo así podrá esperar una indulgencia...

—Lo soportaré todo, señor comandante —le contestaba la enferma—; la muerte misma no me espanta... Se equivoca: nada puede obligarme a confesar algo que no siento, retractarme de mis primeras declaraciones.

—Piénselo bien. Reflexione.

—Dios es testigo... Mis sufrimientos recaerán sobre la cabeza de mis verdugos.

—¡Confiese!... ¡Confiese!... —suplicaba casi Galitzin.

—Tendremos que someterla a otra prueba —musitó Uchakov, sin levantar la vista de sus papeles.

Hasta entonces le habían permitido conservar su ropa interior fina. Aquella noche la obligaron a usar una tela grosera que irritaba la carne como un cruel cilicio penitencial.

—¡Dios misericordioso! Eres testigo de mis sufrimientos... —oraba la enferma—. ¿Qué debo hacer? ¡Mi fe!... Creía en mi pasado... Estaba tan segura. ¡No! Mi convencimiento es inamovible... Ni la traición, ni el arresto pueden cambiarlo... Soportaré el más cruel martirio, este encierro terrible que será mi muerte... Lo sé... La muerte se aproxima. ¡Madre de Dios! ¡Jesús mío! ¿Podrá salvarme alguien? ¿Es

posible que algún día acabe este horror?... ¿Quién puede socorrerme? ¡Dios mío!
¡Apiádate de tu sierva indigna!

* * *

A finales de junio un coche cerrado se detuvo en el patio de la prisión. Bajó de él un hombre envuelto en una larga capa: era el conde Orlov.

Media hora más tarde, salvando los charcos, puesto que el día era lluvioso, el conde, acompañado del vicecomandante Andrei Gavrilovich Chemichev, se dirigía hacia el foso Alejo, en el que estaba la celda de la detenida.

—Su estado se agrava —decía Chemichev al conde—. Esta humedad le es muy perjudicial... Ayer suplicó que le devolvieran su ropa y algunos libros. Accedimos. Hubiese sido inhumano negarle esas pequeñeces.

El conde Orlov entró solo a ver a la cautiva. Antes, obedeciendo órdenes, la guardia se había retirado.

La celda era baja y oscura. Gruesos barrotes protegían una ventana estrecha. Había una mesa y dos sillas. Encima de aquélla, unos libros, algunos objetos de uso personal, una toalla y un plato de comida intacto. A la derecha, un biombo disimulaba una cama metálica y una mesita de noche.

En el lecho yacía postrada una mujer tapada con un roído manto, de un azul que antaño fue celeste. Su rostro era pálido y demacrado: se hubiera dicho de un cuerpo sin vida.

Se estremeció el conde Orlov. Aquellas facciones recibían ya los primeros besos de la muerte. A duras penas pudo ver en ellas algo de la mujer soberbia, llena de gracia, de vida y de alegría, que había admirado antaño. Recordó Italia... Las cartas amorosas, tiernas, encendidas; la fiesta a bordo y la comedia nupcial; recordó a Ribas y Cristeneck, grotescos con sus disfraces sacerdotales, que adquirirían ahora un trágico relieve.

—¿Para qué representaste aquella farsa? —le dijo en su conciencia una voz en reproche tardío—. ¿Acaso era necesaria? ¡Era ya tuya al pisar la cubierta!

Recordó la escena violenta, con los gritos y protestas de la infeliz... Recordó que al día siguiente le mandó una carta en alemán, hablándole de su propia pena, de su dolor infinito, repitiendo el juramento de amor, de fidelidad, de abnegación. «Te amaré hasta la muerte... Más allá de la tumba... La desgracia, el destino adverso, nos persiguen...» —le había escrito, usando frases de gran efecto, con expresiones estudiadas—. «Somos cautivos... Nos atenazan las mismas cadenas. Pero Dios es todopoderoso y no nos abandonará. No perdamos la fe ni la esperanza. Tan pronto me vea libre, te buscaré por todas partes, te encontraré y estaré siempre a tu lado para protegerte, para adorarte...».

—Y ahora la encuentro... ¡Y cómo, Señor!... —murmuró estremeciéndose de nuevo.

No se atrevía a dar un paso más. Quieto, inmóvil, contenía incluso la respiración... Al fin se decidió a llegar hasta el lecho.

La enferma abrió los ojos y se apoyó penosamente sobre un codo. Pero de pronto su rostro se contrajo violentamente, de odio, de profunda aversión, y en los ojos, con brillo de fiebre, había horrores y espantos de locura.

—¡Usted! ¡Usted! ¡Aquí! —gritó al reconocerle, extendiendo los brazos descarnados como si tratara de ahuyentar un espectro...

XXIII

ENTREVISTA

En aquella voz apagada que gritó en la agonía, había destellos de un clamor terrible, de odio profundo... En un supremo esfuerzo se echó hacia atrás, apoyándose en la pared, fría y húmeda. Por aquellos ojos se asomaba la locura. De aquellos cabellos, perfumados y tentadores que un día adoró el conde, ahora salían mechones descoloridos, mal contenidos por el gorro de dormir medio caído...

La violencia y el esfuerzo de la enferma, aquel rostro de muerte y aquellos ojos acusadores, dejaron al conde mudo, inmóvil, petrificado...

Y en carcajada histérica, exclamó:

—Somos marido y mujer, ¿verdad? ¿Dónde ha estado tanto tiempo? Le esperaba... Claro... Los juramentos... Amor... Eterno amor... Pasión...

Un violento acceso de tos desgarró su pecho, y por aquella boca, un día hermosa, salió una gota de sangre que dejó tinta en la sábana revuelta.

—Escuche —y la voz del conde era suave, queda—. Es inútil evocar el pasado. ¿Para qué continuar la comedia? Pronto habrá comprendido que soy un servidor humilde y adicto de mi soberana. No hice más que cumplir las instrucciones augustas de su alteza imperial...

—¡El engaño! ¡La falsía! ¡Tanta crueldad! ¡Una traición tan vil, tan rastrea!... ¡No! ¡Jamás podré creer que una emperatriz poderosa haya llegado a tanta iniquidad, haya recurrido a la felonía, al sacrilegio!... ¡No! ¡Jamás!

—Juro que recibí órdenes... —musitó el conde.

—¡Mientes, traidor! —gritaba la enferma, amenazadora, con los puños crispados—. Catalina era capaz de todo, de ordenar mi detención por la fuerza, quemar la ciudad en que me ocultara, todo..., todo... Mas lo que has hecho, no. ¡Eso no! Hubieses podido matarme; tenías el puñal y el veneno... ¡No hubiera sido la primera vez en tu vida! ¿Y qué hiciste? Para ti tenían mayores encantos la traición, la mentira más vil, más baja...

—¡Cálmese un poco! —suplicó el conde—. ¡Cálmese! Conteste a una sola pregunta. ¡Una sola! Y le prometo que será libre, que terminarán sus penalidades...

—Hable... escucho... ¿Qué habrás maquinado esta vez? ¿Qué felonía saldrá de tu abyecto cerebro?

Con un esfuerzo sobrehumano logró dominarse. Escalofríos, cada vez más violentos, agitaban su cuerpo. Se envolvió en aquel pedazo de tela que un día fue

manto azul...

—La han sometido a un severo interrogatorio... —comenzó diciendo el conde, tratando de que voz y palabras fuesen gratas, conciliadoras, suaves y persuasivas—. Ahora que estamos solos... Sólo Dios puede oírnos... Dígame la verdad...

—*Gran Dio!* —gritó indignada la enferma, incorporándose de nuevo en un esfuerzo sobrehumano—. ¡En tu boca el nombre de Dios! ¡En tu boca! ¡Si eres capaz de triplicar mi martirio! ¡Si eres capaz de someterme al más refinado suplicio! Y decían abolido el tormento... Estoy segura de que Catalina ignora la ignominia y el martirio a que me someten... Todo esto es obra tuya. ¡Qué cerebro para el mal!...

—Cálmese... cálmese. Con toda tranquilidad, conteste: ¿Quién es usted? Confíese... Le suplico que me lo diga... Sabré convencer a la emperatriz. Lograré el indulto...

—*Diavolo!* ¿Y se atreve este hombre a preguntarme quién soy? —en aquel pecho roto, un ronco estertor apagó la voz. Tosía... tosía...— ¿Me preguntas quién soy? —contestó penosamente—. ¿Acaso no ves que me muero? ¿Qué te importa ya? ¿Para qué lo quieres saber?

Un nuevo acceso de tos, más violento aún, le ahogaba. Vencida, cayó exhausta, y el rostro demacrado desapareció bajo la almohada.

—Es capaz de morir sin confesar —pensó Orlov.

Mas luego, la enferma, sacudida por una fuerza invisible, se incorporó ligeramente y exclamó, con voz algo más clara:

—Libre, rica y feliz ayer, perseguida y humillada hoy, repito siempre lo mismo: ¡Soy la hija de la que fue una de las más grandes soberanas de tu país!

Levantó la cabeza. Su rostro se había transfigurado. Dominadora y altiva, sus palabras llevaban desprecio y orgullo: todo en ella estaba lleno de majestad.

—Escucha una vez más, abyecto esclavo: ¡Soy una princesa! ¡Sangre real en mis venas! ¿Tan ciego eres que no lo reconoces? Mírame bien, ser indigno y rastrero. ¡Te hallas en presencia de una soberana!

Una idea audaz cruzó rápidamente por la mente del conde.

—¡Qué importa! —pensó. ¡La vida se le escapa! ¡Un poco más de farsa! Y luego, todos satisfechos... Nada se pierde en el intento... comenzó la farsa. Se arrodilló ante el lecho y la mano demacrada y fría que pendía, fue besada con devoción...

—¡Alteza! —murmuró con acento apasionado—. ¡Liza!... ¡Perdóneme!... ¡Soy tan culpable!... ¡Juro que me arrepiento! ¡Juro que tuve que obedecer!... Yo también estuve detenido, sufrí el encierro... Acaban de liberarme...

En los ojos de la enferma apareció el asombro; de sus ojos brotaba un tenue hilillo de sangre...

—¡Perdóneme! —continuó Orlov—. Nos casarán con todos los honores; será mi esposa legítima... ¡Lo pondré todo a sus pies, alteza!... ¡A tus pies, Liza!... Mi título, mis bienes, mi pasión y mi cariño...

—¡Vete, miserable, vete! —gritó la enferma—. Pretendes una mano ambicionada

un día por príncipes y reyes... ¿Cómo te atreves a tocarme? ¡Vete! ¡Traidor! ¡Verdugo! ¡Miserable!

—No se anda con chiquitas... —pensaba Chemichev al oír aquel alud de epítetos en francés—. Es mejor que me aleje. No sea que el conde adivine que podía oírle... Es hombre capaz de todo...

Y creyó oportuna la precaución de alejarse de las proximidades de la celda.

Otro tanto pensaba el carcelero, hurtando el cuerpo en las sombras del pasillo.

—Pobre mujer —se decía—. Seguramente pedirá una mejora en el rancho. Tiene motivos para estar furiosa... Después de suplicarlo, sólo hoy le han dado un poco de leche...

Continuaban los gritos en la celda... Luego, se oyó el ruido de algo que se rompía y de objetos lanzados con violencia.

Se abrió la puerta, y por ella, demasiado baja para pasar erguido, salió el conde Orlov encorvado, con prisas que parecían huida.

Se paró un momento en el pasillo y respiró fuertemente. Se alisó el cabello y con paso decidido se encaminó hacia la salida. Era otra vez el hombre de siempre, de porte erguido y rostro impasible y altivo.

Preocupado por las recientes escenas, murmuraba entre dientes:

—¡Qué víbora! ¡Cuánto veneno! —La preocupación no le dejaba, a pesar de que intentaba distraerse contemplando el paisaje, entristecido por un día lluvioso, a través de la ventanilla del coche.

Anocheecía. El carruaje se paró frente a la residencia del príncipe Alejandro Alexeevich Viazemsky.

Al entrar, había recobrado hasta cierto punto el pleno dominio de sus nervios, pues de vez en cuando notaba aún escalofríos, frotándose maquinalmente las manos.

El príncipe Viazemsky era el procurador general del imperio.

—Siéntese... Haga el favor... ¿Tiene frío, verdad?

—Sí... Sí... Un poco de frío...

Viazemsky hizo servir licores y pastas.

—Una copita, conde. Le hará bien —y le ofrecía solícito una copita de licor—. ¿Cómo se encuentra nuestra detenida? —preguntó luego.

—Insolente; muy insolente. Se resiste...

—¡Claro! No quiere ceder a bajo precio sus pretendidos derechos.

—Están perdiendo el tiempo con esa mujer —observó el conde, mientras probaba el licor—. Sería necesario adoptar medidas más enérgicas.

—¿Y qué medidas quiere tomar, amigo? Está casi agonizando... ¿No pretenderá que la matemos?

—¿Y por qué no? —murmuró Orlov—. Seres así no son dignos de compasión.

El príncipe Viazemsky miró al conde de reojo.

—Aleksei Grigorievich... ¿Acaso hablas en serio?

—Por el bien de la Patria. ¡Soy un patriota!... Sería una medida acertada que

merecería mi aprobación. ¡La tranquilidad del país!

—*Mais, c'est un assassin dans l'âme!* —pensó el procurador general, estremeciéndose—. *C'est en lui comme une mauvaise habitude.*

Orlov, levantándose, se puso a examinar un cuadro, con el monóculo en una mano y la pasta en la otra.

—¿En dónde adquirió este cuadro? —preguntó señalando el lienzo, evocación de «Psiquis con el Amor».

—Es un obsequio de la emperatriz... ¿Y cuándo piensa regresar a Moscú, conde?

—Mañana por la mañana. Tendré que informar de la actitud intransigente de esa miserable.

—¿Ignora, conde, la deposición de la acusada contra usted? —preguntó Viazemsky, inclinándose sobre unos papeles.

La pregunta hirió tan violentamente a Orlov, que dejó caer la pasta que tenía en sus dedos.

—¡Ah! ¡Algo he oído! ¡Nada me extraña! ¡Un tejido de calumnias!... ¡Una sarta de mentiras! ¡Esa mujer lo envenena todo! ¡Para ella no existe nada sagrado! ¡Me ha herido en mis sentimientos, en mi patriotismo, en mi abnegación y hasta en el honor! Imagínese, príncipe: ¡se abalanzó como una furia reclamando que reconozca aquella farsa matrimonial!

—No me extraña, conde; es lógico su proceder. Aquella comedia, la farsa sacrílega, los disfraces..., ¿eran necesarios? No sé qué decirle... Algún día quizá responda ante Dios de sus actos. Yo no hubiese podido llegar a tanto...

A Orlov no se le ocurrió otra cosa que contestar con una chanza de dudoso gusto. Pero el obstinado mutismo del príncipe le dio a comprender que era preferible retirarse. ¡Su estrella declinaba! Dejaba de ser el hombre del día, el vencedor de Tchesmen. Podría estar satisfecho si todo terminaba con un simple olvido.

—¡Todo tiene su fin en este mundo! —pensaba al retirarse—. Me destinarán a cualquier parte... ¡Cuánto más lejos, mejor! Me vuelvo viejo. Hay que ceder el puesto a los jóvenes.

La acogida del príncipe le desconcertó de tal modo que al día siguiente, muy temprano, hizo decir una misa en la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, y luego se dirigió a la consulta de una quiromántica muy famosa, con la que pasó una hora bien larga...

XXIV

ORLOV EN MOSCÚ

Trece de julio. Moscú ardía en fiestas. La corte y el pueblo celebraban la paz con Turquía. El príncipe Galitzin recibió por su campaña de Moldavia una espada con la cruz ornada de diamantes.

Y el conde Orlov recibió también dádivas y honores, entre ellos un servicio de mesa de gran valor, una casa de campo en las cercanías de Petersburgo y el título de Tchesmen.

—He pasado al «archivo»... definitivamente —pensó el conde.

En efecto, no pudo seguir a la corte hasta la capital, pues se le indicó que Moscú era «residencia muy adecuada» para él.

* * *

Era otra vida la de Moscú: libre, alegre y despreocupada. El conde Orlov, lejos de las intrigas e inquietudes palatinas, podría vivir tranquilo y feliz. Y así fue al principio. Pero luego, todos observaron con extrañeza un cambio notable en su carácter y en su conducta. Durante días enteros permanecía callado y taciturno; contestaba en tono agrio o deprimido, huía de la gente y de las amistades. Más tarde fue la obsesión religiosa: iba a la iglesia varias veces al día, escuchaba sermones, encargaba festejos religiosos. Al mismo tiempo, inexplicablemente, se entregaba a la superstición, visitaba a los gitanos, consultaba oráculos, encargaba horóscopos. Se lamentaba a menudo de su mala suerte, llamándola ingrata y traidora.

Los recuerdos acudían a su mente: el pasado, insano y agobiante, no había muerto. En los crudos días de invierno, al caer la nieve lenta y monótona, ante sus ojos aparecía fulgurante el cielo de Italia, paisajes polícromos de luz, alegres y cálidos... Roma, Bolonia, Livorno... ¡Y ella! ¡Siempre ella! ¡No eran fantasmas! ¡Sólo recuerdos! ¡Pero recuerdos tan vivos, tan dolorosos!...

—¿Qué habría sido de ella? —se preguntaba cien veces al día, con obsesión—. ¿Habría muerto? ¿Habría nacido el hijo? ¿Continuará en su tétrico encierro?

Vivía tan apartado de la corte que ni se atrevía a informarse sobre la suerte de su víctima.

Fue en el otoño de aquel mismo año que corrió por Moscú el rumor de que había ingresado una nueva novicia en el monasterio de San Salvador. Y decían algo más los rumores: que se trataría de una hija natural de la emperatriz Isabel y de Razumovsky,

oculta en la vida monástica con el nombre de Dositea^[9].

Duro fue el golpe para el conde Orlov.

—¡Es ella!... ¡Ella aquí! El destino me persigue... —murmuraba, lleno de horror, presa de negros presentimientos.

—¡Sólo puede ser ella!... ¡No puede ser otra!... ¿Habrá confesado al fin? ¿Habrá sido indultada? —repetía, ignorando que la infeliz princesa de Tarakanova seguía sufriendo en su húmeda celda del foso Alejo...

La sola idea, la sospecha de su posible presencia en Moscú, le eran insoportables. Evitaba incluso pasar por la calle en la que estaba el monasterio. Cuando se veía obligado a pasar por ella, apartaba la vista con un extraño sentimiento, mezcla de repulsión y temor.

—¡Traidor! ¡Asesino! —clamaba una voz misteriosa—. Aún le parecía escuchar las últimas palabras de la princesa. Uno a uno rememoraba los detalles de aquella entrevista. Peor que a un perro le trató... Todo cuanto cayó en sus manos le arrojó en su furia. Y le escupió. ¡Sí! Le escupió en el rostro, con profundo desprecio.

Un día quiso el conde hablar de la princesa con el príncipe Volkonsky, en aquel entonces capitán general de la región moscovita.

El príncipe había llegado por la mañana en visita de cumplido, y pasaron el día juntos visitando las caballerizas. Al atardecer regresaron para tomar el té, y el conde, entre sorbo y sorbo, comenzó hablando de las noticias que llegaban desde el extranjero, de los rumores que corrían y, como por casualidad, indiferentemente, acabó preguntando:

—A propósito, príncipe, ¿quién podrá ser esta mujer misteriosa que es el tema de todo Moscú? Me refiero a esa nueva monja...

—¿Qué pretende insinuar, conde? —le interrumpió rápido el príncipe Miguel Volkonsky.

El tono seco no pasó inadvertido a Orlov.

—¿Insinuar, dice? Pero, ¿qué pasa?

—Oh, nada..., nada —repuso evasivamente el príncipe, dirigiendo la mirada, distraídamente, a la ventana.

Orlov comprendió pronto que pisaba terreno resbaladizo, y astutamente se dirigió a tierra firme y segura.

En toda la conversación no fue posible ya ni la más ligera referencia a la misteriosa novicia...

CARTA A LA EMPERATRIZ

Entretanto, la princesa Tarakanova vivía su triste suerte. Con las fiestas del armisticio, la olvidaron durante algún tiempo. Pero luego fue sometida nuevamente a interminables interrogatorios; se presentaron nuevas pruebas, nuevas acusaciones. Agotada por la enfermedad, por el tormento moral que le infligían y por el ambiente tétrico del encierro, dejaba en cada día un poco de su vida, y era cada hora un paso hacia la tumba. Esperaban su fin de un momento a otro. En cada crisis veían la agonía.

Pero un día, después de una crisis excepcionalmente grave, se sitió fuerte para escribir una carta a la emperatriz. Y en ella le decía:

—Me hallo ya al borde de la tumba. Veo cercana mi muerte... Es segura. Me postro a sus pies, señora... ¡Me preguntan quién soy! ¿Acaso el hecho mismo de mi nacimiento es un crimen? Día y noche dos hombres en mi celda me vigilan. Mis sufrimientos son tales que no me atrevo a describirlos... ¡Tenga compasión! No pido por mí. ¡Piedad, señora, para el ser inocente que se agita en mis entrañas...!

La emperatriz se quejaba de la falta material de tiempo. Sus asuntos no le permitían alejarse de Moscú para visitar personalmente a la detenida, como era su deseo, según afirmaba. Cuando le mencionaban a la moribunda, reaccionaba diversamente, según el humor del momento. Tan pronto se sentía indignada como compasiva. Mas nada hacía en su favor.

Llegó el mes de agosto. Un día, el mariscal Galitzin dijo, al interrogar como de costumbre a la detenida:

—Se ha hecho pasar por persa, luego afirmó haber nacido en Arabia, en el Cáucaso... y, finalmente, pretendió ser una princesa rusa. Nos ha dicho que conocía los idiomas orientales. Algunos han intentado descifrar sus escritos... pero no ha sido posible. ¿Acaso es esto también un engaño? Si lo es, ¡qué inútil y pueril!

—¡Cuánta estupidez! —dijo por toda contestación la cautiva, acompañando la frase con una sonrisa despectiva—. ¿Acaso los persas y los árabes enseñan la gramática a sus mujeres? Cuando era niña aprendí algo..., recuerdo palabras sueltas y puedo escribir cortas frases que quizá carezcan de sentido... Eso es todo. ¿Tanto crédito les merecen los intérpretes de mis escritos? Sospecho que son muy poco versados...

Galitzin sintió piedad por la infeliz y comprendió que le faltaría valor para proseguir el interrogatorio implacable redactado por Uchakov.

—Escuche... Atienda —dijo el mariscal, conteniendo a duras penas las lágrimas—. No voy a interrogarla. Así no puede seguir. Sus fuerzas la abandonan. Sin contar con autorización para ello, daré órdenes para su traslado. Necesita una habitación más confortable, más higiénica; tendrá una comida más sana, la de los oficiales, la mía propia... Además... Quizá desea usted algún auxilio..., algún auxilio espiritual... ¿Me comprende, verdad? Todos estamos en la mano de Dios. Nadie sabe lo que puede suceder...

—Lo comprendo. ¿Es la muerte que llega? —preguntó la enferma serenamente.

Galitzin inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Bueno... No me sorprende... Yo misma oigo sus pisadas...

—¿Qué sacerdote desea? ¿Católico, protestante, ortodoxo?

—Soy rusa... —pronunció débilmente Tarakanova.

—De modo que todo se acaba... —pensaba aquella noche la princesa—. Las tinieblas, el frío..., y nada más. ¡La muerte! ¡Se acerca ya! ¡Me acecha a cada momento!... ¡Quizá mañana!... ¡Quizá esta noche misma!... ¡Y ellos no se cansan! Siguen interrogando..., implacables, crueles...

Tosía, se agitaba, para caer en una nueva postración; entretanto, mil recuerdos y dudas se agolpaban en su mente febril.

—¿Quién soy? —se preguntaba con la vista fija en su icono—. ¡Es posible que muera sin saberlo! ¿Será posible que ellos tengan razón? ¡Ah! Si todo hubiese sido una mentira, un engaño, ¿acaso no lo hubiese confesado ya? ¡Si lo supiera! Ante la muerte todo se confiesa... No podría mentir...

Su pasado, la infancia lejana, pequeños detalles, paisajes, objetos o siluetas capaces de orientarla hacia el misterio de su origen, todo era evocado en aquel supremo esfuerzo para salir de la noche de dudas y vacilaciones.

Recordó su vida durante los últimos años. Cuando triunfaba, cuando era feliz. ¡Cuántos admiradores! Por algo me pretendían —se decía—. ¡Por algo me ofrecían gloria, dinero, honores! Y había tantas mujeres más hermosas, interesantes y listas que yo... Y no obstante, ¿por qué el príncipe Limburg me prefirió a todas aquéllas...? ¿Por qué todos esos condes, príncipes y marqueses, como Radzivil, Potozky... y tantos más..., me seguían, me adulaban...? ¿Por qué quiso conocerme Chuválov? ¿Por qué todos se interesaban tanto por mi pasado, trataban de adivinar esa infancia mía que no logro recordar? Siento que el destino ha jugado conmigo... ¡Mi infancia! He aquí la solución del misterio... En ella está la clave del enigma...

«¡Mas nada recordaba! Como a través de una neblina entreveía una casita rústica, grandes árboles, un huerto... y unos prados verdes, inmensos. Veía también a una viejecita muy buena... Pero nada más. Luego, sombras..., la duda..., la vacilación... ¡Nada!».

—¿Quién soy yo? —se preguntaba obsesivamente. Y en la desesperación se mesaba los cabellos, se golpeaba las sienes, lloraba..., lloraba...

—¡Ellos quieren pruebas! ¡Pruebas! ¿Dónde estarán esas dichas pruebas? ¿Qué

puedo añadir a lo que ya dije, a lo que les he repetido mil veces? ¿Cómo separar la verdad de la mentira, lo real de lo ilusorio? ¡Ah!... ¡No es justo que sufra tanto! Han cometido una injusticia conmigo... Aunque pudiera hablar, quizá no lo haría... ¡Que no triunfen en su plan!... ¡Que acaben de una vez conmigo! ¡Que me maten, que deshonren mi memoria!... ¿Qué importa ahora? Soy testigo único de mi pasado... ¡Nadie sabrá nada! ¡Y nadie sabe nada!... ¿Por qué tanta crueldad, tanto ensañamiento? ¡Dios Todopoderoso! ¡Haz un milagro! ¡Pon fin a mi martirio!

XXVI

PADRE

Murió el otoño, y el invierno nacía en un noviembre frío y lluvioso. El padre Pedro Andreev, sacerdote en el templo de Kazán, en Petersburgo, hombre instruido, todavía joven, esperaba, en cierto día del año 1775, a su sobrina Bárbara, procedente de Chernigov. Con ella venía una amiga suya, con la delicada misión de entregar a la emperatriz nada menos que algo así como una solicitud de extrema importancia.

La vida del sacerdote era tranquila como la de un ermitaño: aislado, apenas recibía visitas, y las pocas personas que a él acudían, lo hacían sólo como feligreses. Por el cambio que daría a su vida, se alegró de la visita que le anunciaba su sobrina en una carta.

Algo había en ella que despertó su atención: Bárbara, o Varia, como le llamaban sus familiares, escribía que una muchacha vecina suya había recibido un paquete del extranjero. Abierto, se vio con sorpresa que contenía un manuscrito, de letra pequeña, hallado, según se decía, en una botella arrojada por el mar en costa lejana.

Y añadía Varia en su carta:

—Perdóneme mi locura. Hemos leído juntas aquellas hojas, y de su lectura surgió el motivo de nuestro viaje. Mi pobre amiga, desconcertada, no sabía a quién confiarse, y hemos decidido que tú eres el más indicado para decidir. Es huérfana: el año pasado murió su padre y no tiene a quién acudir. El caso requiere madura reflexión, pues en el manuscrito se citan nombres que ni siquiera me atrevo a pronunciar... Mi amiga quería remitirlo todo a Moscú, pero hemos creído que sería mejor consultarte antes. Ella se llama Irene Iovovna, y es hija del brigadier Rakitin...

—¡Qué atolondradas! —murmuró sonriendo el padre Andreev—. ¡Vaya viajecito!, y sólo para una consulta. ¡A mí! ¡Precisamente a mí, que tan poco contacto tengo con el mundo!

Días después de recibida la carta, llegaron las muchachas. La modesta vivienda del sacerdote se transformó como por encanto. En cada rincón, en cada mueble, en la residencia toda, había un poco de alegría juvenil y de risas femeninas. El sacerdote se sentía feliz en compañía tan grata. Su vida había sufrido un cambio completo.

Después de las primeras y naturales expansiones, y descansando un poco el cuerpo del ajetreo del largo viaje, se sentaron las muchachas a la modesta mesa del sacerdote para probar el caldo que, humeante y oloroso, era una tentación para los estómagos vacíos. Y entre plato y plato se habló de todo, recuerdos de otros tiempos,

evocaciones familiares... Tomados los postres, Varia se dispuso a servir el té.

—Ocupémonos ahora de ese manuscrito extraordinario —dijo benévolo el sacerdote—. ¿Tan grave es su contenido? ¿Y en qué puede ser útil mi consejo?...

Había en sus palabras un deje humorístico, pero se traslucía de su rostro cierta preocupación.

Irene deshizo un paquetito y entregó un rollo al padre.

—Veamos —dijo éste. Y leyó: «Memorias del teniente de navío P. Konzov».

XXVII

EL MANUSCRITO

Intrigado, el sacerdote dejó pronto la mesa. Se encerró en su modesta habitación, cerró bien la ventana, preparó la vela y, sin desnudarse, se tumbó en el lecho. Luego desató sin prisas la cinta que sujetaba el manuscrito y comenzó la lectura de aquellas hojas de papel azulado, ligeramente deterioradas por la humedad salobre que logró filtrarse al interior de la botella.

Pasó la noche leyendo la triste historia de la princesa Tarakanova, que ya conocía parcialmente por algunos rumores e indiscreciones, comidilla de curiosos. Pero ahora adquiriría especial relieve.

—¡Todo queda explicado! —pensaba mientras leía, intrigado, las diversas páginas—. ¡Pobre mujer! ¿Dónde estará ahora la infeliz? ¿Y ese Konzov? ¿Habrá perecido en el naufragio?

Preocupado, no se fijó en que se terminaba la vela. Encendió otra. El manuscrito le había quitado el sueño. El tiempo marchaba veloz...

Nacía el nuevo día cuando terminó la lectura.

—¡Qué mundo el nuestro, Señor! —murmuró conmovido, recogiendo y ordenando el manuscrito—. ¡Qué tristes coincidencias! ¡Cuánto habrá sufrido la infeliz! ¡Protégela, Señor!

Se levantó del lecho. La larga inmovilidad había entumecido sus miembros. Al abrir la ventana, la luz del nuevo día le hirió el rostro.

—¡Santo Dios! ¡Ya es de día! —exclamó algo extrañado por el rápido correr del tiempo—. Pero todavía es temprano para despertar a las muchachas. ¡Que descansen! Bien lo necesitan después del largo viaje...

Se tumbó de nuevo. Y en tropel acudieron, llamadas por el sueño, la mar tormentosa, la fragata luchando impotente contra la furia de los elementos, el hombre desesperado, escribiendo, febril, en su camarote, con la muerte cercana..., todo, todo cuanto había leído.

Y mecido por mil ideas confusas, se quedó dormido.

* * *

Libre de obligaciones aquel día, se levantó a media mañana. Después del desayuno, llamó aparte a su sobrina.

—Escucha, Varia —le dijo en voz baja—. Ese Konzov... ¿es su prometido?

—Lo fue...; mejor dicho, fueron sólo novios.

—¿Y qué pasó para que el noviazgo terminase?

—El padre se opuso.

—¿Se separaron?

—Claro...

—¿Y ahora?

—Ahora es diferente. Ha quedado huérfana. Creo que no se opondría. Al contrario. Pero, ahora sólo Dios sabe dónde se halla. Todo hace suponer que ha muerto.

—La fragata habrá naufragado —añadió el sacerdote.

—Nosotras no hemos podido averiguar nada. Quizá tú tengas mejor suerte. Fácil es que los marinos sepan algo. La nave transportaba el tesoro del conde Orlov. ¡Parece imposible que no haya pista alguna!... ¡Ni siquiera una simple noticia!

—¿No sabes quien mandó el manuscrito?

—No. Se ignora. Llegó sin indicación alguna de procedencia...

Al día siguiente, el sacerdote, sin comunicarlo a nadie, empezó sus pesquisas con algunas discretas indagaciones; el éxito fue nulo. No se desanimó. Una semana entera estuvo recorriendo los centros oficiales, las secretarías y ministerios.

En el ministerio de Marina sólo pudieron informarle de que la fragata «El Águila del Norte», que transportaba los bienes del conde Orlov, había sido vista por última vez cerca de la costa africana, y la daban por perdida entre las islas Canarias y las Azores. Del teniente Konzov nada se sabía, suponiéndose que habría perecido junto con el resto de la tripulación. El conde Orlov y el almirante Craig estaban entonces en Moscú y no era posible consultarles. En un periódico extranjero halló una breve noticia referente a que un barco pesquero había señalado la presencia de una nave desmantelada, arrastrada por el temporal, al sur de las Canarias, sin que fuese posible identificarla.

—¡Lástima de muchacha! —pensaba el sacerdote—. Es buena, es formal... ¡Qué excelente pareja! Sin duda Konzov habrá perecido. De estar vivo, algo se habría sabido de él: algún aviso a sus amigos, a las autoridades...

Un día dijo a Irene:

—Mi sobrina me contó su triste caso. Dígame: ¿cuál fue el motivo de la ruptura? ¿Por qué su padre, que en paz descansa, despreció a ese Konzov, que me parece un buen muchacho?

—Yo misma no lo comprendo. A mi padre no le desagradaba, lo recibía siempre muy bien. Y yo... ¡Cómo le quería! ¡Lo era todo para mí!

—Pues no me explico...

—No me pregunte... ¡Es tan triste! ¡He sufrido tanto! Nos veíamos, me escribía... Esperábamos una ocasión favorable para confesar nuestros amores a mi padre... Un día, repentinamente, éste me informó de que nos marchábamos. Sospecho que le habrían escrito algo, alguna calumnia... Es un viaje corto —me dijo

—. Sólo un día o dos. Y resultó que fueron más de mil *verstas*^[10]. Me vigilaron. No pude escribirle. Cuando papá cayó enfermo, le supliqué, llorando, que cambiase de parecer, que llamase a Konzov. Pero él, llorando también, me dijo: Perdóname, hija mía. Ahora veo que nos han engañado cruelmente. ¿Quién?, pregunté indignada. ¿Alguien que me pretendía? Sí, contestó. Un hombre que codiciaba tus bienes, nuestra fortuna. ¡Perdóname!... ¡Dios le ha castigado! Me pidió dinero prestado y se lo di. En Moscú, lo perdió todo en el juego. Contrajo deudas y terminó suicidándose.

Cuando papá murió, regresé a Rakitino. Konzov ya no estaba. Me informaron que navegaba... Su abuelita había muerto. Escribí al Ministerio... ¡Lo intenté todo, todo! ¡Mas fue inútil! La guerra dificultaba los servicios y las cartas no llegaban. Luego, supe que había caído prisionero de los turcos...

Y después... ¡Quién sabe! ¡La duda eterna! ¡Sólo tinieblas!

—Roguemos por él, hija mía —murmuró, bondadoso, el sacerdote—. Dura y amarga es la vida y sólo en Dios podemos hallar el consuelo...

XXVIII

ÚLTIMA VISITA

Noche tempestuosa de diciembre. Por la mañana había nevado, y ahora un viento frío gemía en la chimenea, mientras la lluvia azotaba los cristales. El Neva se había desbordado y se temía una inundación. Sonaban sordos los cañonazos, voces de alerta ante la crecida.

El sacerdote pasaba la velada en la habitación de las muchachas. Varia mataba el tiempo haciendo un solitario, mientras Irene se quejaba de los empleados y secretarios de los centros oficiales, recorridos aquellos días en busca de informes. Todos los pretextos eran buenos para eternizar los trámites; cada documento enviado a las legaciones requería cien copias y traducciones. Todo eran gastos, impuestos y propinas. Nada le extrañaba al sacerdote, que conocía bien, por propia experiencia, la avaricia y venalidad burocrática.

—Son gente ávida..., sin escrúpulos ni conciencia —replicaba a cada lamentación—. Cuando llegue la emperatriz eso se acabará. Si ella está en la capital no se atreven a robar con tanto descaro... No hay otro remedio que sufrir ahora sus rapiñas...

En esto se oyeron los ladridos insistentes del perro. Poco después alguien llamaba a la puerta.

—¿Quién podrá ser con este tiempo? —se preguntaba el sacerdote disponiéndose a bajar la escalera, después de haber tranquilizado a las muchachas.

Abrió la puerta con precaución para que una ráfaga de viento no apagara la vela. Entró un hombrecito gordo, bajito, rubicundo, de ojos grises y vivaces, envuelto en larga capa y con el sombrero en la mano.

—Soy Uchakov, señor; el secretario del capitán general de Petersburgo —dijo por toda presentación, mientras se sacudía el agua de la ropa—. Vengo por un asunto de extrema importancia y estrictamente confidencial.

El sacerdote recordó entonces el manuscrito de Konzov, y se preocupó. Cerró bien la puerta e invitó a Uchakov a pasar a su habitación. Encendió otra vela, rogó al visitante que tomase asiento y luego hizo él otro tanto, dispuesto a escuchar.

—¿Padre, domina usted el francés? —preguntó Uchakov atentamente.

—Algo... —contestó el sacerdote, intrigado por cuál sería el motivo de aquella visita intempestiva.

—Seguramente conocerá el alemán. Y hasta quizá el italiano...

—He aprendido el alemán, es cierto, y el italiano se parece tanto al latín...

—¿De modo que podría hablar esos idiomas?

«¿Vendrá a examinarme?» —se preguntó el sacerdote, extrañado de tal investigación.

—Creo que podría entenderlos sin dificultad —contestó sonriendo.

—Le parecerán extrañas mis preguntas.

—Confieso que no son corrientes, y menos en hora tan avanzada...

—Pues no quiero intrigarle por más tiempo. Sencillamente, su excelencia necesita con urgencia una persona que sepa tales idiomas. Debo acompañarle a cierto lugar... Allí tenemos una detenida, una extranjera, pero de fe ortodoxa...

—¿De qué se trata?

—Quiere confesarse... Le administrará los santos sacramentos.

—Pero..., ¿podría saber quién es? —preguntó con cierta desconfianza el sacerdote.

—No necesita saberlo. Sólo le puedo decir que seguramente tendrá también que bautizar... Ella está agonizando...

—¿Iremos ahora?

—Sí, inmediatamente. Y solo, completamente solo. No puede haber testigos.

—¿Podría saber por lo menos adonde vamos?

—Imposible. Lo lamento. No puedo contestarle —dijo Uchakov—. Sólo le repito: es urgente y todo debe permanecer en el mayor secreto.

—¿Puedo avisar por lo menos a los de casa?

—¡No! Mis órdenes son de impedir que se comunique con nadie.

El padre Andreev se llevó un crucifijo y sus libros, y gritó por el hueco de la escalera:

—¡Varia! ¡Varia! ¡Cierra bien la puerta!

Y salió precedido de su extraño visitante...

XXIX

BAUTISMO

El coche se detuvo ante la residencia del príncipe Galitzin. Éste recibió al sacerdote en su misma alcoba, pues ya se retiraba para el descanso.

—Perdóneme padre —dijo, mientras se vestía rápidamente—. Es un caso muy grave y hemos recibido órdenes superiores... En primer lugar debe jurar solemnemente que nunca dirá nada de cuanto hoy vea y oiga... ¿Puede jurarlo?

—Soy un sacerdote —respondió dignamente—. Y por lo que se refiere a secretos de estado, seré fiel a la emperatriz sin necesidad de juramento alguno.

Galitzin quiso al parecer objetar algo, pero luego reflexionó y decidió no insistir. En breves palabras le puso al corriente de la situación.

—¿Conocía algo de este asunto, padre?

—Algunos rumores... Sólo rumores...

—¿Sabía que se encontraba en Petersburgo?

—¡No! Su informe es la primera noticia.

Galitzin comunicó al sacerdote los temores de la emperatriz sobre posibles complicaciones internacionales; además, dijo, los partidarios políticos de la oposición conspiran contra el gobierno.

—El doctor ya no responde de su vida —añadió—. Afirma que es cuestión de horas...

El sacerdote se santiguó en silencio.

—Quiere prepararse... —dijo el príncipe meditando sus palabras—. Usted, padre, sabe bien su obligación... Como buen pastor de almas seguramente conseguirá una plena confesión. Sabrá quién es, cómo ha llegado a usurpar el nombre que lleva y quién o quiénes fueron los instigadores. ¿Promete, padre, ayudar a la justicia en este asunto de estado?

—Cumpliré con mi deber... de sacerdote...

—Bien. Confío que así será. Puede ir a verla: le acompañarán a la celda. Y perdone que le hayamos molestado en hora tan intempestiva.

Subieron de nuevo al mismo coche, en dirección al fuerte. Allí les esperaban el procurador general, el vicecomandante Chemichev y la esposa de éste.

—¿Todo está dispuesto? —preguntó el procurador Viazemsky.

—Sí; todo preparado —contestó la señora Chemichev.

Pasaron todos luego a la estancia contigua, en la que se habían distribuido unos cirios. Una mujer sostenía en sus brazos *algo* envuelto en tela blanca...

El padre se puso la casulla, tomó el incensario, abrió su libro de rezo y se dispuso a comenzar la ceremonia del bautismo.

El niño recibió el nombre de Alejandro.

—¿Quiénes son los padres? —preguntó en voz baja el sacerdote.

Viazemsky le miró estupefacto.

—¿En qué forma debo registrarle? —volvió a preguntar el sacerdote.

—¿Acaso es necesario? —contestó con un gesto de disgusto el procurador.

—Como ustedes quieran... Pero es mi deber. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir mañana!... ¡Lo creo necesario! Perdonen mi insistencia...

—Bien. Inscriba: Alejandro Alexeevich de Tchesmen... —indicó el príncipe Viazemsky.

El sacerdote registró los nombres indicados con mano temblorosa.

—Y ahora..., es un deber penoso —dijo Viazemsky—. Supongo que todo irá bien, tal como lo hemos previsto... El vicecomandante le acompañará.

El sacerdote siguió a Chemichev. Atravesaron un largo corredor, luego una pasarela y se hallaron en una especie de patio rodeado de altos muros: era el fatídico foso de Alejo. En un extremo había una pequeña puerta, apenas visible.

Entraron. No había nadie, ni guardianes ni soldados.

En la diminuta estancia, la atmósfera era pesada, densa y húmeda, con fuerte vaho de medicamentos, en el que predominaba cierto olor parecido al del láudano.

El sacerdote se acercó al lecho de la moribunda.

Ésta abrió los ojos. Al ver los sagrados hábitos, le tendió la mano, sonriendo.

—¡Qué alegría, padre! —murmuró en francés—. ¿Me comprende? ¿Quizá me comprenda mejor en alemán?

—No es necesario... Entiendo bien... *Comme il vous plait* —dijo con cierta dificultad el confesor, estremeciéndole el sonido de la voz quebrada de la enferma.

—Deseo confesarme, padre. —Y añadió tristemente—: Rece por mí...

XXX

CONFESIÓN Y ABSOLUCIÓN

El sacerdote se sentó a la cabecera del lecho, y se inclinó hacia la enferma:
—¿Su nombre? —preguntó.
—*Princesse Elisabeth...*

—Es preciso que diga sólo la verdad —advirtió el padre, luchando con sus escasas nociones de francés—. ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Dónde nació?

—Juro por lo más sagrado que lo ignoro —respondió la enferma, congestionada por la tos.

Y toda la confesión fue contestada con voz ronca..., con voz débil que parecía un estertor agónico. Contó lo poco que recordaba de su infancia, del sur de Rusia, de Persia y de sus andanzas a través de Europa.

—¿Es cristiana?

—Fui bautizada según el rito ortodoxo. Mi vida inquieta y viajera no me ha permitido cumplir como quisiera con mis deberes religiosos... ¡Soy una gran pecadora, padre! Intentaba luchar con situaciones cada vez más difíciles... Me acerqué a hombres que sólo supieron engañarme...

—Entre sus papeles se encontraron copias de unos testamentos... ¿Quién las hizo? ¿Quién redactó el manifiesto dirigido a la escuadra? Le suplico que me lo diga... Sólo lo sabremos Dios y yo. ¡Nadie más!

—Lo ignoro... Las recibí de manos desconocidas... Tenía amigos misteriosos que se ocultaban. Querían ayudarme y devolverme mis derechos.

«¿Será verdad o es el mismo engaño que continúa?», se preguntaba el confesor estupefacto.

—Está grave. Quién sabe si la muerte ya se acerca. Piense que puede comparecer pronto ante Dios...

Él es el único testigo... ¡Confiese!... ¡Confiese!...

La enferma respiraba fatigosamente. Sostenía una lucha tremenda. Su mano estrujaba espasmódicamente el pañuelo...

—Ante Dios, próxima la muerte..., en este momento supremo, juro que todo cuanto he dicho es la pura verdad... Esto es todo lo que sé... Mi pasado, mi infancia..., lo ignoro todo. ¡Nada sé!

—Creo que esto no es posible... —protestó el sacerdote—. Es tan inverosímil...

La enferma cerró los ojos y unas lágrimas rodaron por sus mejillas descarnadas.

—¿Quiénes fueron sus cómplices?

—Nadie... Nadie... ¡Por Dios, tenga compasión!... Se me agotan las fuerzas... No puedo ya más...

Y sus quejas se apagaron para dar paso a un violento acceso de tos. Se enderezó unos instantes, pero luego se desplomó exánime. El desmayo duró algunos minutos. El sacerdote, creyendo que agonizaba, murmuraba unas plegarias. Luego la enferma reaccionó y abrió los ojos.

—Cálmese, seréense... —le dijo el confesor para tranquilizarla.

—No puedo ya más, padre... Le suplico que se retire... Otra vez... Ahora quisiera descansar...

—Acabo de bautizar a su hijo. La felicito. ¡Quién sabe! Dios es misericordioso. Quizá no permita que el hijo se quede sin madre... El niño parece robusto; creo que será mañana un hombre fuerte.

Una sonrisa fugaz iluminó el rostro de la desgraciada.

Sus ojos miraban, ¡quién sabe dónde!, más allá de la celda, de la cárcel y quizá de este mundo...

El sacerdote le administró los santos sacramentos y luego abandonó la celda.

—¿Qué? ¿Ha confesado, padre? —le preguntó en el pasillo Chemichev.

El sacerdote inclinó la cabeza, pero nada dijo.

* * *

En la mañana del dos de diciembre tuvo que volver al lado de la enferma; su estado había empeorado.

—Piénselo bien, hija mía... Descargue la conciencia de sus pecados... Se lo suplico... ¡Por el bien de su alma! ¡Por la salvación eterna!

—Soy una pecadora... Una gran pecadora... No podré morir arrepentida... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Absuelvo tus pecados! —pronunció gravemente el sacerdote, acompañando sus palabras con la bendición—. ¿Tendré también que perdonar tus culpas ante los hombres? ¿Ante nuestra soberana? ¿Tu impostura?... ¿El nombre que has llevado indebidamente?...

—¡Soy una princesa rusa! ¡Soy la hija de la emperatriz! —murmuró la moribunda en un postrer esfuerzo.

Agotada, se desmayó...

XXXI

¿Y SI ES INOCENTE?

El sacerdote salía muy confuso, aturdido...
—¿Será cierto? —pensaba—. Acaso no sea tan impostora como algunos creen. Propio es de los humanos engañar, mentir para sacar algún provecho, conseguir beneficios... Pero ante la muerte, en la agonía... ¡Y después de haber padecido tanto! ¡Qué tortura habrá sufrido la infeliz! ¿Y si realmente dijese la verdad? Habla de su infancia... Repite siempre lo mismo, sin contradicción alguna. Y nadie puede desmentirla... ¿Acaso es culpa suya si sus pruebas no son convincentes, si no tiene otros argumentos?

Cuando llegó a su casa, las muchachas habían salido ya. Encendió la estufa, cerró la puerta con llave y fue a buscar el diario de Konzov en el armario donde lo guardaba. Bajó a su despacho, envolvió el manuscrito en papel blanco y escribió en él con letra clara:

«Para abrir después de mi muerte», y lo encerró en un cajón de la mesa, junto con otros documentos.

Apenas había terminado, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó desde dentro sin abrir.

—Somos nosotras, tío —contestó Varia.

—¿Qué te pasa, títo? —preguntó Varia, al verle inquieto, preocupado—. ¿Dónde has estado?

«¿Habrá averiguado algo?» pensaba Irene, y su corazón latía con mayor fuerza.

—Es un asunto muy delicado... —explicó—. No se preocupen. Vivimos tiempos turbios... Sería peligroso conservar aquel manuscrito... Ya me perdonará, Irene... Pero he pensado que sería mejor... No se sabe lo que puede pasar... Un registro, alguna indiscreción...

Irene se puso muy pálida.

—¿Será posible! ¿Lo ha quemado? —exclamó, con la mirada fija en la estufa encendida.

El sacerdote inclinó la cabeza sin responder:

—¡Dios mío! Es lo último que me quedaba... El único recuerdo... —murmuró sollozando—. ¿Qué me queda ahora?

Varia miró a su tío con un mudo reproche.

—A su tiempo lo sabrán todo —dijo emocionado, pero con voz que procuró mantener firme—. Por ahora es mejor el silencio. ¡Señor, cuánta maldad hay en este

mundo! Tengamos mucha fe y confianza en la protección de Dios...

* * *

Aquella misma tarde el sacerdote fue llamado por el príncipe Galitzin.

—¿Ha logrado averiguar algo? —le preguntó tan pronto se hallaron solos.

—Perdone excelencia, si no puedo contestarle... El secreto de confesión me impide revelar nada de cuanto me fue confiado.

Galitzin no se inmutó.

«¡Qué misiones me confían! —pensaba disgustado, con el rostro encendido por la situación algo violenta—. Esos malditos consejeros todo lo enredan... Orlov estará inquieto... Todo será obra suya... ¡Y yo soy quien ha de dar la cara!».

Luego, dirigiéndose al sacerdote:

—Comprenda, Padre... No es cosa mía... Las órdenes vienen de más arriba...

—No puedo, excelencia. No me lo permite mi conciencia.

Galitzin no supo qué decir. Comprendía que estaba en una situación difícil.

—¿Por qué? ¿Quién es esa mujer? —contestó, intentando comunicar a su rostro y a la voz una severidad que no sentía—. Usted no puede ignorar que el caso es muy grave. Los intereses del estado están comprometidos... Compréndame... Mi deber es informar... Me pedirán explicaciones, exigirán responsabilidades... Usted no figurará en nada, Padre... El único responsable seré yo.

—Sólo una cosa puedo asegurarle, excelencia —dijo el sacerdote— y mientras viva cumpliré mi promesa de no revelar este secreto a nadie.

Galitzin escuchaba con atención, viendo que al fin y a pesar de todo sabría algo importante.

—Por lo que se refiere a lo que me pedía, excelencia —continuó el sacerdote—, únicamente podría comunicarle mis propias conjeturas, mis deducciones personales. Tanto se ha hablado de ella... Tanto le ha sido atribuido...

—Hable, padre, hable... —exclamó Galitzin, impaciente.

—¿Acaso no es posible que esa pobre mujer sea inocente? En ese caso, ¿para qué habrá sufrido? ¿Qué opina? ¿No será posible que se cometa una injusticia?

El príncipe quedó como herido por un rayo.

—¿Quiere decir que no tuvo cómplices? ¿Que obraba de buena fe? ¿Que es sincera? —murmuró palideciendo—. ¡En tal caso no es una impostora! ¡Se trata realmente de una princesa! Tendrá todos los derechos de emperatriz... ¿Podemos acaso admitirlo? ¡Ni pensarlo!...

El sacerdote inclinó la cabeza y permaneció callado.

—¡No! ¡Imposible! ¡Es un sueño!... ¡Una pesadilla!... —exclamó Galitzin, dirigiéndose rápido a la campanilla—. ¡Pronto! ¡Los caballos! Quizá aún llegue a tiempo... Quizá en el último momento diga algo...

XXXII

LIBERACIÓN

También yo tengo mi parte de culpa —pensaba Galitzin por el camino—. En mis informes no fui imparcial... Me dejé influenciar... Escuché demasiados consejos...

El nivel del Neva seguía aún alto, pero iba ya descendiendo. El coche avanzaba penosamente entre los charcos helados. Por fin apareció el fuerte de Pedro y Pablo.

El vicecomandante no estaba en su despacho; le informaron que quizá lo encontraría en el foso Alejo. En la puerta tropezó con Uchakov. Éste le dijo, mostrándole unos papeles:

—Excelencia, quisiera hablarle de algunos gastos originados con cierta detenida...

Pero Galitzin no se detuvo a escucharle.

—Quiero ver a la acusada —dijo al centinela de guardia, volviendo la espalda al secretario—. ¿Cómo se encuentra? ¿Sigue sin conocimiento?

—Agoniza, excelencia.

Galitzin se santiguó.

En la poterna del foso encontró a Chemichev. Era un hombre joven, apuesto, que se había distinguido en muchas campañas. Generalmente impasible, ahora estaba visiblemente conmovido y muy pálido.

—¡Pobre mujer!... ¿No hay esperanzas de salvarla? —preguntó el príncipe mientras se dirigían juntos hacia la celda—. ¿La ha visto ya el doctor?

—Desde ayer no se aparta de su cabecera —contestó Chemichev—. Hace poco entró en estado agónico. Delira...

—¿Y qué dice? ¿Se puede entender algo?... ¿Ha oído usted algo? ¡Conteste por Dios!

—Sí... Estuve varias veces a su lado. Pronuncia palabras sueltas, incoherentes, sin sentido. Sólo entendí: Orlov..., princesa..., *mío caro...*, *Gran Dio...*

—¿Y el niño? —preguntó Galitzin conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Se encuentra muy bien, excelencia. Le hemos buscado una buena nodriza... Mi señora se ha cuidado de todo...

—Cuídenlo bien. Que no le falte de nada... ¿Me entiende? Absolutamente nada... —recomendó el príncipe, intentando hablar en tono autoritario—. Y no abandone a la madre... Un entierro en debida forma, cristianamente. Que no falte nada aquí tampoco. Si fuese necesario, aquí mismo, sin publicidad... Y también...

Ella...

El príncipe quiso añadir algo y no pudo. Las lágrimas le ahogaban. Hizo un gesto vago y salió al patio.

El cielo seguía gris, plomizo. Nevaba. Se sentía el viento. Galitzin subió al coche y dijo: «A casa».

—Otras veces, cuando el Neva crece, el foso se inunda de agua —pensaba—. Esta vez ella ha tenido suerte... Hasta el destino se ha mostrado compasivo en su agonía... Sí... Ahora comienzo a creer que no fue más que un juguete, un arma inconsciente en manos de gente poderosa... ¿Habrá sido una impostora? ¿Quién sabe! ... Nada omitiré en mi informe. No quiero que su muerte sea un peso en mi conciencia...

El coche avanzaba ahora más rápido por las calles cubiertas de nieve no helada. Dejaron atrás el cuartelillo: más allá estaba el puente Verde, y en el paso de Nevsky se encontraba la residencia del príncipe.

—¿Y si realmente fuese una princesa de sangre real?...

Y el solo pensamiento de la posibilidad de un error, le estremeció violentamente...

* * *

Cuatro de diciembre de 1775. Era en la tarde de este día cuando la princesa Tarakanova, de Azow, Ali Emete y princesa de Vladimirov, cerraba sus ojos en sueño eterno. Nadie asistió a sus últimos momentos.

Cuando entraron en la celda, parecía descansar, tranquila, sosegada, como dormida...

Al día siguiente, los inválidos de la guarnición, aquellos mismos que la custodiaron en vida, cavaron en el patio una fosa que recibió su cuerpo. Todo se hizo en secreto, con mucho sigilo.

Sólo el cabo Antipich se atrevió a plantar en aquel lugar un arbusto, ya que no podía colocar una cruz.

La que fue doncella de la princesa, luego de haber jurado no revelar a nadie el secreto, fue expatriada.

El padre Pedro conoció la muerte de la infeliz unos días más tarde, y rezó una misa por el sufragio de su alma.

—¿Para quién rezaste la misa? —le preguntó Varia al día siguiente.

—Para una mujer que ha sufrido mucho.

—¿Quién era?

—Una sierva del señor... Tú no la conoces...

* * *

El príncipe Galitzin no sabía cómo comunicar a la emperatriz la defunción de la detenida. Varias veces redactó el comunicado y otras tantas lo rompió.

Después de pensarlo mucho, se decidió:

—¡Bah!, qué importa ya... —se dijo—. Ella ha muerto y no le van a pedir cuentas... y será mejor así para todos...

Y tomando una hoja escribió:

«La persona que su alteza conoce ha fallecido hoy, 4 de diciembre, sin confesar nada ni delatar a sus cómplices...».

—Y si en palacio se interesan demasiado, no será difícil hacer correr el rumor de que ha perecido a causa de la inundación. Precisamente estos días el Neva ha salido de su cauce... —se decía mientras plegaba y lacraba el informe.

¡Y así se escribe la Historia!

* * *

Después de largas e infructuosas pesquisas, Irene Rakitin se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos y regresó a su pueblo junto con Varia.

En aquel mismo diciembre, Irene había estado en Moscú intentando remitir una instancia a la emperatriz, pero en los ministerios reinaba entonces una gran actividad y la solicitud se extravió. Tuvo intención de entrevistarse con el conde Orlov, pero se le aconsejó que no lo intentara.

La emperatriz, al trasladarse la corte a la capital, quiso conocer detalladamente el triste fin de la Tarakanova. El príncipe Galitzin no supo ocultarle nada.

—Esta vez también nosotros nos hemos excedido —comentó Catalina—. ¿Por qué no has sido más franco conmigo?

* * *

—Soy yo quien tiene la culpa de todo —pensaba tristemente Irene—. Por mi culpa Konzov se lanzó en busca de locas aventuras; por mi culpa, como un desesperado, intentó ayudar a esa infeliz... y halló la muerte... He de expiar el mal que voluntariamente he causado. Nada tengo ya en el mundo; nada me retiene... Todas mis esperanzas han muerto...

Al año siguiente, Irene Rakitin ingresaba como novicia en un monasterio cercano a Kiev, esperando profesar en breve. Varia se había casado con un maestro de escuela de Moscú, pero aún no se decidía a abandonar a la amiga. La acompañó a Kiev y no cesó de suplicar, llorando, para que abandonara su propósito.

Pero Irene se mantuvo inflexible.

—Déjame que llore mis pecados. ¡Déjame rezar por el amado, que si halló la muerte, mía fue la culpa!

XXXIII

UNA ROSA O UNA RAMITA DE MIRTO

Pasaron cinco años. Irene no se decidía a profesar. En mayo de 1780 se trasladó de nuevo a Petersburgo. Visitó al padre Pedro, tío de Varia.

—¿Espera todavía? ¿Aún cree que puede volver? —preguntó el sacerdote—. No se atormente más. Si se hubiese salvado lo sabríamos. Hubiese escrito a sus amigos... El ministerio tendría noticias...

—No..., no me lo recuerde —sollozaba Irene—. Todo lo daría por él... Estoy dispuesta a cualquier sacrificio.

—No debe hablar así. ¡Resígnese! Es el destino...

—No lo puedo remediar, padre. Cada día pienso más en él. Cada noche sueño... Y parecen sueños proféticos. Uno de ellos se repite... Ayer mismo...

—¿Qué sueños son esos? ¡No será supersticiosa! ¡No está bien, Irene!

—Pues... soñé que se acercaba a mi lecho... No había cambiado... Se inclinó, tan bueno, tan cariñoso..., y me dijo al oído: «No he muerto, Irene. Estoy muy lejos, te espero siempre...». ¡Ay, padre! Aconséjeme. ¿Dónde he de buscar? ¿A quién puedo dirigirme?

—Ya he pensado en ello, hija mía. Aquí sólo hay una persona que puede ayudarle, y es el zarevich Pablo Petrovich. Es el Gran Maestro de los Caballeros de Malta. Nadie mejor que él para la ayuda que solicita. Es bueno, inteligente y está relacionado con mucha gente poderosa. Además es un caballero, como todos los de la Orden, y nunca niega su apoyo cuando se trata de una buena acción.

—He oído hablar de él.

—Pues vaya a verlo. Solicite una audiencia.

El padre Pedro le dio toda clase de instrucciones y consejos, y al mismo tiempo le entregó una carta para su madrina Ana Romanova, que por feliz coincidencia estaba en el palacio del zarevich.

Dos días más tarde Irene partía para el *Paulslüt* del zarevich Pablo, luego llamado Pavlovsk.

Ana Romanova la recibió muy amablemente. Le enseñó los magníficos jardines, el parque inmenso, los estanques y las maravillosas glorietas. Luego hablaron largamente del asunto y quedaron en que Irene sería presentada a la asistente de la zarina, Catalina Ivanova Nelidova. Pasaron algunos días. Irene no podía disimular su impaciencia.

—¿Cuándo cree que seré recibida? —preguntaba ansiosa.

—Está muy ocupada. Espere un poco —le contestaba Ana—. Le he hablado ya y ella misma nos dirá cuándo podrá recibirla.

Un día por la mañana, al pasear por el parque vieron a varias personas. Una de éstas, mujer joven y de radiante belleza, llamó poderosamente la atención de la muchacha.

—¿Quién es? —preguntó, conteniendo casi la respiración.

—La infanta —le murmuró Ana al oído—. Y aquella dama es Catalina Nelidova... Espere un poco aquí. La ocasión es favorable para insistir.

Ana Romanova salió al encuentro del grupo e Irene vio como se inclinaba ante la Infanta María Fedorovna y luego hablaba animadamente con la dama de honor.

Poco después Ana Romanova se reunía con Irene.

—La espera mañana —dijo alegremente.

* * *

A la hora señalada se encontraban en el pabellón donde residía Catalina Nelidova.

—Seguramente aún no habrá llegado —observó Ana Romanova al esperar en un pequeño saloncito—. Sentémonos aquí y armémonos de paciencia. Quítese el abrigo... Estará mejor...

—No, gracias. Me encuentro bien así —contestó Irene.

El saloncito estaba lleno de esculturas, bronce y cuadros. Había también, y con gran profusión, platos y bandejas artísticamente ornamentados.

—Han sido decorados por la propia Infanta —observó Ana Romanova—. Sabe tratar muy bien la porcelana. Y también el marfil: mire estas estatuillas; parecen de encaje. Le gusta trabajar... Y como quiere tanto a Catalina, le regala sus mejores producciones. Fíjese en estas rosas: parece que tengan vida. Y ese mirto... ¡Qué preciosidad!

Irene callaba.

—¿Qué le pasa, querida? ¿En qué piensa?

—Una rosa..., el mirto... —suspiró Irene—. La vida y la muerte. ¿Cuál será mi destino? ¿Qué será de mi amor?

En aquel momento llegaron a sus oídos los suaves sonos de un clavicordio que acompañaban a una voz clara y dulce, intérprete feliz del triste y majestuoso himno de «Ifigenia en Taurida», del inmortal Glück.

—Vámonos, Irene —dijo Ana—. Al parecer hemos llegado tarde. Catalina Nelidova se ha puesto a cantar... A lo mejor está aquí su alteza y no quisiera estorbar. Quizá otro día seremos más afortunadas.

Pero Irene suplicó permanecer unos minutos más.

Conmovida, escuchó aquel himno que tantas veces ella cantara para su amado...

—Si supieran con qué impaciencia espero... —murmuró—. ¿Cuándo seré recibida? ¡Oh! Tienen sus preocupaciones, sus asuntos... ¡Quién soy yo para que se

interesen por mí!...

No podía contener las lágrimas cuando abandonaron el pabellón. Al bajar la escalera, desde una ventana les llamó una voz alegre:

—¿Ya se van?

Volvieron el rostro. Y hallaron la mirada y la sonrisa de Catalina Nelidova.

—Pasen... Pasen. Estoy completamente libre. Me puse a cantar para esperar entretenida.

Entraron de nuevo. Catalina Nelidova les hizo pasar a otro salón interior, invitándolas a sentarse en grandes y cómodos butacones, y después de las frases de rigor, Irene comenzó su relato.

Le contó primero sus amores con Konzov y terminó la triste historia de la princesa Tarakanova.

El rostro siempre alegre y animado de Catalina se ensombrecía a medida que avanzaba en el relato.

—¡Dios mío! ¡Qué drama tan tenebroso! —pensaba estremeciéndose—. Y esto ha ocurrido en nuestros días. Si parece una pesadilla de la Edad Media...

—Le quedo muy agradecida, Irene... —dijo la asistente cuando la muchacha terminó—. Con su permiso hablaré a su alteza. No dudo que el infante haga cuanto esté en su mano... Es noble y generoso, y siempre está dispuesto a una buena acción. Pero, dígame: ¿A quién debe acudir? ¿Cuál es el camino que usted quiere que se siga? ¿De quién depende este asunto?

—Creo que el príncipe Potemkin es la persona más indicada —contestó Irene, recordando los consejos del tío de Varia.

—Muy bien. No espero que sea difícil; a propósito; ¿se quedará todavía algún tiempo por aquí?

—No lo creo. En el monasterio la madre superiora se inquieta. Me llaman... Todo el mundo me censura...

—¿Cómo podré comunicarle el resultado de nuestras pesquisas?

Irene dio las señas. Quedó un momento pensativa y luego agregó con voz temblorosa:

—¡He sufrido tanto! ¡He esperado tanto! ¡No puedo más!... No me escriba nada... Si vive, envíeme una rosa; si ha muerto, una ramita de mirto...

XXXIV

EL MAGO



Año 1781. Todavía silencio para Irene. Nada se sabía aún... Alejado Grigori Orlov de la corte y habiendo perdido el favor imperial el preceptor del Infante, Panine, los nuevos favoritos y consejeros de la emperatriz Catalina indicaron a ésta la conveniencia de enviar al zarevich al extranjero «para conocer el mundo», según decían, pero en realidad pretendían alejarle de la corte.

Las cartas de Varia llevaron la noticia a la celda monástica de Irene.

Los infantes abandonaron la capital el diecinueve de septiembre de 1781. Traspasaron la frontera polaca y se dirigieron a Prusia. Hicieron largos viajes por toda Europa, bajo los nombres de condes de Norte, y finalmente los encontramos en 1783, por Año Nuevo, en Venecia. El ocho de enero asistieron a una función de gala en la ópera.

Al salir se dirigieron a la plaza de San Marcos, donde se había improvisado un baile de máscaras popular en honor de los ilustres huéspedes.

No pasó inadvertido el hecho de que el infante, después de haber acompañado a su esposa al palacio residencial, pasease largo rato por la plaza, en animada charla con un desconocido, forastero al parecer, que le había sido presentado aquella misma noche en el espectáculo.

—¿Quién es? —preguntó una dama a su galán, señalando discretamente al grupo.

—¿No le conoces? Es amigo de Glück. Según dicen, un gran mago que posee el don de evocar a los espíritus...

* * *

El infante Pablo estaba de mal humor aquel día. Hubiera querido distraerse a costa del desconocido, mas pasó el tiempo recordando ciertas circunstancias...

—Según me dijeron sois un mago y habéis vivido incontables años —pronunció su alteza amablemente, pero sonriendo con malicia involuntaria—. Asimismo aseguran que estáis en estrecho contacto, no sólo con los seres más extraños de este mundo nuestro, sino hasta con los que ya pasaron al más allá... Indudablemente, es esto una broma y no creo en ella... Son cosas tan irreales... Pero incluso entre esas irrealidades existen ciertos fenómenos que han despertado mi curiosidad. Por eso quisiera preguntaros...

—Hablad, Señor; os escucho...

—Por ejemplo... Hay algo que me intriga. Mejor dicho, hasta me atormenta. Siempre me interesaron los fenómenos que podríamos llamar de ultratumba... Y aprovechando nuestro encuentro tan casual, quisiera conocer vuestra opinión acerca de una aparición singular que tuve...

El infante levantó su antifaz y se enjugó la frente, bañada en sudor. El desconocido callaba.

—He visto un espíritu... —pronunció Pablo con voz incierta—. Vi la sombra de una persona cuyo recuerdo para mí es sagrado... Sí... Fue en Petersburgo. Era una noche de luna. Iba por una calle junto con mi ayudante, cuando de pronto noté que a mi izquierda caminaba alguien; alguien impreciso envuelto en una larga capa y cubierta la cabeza... Sentí aquella presencia... Noté su contacto; contacto glacial... Mi espanto fue grande... Mi ayudante nada veía, nada advertía..., y de pronto una voz extraña, como de ultratumba, me dijo: «Pablo, pobre Pablo... Pobre príncipe... No tengas apego a la vida, a las cosas de este mundo... Vivirás poco en él. Has de temer los remordimientos... Vive siguiendo el código de justicia y de honor... En tu vida...». La sombra no terminó la frase. Yo no sabía quién podía hablarme así. Por fin alcé la vista, y grande fue mi asombro al reconocer las facciones de Pedro el Grande...

¿UNA RAMITA DE MIRTO?

El infante se detuvo. Volvió a enjugarse la sudorosa frente.
—¿Qué os parece, caballero? —dijo—. ¿Era una sombra? ¿Un espectro?
¿Algo real?

—Era él mismo; era Pedro el Grande —contestó el desconocido.

—¿Y qué significan sus palabras? ¿Por qué no terminó la frase?

—¿Lo deseáis saber?

—Se lo impidieron...

—¿Quién?

—La sombra se desvaneció al acercarme —contestó el mago—. En aquel momento pasaba muy cerca. No me visteis. Pero yo sí... Y la Gran Sombra se espantó de mi presencia...

El zarevich se detuvo. Se reprochaba el haber sido demasiado franco con aquel charlatán, orgulloso de su ciencia del engaño.

—Seguís la broma —dijo sonriendo para dominar su extraño malestar—. ¿Acaso habéis estado en Petersburgo?

—Sí. Tuve esa satisfacción. Pero no fui recibido amablemente. Era un forastero... Me dirigí a un ministro, que me recibió con burlas indignas y me invitó a abandonar el país. Aquella misma tarde retiré del banco mi fortuna y por la noche partí...

—Un vulgar charlatán..., un bufón... —pensó Pablo, y luego, en voz alta, añadió:

—Perdonad a los groseros ministros de mi país... Procuraré que el caso no se repita... Pero quisiera saber qué significaba la frase que no acabó... el espectro.

—No pregunte... No averigüe. Hay cosas que es preferible ignorar. Dejad que el destino mismo las revele.

En aquel momento alguien entonó una canción. Era una voz melodiosa de mujer que cantaba el himno de Ifigenia..., el preferido del príncipe. Recordó su castillo, las veladas en el pabellón de Nelidova y finalmente, aquella historia que le contara y que ya había olvidado.

—A propósito... —exclamó el infante—. Aún os he de pedir otro favor. Cierta dama, a la que quiero complacer, desea saber una cosa.

—Quisiera poder ser útil a su alteza...

—Esa dama desearía, estando yo aquí, en Italia o en España, que me informara de la suerte de un oficial de marina. Se embarcó cinco años atrás en una fragata que se perdió...

—¿Una fragata rusa?

—Sí.

—¿Fue arrastrada por un temporal hacia las costas africanas?

—En efecto...

—¿Se trata del «Águila del Norte»?

—¡La misma! ¿Cómo lo sabe?

—Por algo soy mago.

—Hable..., pronto... ¿Se ha salvado?

Se habían detenido frente al puerto. Leves ondas en el agua plateada por la luna, morían a sus pies con suave murmullo. A poca distancia se veía la sombra de un velero, negro y silencioso. Todo dormía ya.

—Mañana me embarco en esa goleta —dijo el desconocido—, y antes de emprender mi viaje que podría ser largo, quisiera saber si los ministros de su alteza serán en lo sucesivo más atentos con mi humilde persona... sea cual sea mi respuesta...

Aquella pregunta formulada cortésmente, indignó sin embargo al infante. «¡Qué atrevimiento! ¡Un embaucador! —pensó, mirando de reojo al desconocido—. Un payaso de salones... Un charlatán...».

Pero se repuso, y con la mayor calma contestó:

—Es difícil que responda por el futuro... Pero estoy seguro de que cuando visitéis nuevamente Rusia, se os dispensará una acogida digna de vuestro talento.

El mago se inclinó profundamente.

—Gracias, alteza. ¿Os interesa la suerte del marino a que os referíais?

—Sí —repuso Pablo, preparándose ya a escuchar alguna frase sibilina y truculenta.

—Mandad a la dama una ramita de mirto —contestó el desconocido, impávido.

—¿Cómo? ¿Qué habéis dicho? ¿Mirto?... —exclamó Pablo—. ¿Entonces, ha muerto?

—Se salvó cerca de Tenerife. Vivió algún tiempo entre unos pobres monjes de aquella isla.

—¿Y ahora? Hablad, pronto...

—Un año después fue asesinado por unos piratas que asaltaron el monasterio y dieron muerte a muchos de aquellos santos varones.

—Pero, ¿cómo lo sabéis?... No me explico...

—Oh... No tiene nada de extraordinario. En aquel tiempo yo también estuve en Tenerife...

El infante Pablo quiso preguntar algo más... Muchas cosas más. No pudo seguir... Le dominaba una emoción extraordinaria, profunda.

—¿Un charlatán? ¿Un mago? —Y la duda pasó por su mente—. ¿Cómo pudo saberlo ese hombre? ¿Una coincidencia?... ¿Posee realmente un don sobrenatural?

Miró al desconocido, inclinado humildemente para despedirse.

Amanecía. En la pálida luz del nuevo día, el disfraz carnavalesco del mago aparecía descolorido y lamentable. El terciopelo usado, el oropel sin brillo, el sombrero algo ancho...

—Un embaucador... —pensó otra vez el infante, dándole maquinalmente la mano—. Y sin embargo...

XXXVI

QUINCE AÑOS DESPUÉS



gonizaba el año 1796. Habían transcurrido quince años. Eran los primeros meses del reinado del emperador Pablo.

Todo Petersburgo hablaba de la liberación del famoso Novikov y del regreso de Radischev del destierro.

Los augustos consortes visitaron, entre otros lugares notables de la capital, la fortaleza de Pedro y Pablo. Cuando ya habían recorrido el cuerpo principal, el jefe de policía Arjarov les propuso examinar las reformas que se efectuaban en la parte baja de los bastiones, especialmente en el foso Alejo. Una de las dependencias atrajo vivamente la atención del emperador.

—¿Hubo aquí algún italiano preso? —preguntó al comandante de la plaza.

—Que yo sepa, ninguno, alteza.

—Fíjese, aquí en este cristal alguien ha escrito con un diamante: *Dio mío*. Arjarov y el comandante se inclinaron intrigados.

Eran gente nueva y no habían tenido tiempo aún de familiarizarse con las tradiciones y leyendas de aquellos tétricos lugares.

—Es interesante... —murmuró la emperatriz María Fedorovna—. Parece letra de mujer... ¿Quién sería la infeliz?

—Quizá la princesa Tarakanova —observó en voz baja la Nelidova, que les acompañaba—. ¿Recuerda su alteza aquella triste historia de cierto oficial de marina y de aquella pobre muchacha?...

—La Tarakanova pereció ahogada durante una inundación —observó alguien.

La comitiva prosiguió su visita.

Solamente María Fedorovna retuvo unos momentos a Catalina Nelidova para señalarle en un rincón del patio un álamo blanco, murmurándole al oído:

—Es su tumba... ¿Dónde estarán aquellas memorias?...

* * *

El Emperador Pablo había oído aquella conversación. Poco después ordenaba a Arjarov:

—Es necesario que investigue este caso... Eran tiempos agitados aquéllos: el atentado de Mirovich, la rebelión de Pugachev, la desgraciada Tarakanova... Un día vi llorar a mi madre... Jamás pudo perdonarse haber consentido el interrogatorio de

aquella pobre mujer sin estar presente...

* * *

La policía trabajó activamente. En un hospicio encontraron a un viejo inválido ciego llamado Antipich, que había sido en su tiempo guardián en la fortaleza de Pedro y Pablo. Por él supieron que un viejo diácono había conocido al padre Pedro, del templo de Kazán, en Petersburgo. Recordó que el sacerdote guardaba documentos que consideraba importantes, en su mesa o en un viejo cofre de su habitación...

Se buscó a la familia del sacerdote. Sin descendencia directa, sólo quedaba la hija de su sobrina Bárbara, que se había casado en Moscú. Arjarov la visitó personalmente sin obtener ningún resultado positivo. Recordaban que a la muerte del sacerdote llegaron algunos objetos sin valor y entre ellos quizá había un cofre... Pero aquí se perdía la pista de aquellos «trastos viejos»...

* * *

Transcurrió mucho tiempo. Y la casualidad vino en ayuda de la policía. En un pequeño monasterio de Ucrania había fallecido en avanzada edad una monja que durante largos años rezó desconsolada por el alma de un marinero llamado Pablo. Entre los pocos objetos que dejaba, hallaron un mensaje en el que se leía: «De parte del padre Pedro», y unas pocas cartas junto con una ramita de mirto guardada en una modesta cajita.

Un forastero que pronto abandonó la comarca sin dejar rastro alguno, adquirió en su afán de coleccionista de documentos antiguos, los papeles dejados por la monja. Y nuevamente se esfumó la luz en las tinieblas...

* * *

Estando los infantes en Italia, el conde Aleksei Orlov de Tchesmen había contraído matrimonio.

Sobrevivió a la emperatriz Catalina y al emperador Pablo, y murió en Moscú, reinando Alejandro I, en la Nochebuena de 1807.

Nadie podría decir si sintió el peso del remordimiento. Su conciencia siempre fue hermética para los demás.

La historia sólo nos cuenta que su agonía fue lenta, terrible. Sus gritos y lamentos eran estertores espantosos de moribundo, y para que no llegasen a la calle, una orquesta tocaba durante una noche trágica, agónica, fragmentos estridentes en un pabellón de su residencia. ¡Tan intenso y dramático fue el dolor de su muerte!

Su hijo natural, Alejandro de Tchesmen, llegó a brigadier, y su muerte, a finales

del siglo pasado, fue tranquila y serena...
Año 1882.

POSFACIO

La muerte prematura y misteriosa de Pedro II (1730) planteó el arduo problema de la sucesión al trono, y para resolverlo fue designado un «Consejo Supremo Secreto», integrado por ocho miembros, quienes, tras largas y laboriosas discusiones, ofrecieron la corona a la princesa Anna Ioánnovna de Curlandia, sobrina de Pedro el Grande, pero limitando y condicionando sus atribuciones, dando origen tan desacertado dictamen a continuas intrigas palatinas.

Anna Ioánnovna no quiso soportar mucho tiempo aquella situación anormal y poco después se autoproclamaba emperatriz absoluta. Deseando perpetuar la dinastía, antes de morir designó como heredero del trono al hijo de una de sus sobrinas, Iván VI, que acababa de nacer y que a la muerte de la emperatriz, 17 de octubre de 1740, sólo contaba unos meses.

Vino una época de incesantes intrigas, y luego el encumbramiento de un curlandés llamado Biron, a quien se le ofreció la Regencia.

Era un hombre tosco, sin conocimientos apenas del ruso, que en su tiempo fue un simple mozo de caballerizas. Su falta de aptitudes y escrúpulos produjo un malestar general, agravándose la situación política y económica del país.

Isabel, la hija menor de Pedro el Grande, que hasta entonces no había tomado parte en aquellas luchas internas, se aprovechó de las circunstancias. Biron fue detenido e Isabel se proclamó emperatriz, pasando el pequeño Iván VI a la tétrica fortaleza de Shlisselburg, a la misma prisión donde años atrás había sido martirizado y muerto Alexis, el hijo de Pedro el Grande.

La nueva emperatriz tenía entonces treinta y dos años. Mujer de singular belleza, frívola, alegre, sentía una intensa pasión por la moda francesa, invirtiendo el tiempo en fiestas, bailes, espectáculos y toda suerte de diversiones y juegos. Prueba de todo ello son los quince mil trajes y los centenares de baúles llenos de medias que dejó al morir.

Los asuntos de estado fueron postergados; los decretos y las disposiciones más apremiantes permanecían olvidados durante meses enteros entre estuches de pendientes, polveras y frascos de perfumes...

Siguiendo el consejo de *la vie est courte et les baisers sont doux*, tuvo no pocos amores, terminando una de aquellas historias uniéndose secretamente con el conde de Razumovsky. Todo induce a creer que la llamada princesa Tarakanova fue el fruto de aquella aventura de la voluble soberana.

Mientras tanto en el país cundía el descontento. Varios intentos quisieron llevar al trono al «cautivo de Shlisselburg», el legítimo emperador de Rusia.

La muerte de Isabel y el advenimiento de Catalina II no mejoraron la suerte del recluso. Los intentos de sus partidarios, cada vez más audaces, preocupaban seriamente a Catalina y a su favorito, el conde Aleksei Orlov.

La última de esas tentativas, dirigida por el teniente Mirovich y por su prometida Pchelkina, terminó con la trágica muerte de Iván VI. El joven y romántico oficial que planeó aquella fuga fue encarcelado, juzgado y finalmente absuelto. Pero no pudo

librarse del hacha del verdugo gracias a la oportuna intervención del conde Orlov. Este hosco episodio ha sido igualmente relatado por la pluma maestra de G. P. Danilevsky en su obra *Mirovich*.

Pchelkina logró salvarse y tomó parte activa en el complot que tuvo por figura central a la princesa Tarakanova, protagonista de la presente novela.

* * *

Para reconstruir la historia en este punto es preciso remontarse al año 1772 cuando Isabel hizo su primera y sensacional aparición en París como princesa Vlodimir. Meses más tarde afirmaría ser la princesa Tarakanova.

Según el testimonio del conde Waliszewski «... es joven, graciosa y muy bella; tiene los cabellos color ceniza, como Isabel (se refiere a la zarina Isabel I Petrovna), y los ojos de un color negro azulado como los suyos...».

La breve descripción indica que se trata de una hermosa joven de cabello rubio, mirada azul oscura, rasgos circasianos y que guarda cierto parecido físico con su supuesta progenitora.

Otros testimonios de personas que la conocieron alabaron su cultura, su educación y sus gustos refinados propios de una persona de alta cuna.

Hablaba con soltura el francés y el alemán, y conocía perfectamente el inglés, el italiano, el árabe y la lengua persa, que era mucho más de lo que solían conocer altos personajes contemporáneos.

Su hermosura y gran atractivo sedujeron a un gran número de personalidades que acabarían por unirse a su causa.

Su «padrino» en la alta sociedad cosmopolita europea fue un anciano aristócrata, el barón von Embs, al que la Tarakanova solía presentar como su pariente, sin especificar demasiado el grado. Por medio de ese barón, la supuesta princesa entró en contacto con importantes aristócratas polacos emigrados políticos (Polonia languidecía entonces bajo el yugo de Catalina II), de Prusia y de Austria. Entre ellos figuraba el príncipe Miguel Oginski, al que los exiliados habían elegido como su caudillo, confiándole la misión de obtener del rey de Francia la ayuda necesaria para derrocar a Estanislao II Poniatowski, favorito de Catalina y por ella colocado en el trono polaco. Junto a Oginski, la princesa también frecuentaba al conde francés de Rochefort-Valcourt, ambos perdidamente enamorados de ella.

Cuando el príncipe Karol Stanislaw Radziwiłł entró en contacto con la princesa Tarakanova, ésta le mostró un documento que pretendía acreditar sus orígenes imperiales. Se trataba del supuesto testamento de Isabel I Petrovna, emperatriz de Rusia, designando como heredera suya a Isabel Alekséyevna, hija nacida de sus esponsales con Razumovsky. Testamento que, por cierto, chocaba frontalmente con las disposiciones tomadas con anterioridad sobre la sucesión al trono ruso, en las que se designaba como zarevich a Pedro III de Holstein-Gottorp, sobrino carnal de la

soberana y desposado con la princesa von Anhalt-Zerbst, más conocida como Catalina Alekséyevna (futura Catalina II).

El príncipe Radziwiłł, hombre de gran experiencia y astucia que conocía los entresijos de todas las cortes de Europa, no dudó ni un sólo instante de la sinceridad de la Tarakanova. Tanto él como Oginski, quisieron ver en ella la criatura enviada por la providencia para servir a la causa polaca. Si efectivamente consiguieran reivindicar para la hija de Isabel los derechos de sucesión, lograrían desenmascarar a la usurpadora Catalina y la expulsarían del trono ruso, derrocando al tiempo a Estanislao II Poniatowski del trono polaco y proclamarían, siguiendo sus ideales, la República aristocrática de Polonia.

Sea como fuere, la supuesta princesa Tarakanova tenía numerosos partidarios prestos a ayudarla por odio a la zarina reinante Catalina II, que se encontraba en una situación desfavorable ya que en 1773 un campesino llamado Pugachev provocó levantamientos populares en las provincias suscitando el entusiasmo de muchas ciudades rusas al pretender ser Pedro III, el asesinado esposo de Catalina II. Semejante asunto desestabilizó seriamente el gobierno de la emperatriz y, en ese ambiente de júbilo que rodeó el ascenso del impostor, una mujer joven que se declaraba hija de la zarina Isabel tenía muchas posibilidades de ser creída.

Los magnates polacos anteriormente citados (exiliados desde la partición del reino de Polonia en 1772) intrigaban contra Rusia viendo en la princesa Tarakanova un excelente medio para destituir a Catalina II. Mejor que urdir un asesinato que podía desacreditarlos ante el resto de Europa, optaron por apoyar a una pretendiente al trono ruso.

A principios del año 1774, la supuesta pretendiente Tarakanova se traslada a Venecia, en cuyos aristocráticos salones es tratada como una auténtica zarina rusa. Desde el principio bien informada sobre la célebre «impostora Tarakanova», Catalina II termina por perder la paciencia ante semejante afrenta y envía al conde Aleksei Orlov con la orden de llevarla de nuevo a Rusia. Orlov tuvo éxito en su misión. La supuesta Romanov apenas había tenido tiempo de posar sus pies sobre la nave a la que había sido invitada cuando el comandante del navío le anunció que estaba arrestada.

Habiendo caído en la trampa que con tanta habilidad le tendieron, la Tarakanova fue llevada a San Petersburgo en mayo de 1775. Una vez en la desembocadura del Neva es trasladada en bote, bajo una fuerte escolta, a la fortaleza de San Pedro y San Pablo erigida en medio del río que divide la capital de los zares desde Pedro I el Grande.

Encarcelada en una lúgubre celda de la fortaleza de San Petersburgo, Catalina II nombrará al canciller imperial, príncipe Dimitri Galitzin, para presidir los interrogatorios de la prisionera, con el fin de que confesara toda la verdad. Pero la

Tarakanova repetirá insistentemente la misma versión de los hechos, hechos que siempre sostuvo desde que se declaró hija de la difunta zarina Isabel I y del conde Razumovsky.

Como los interrogatorios no aportaron pruebas concluyentes y no convencieron a la emperatriz, ésta ordenó que fuera encerrada de por vida en la fortaleza.

Su confinamiento es casi un emparedamiento: su celda, húmeda y lúgubre, con apenas luz exterior, contribuye lentamente al empeoramiento de su estado de salud que ya desde el comienzo de su encarcelamiento comenzó a declinar. La fiebre jamás la abandonó y los médicos de la cárcel diagnosticaron finalmente un avanzado estado de tuberculosis.

Ante tamaña crueldad, el propio Galitzin, conmovido por las horrendas condiciones de la Tarakanova, pidió a Catalina II que suavizara la pena de la prisionera, dando cuenta de que, de no ser así, moriría. La soberana se negó en redondo y la misteriosa princesa Tarakanova pretendiente al trono de Rusia, falleció el 4 de diciembre del año 1775.

Los diversos informes entregados a Catalina II en base a los interrogatorios realizados, repiten una y otra vez la misma versión de la prisionera sobre su verdadera identidad: sostiene ser la hija de Isabel I.

Otros informes proporcionados por espías, darán otras versiones sobre la princesa Tarakanova: uno afirmando que sería la supuesta hija del dueño de un *cabaret* de Praga, otro que lo sería de un panadero alemán, e incluso una judía polaca. Ninguna de esas hipótesis parece probable.

Otra teoría popular postula que su muerte en 1775 fue falsa y que se vio obligada a ingresar en secreto en un convento bajo el nombre de Dositea hasta su muerte en 1810.

... Aún hoy el misterio continua.

* * *

La historia rusa nos ofrece muchos casos similares; en ella hallamos un gran número de «pretendientes» al trono de discutida autenticidad. Sin embargo, en el caso de la princesa Tarakanova, su ilegitimidad es en extremo dudosa, y ni siquiera los esfuerzos de un historiador tan notable y activo como Danilevsky lograron determinar su verdadero origen.

Idéntica categoría tenía indudablemente el «impostor» Grigori Otrepyev, que apareció en los tiempos de Boris Godunov. Y en la misma época vemos surgir, además de los mencionados, otro pretendiente a la corona del imperio, el terrible cabecilla Pugachev, que se proclamaba Pedro III, es decir, presunto esposo de

Catalina II. En este caso la impostura era manifiesta...

... Intrigas cortesanas, discordias, odios, guerras civiles, la guerra contra Turquía, magnates sin escrúpulos, el poder siempre codiciado por extraños pretendientes, todo este fondo, agitado y dramático, es el escenario de esta novela histórica, una de las mejores de G. P. Danilevsky, escrita con pluma maestra, digna de la más exquisita literatura clásica rusa.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Rusia, de los zares a los soviets. Robin Milner-Gulland. Ediciones folio, 1990.

La Rusia de los zares. Alejandro Muñoz-Alonso. Ed. Espasa Caple. 2007.

Catherine the Great: Love, Sex, and Power. Virginia Rounding. St. Martin's Press. New York, 2008.

Kniazhna Tarakanova. Platonov, A. Moscú, 1912.

Kniazhna Tarakanuva. Lur'e, SS. Voprosy istorii, 1966.

Top Secret. Mensual Internacional, 1997, NI2 (103), p. 29.



GRIGORI PETROVICH DANILEVSKY (1829-1890) perteneció a la típica burocracia rusa del siglo XIX. Se especializó en escudriñar los rincones más oscuros de la historia rusa, siempre en busca de episodios singulares, extraños y tenebrosos, relegados al olvido.

Autor sobrio, modesto a pesar de su notabilísima erudición, claro y preciso en la exposición de los hechos, Danilevsky figura entre los mejores clásicos de la literatura rusa, y todas sus obras son especialmente notables por su inspiración en fuentes históricas.

Notas

[1] Osmanlí: Turco. <<

[2] Yemelián Ivánovich Pugachev o Pugachov; Zimoviévskaaia, c. 1742 - Moscú, 1775. Jefe cosaco. Combatió contra los austríacos durante la guerra de los Siete Años (1756-1763). En 1773 se hizo pasar por el zar Pedro III y amotinó a los cosacos del Don y bajo Ural, a los que se sumaron los siervos del bajo Volga, contra Catalina II. Llegó a ocupar Kazán. Fue traicionado, posteriormente capturado y ejecutado. (N. E.)

<<

[3] Zarevitch Dimitri era el hijo de Iván el Terrible, el último de la casa de Rurik. Se dice que murió a la edad de nueve años. Aquel de quien la Princesa habla era un pretendiente al trono. Los historiadores difieren en cuanto a esto. El «falso» Dimitri I fue zar de Rusia del 21 de julio de 1605 al 17 de mayo de 1606 bajo el nombre de Dimitri Ivanovich. Fue el primero de los tres impostores que reclamaron el trono ruso durante el período tumultuoso afirmando ser el zarevich Dimitri Ivanovich, hijo menor de Iván IV el Terrible. Supuestamente el Príncipe habría escapado del intento de asesinato en 1591; Dimitri decía que su madre, la viuda de Iván, había anticipado el intento de asesinato por parte de Godunov y que le entregó su hijo a un doctor que lo escondió en un monasterio. Después de la muerte del doctor, Dimitri fue a Polonia donde trabajó como maestro por un tiempo. Mucha gente que conoció al zar Iván IV decía que Dimitri se parecía al pequeño zarevich Dimitri. Dimitri «el falso» hablaba ruso y polaco, sabía de literatura y montaba a la perfección. Pero la creencia general es que el verdadero Dimitri fue asesinado en Úglich y que el nombre real de este primer «falso» Dimitri sería Grigori Otrepyev. El reinado de Dimitri duró 10 meses. Vasili Shuisky ocupó su lugar como zar. (N. E) <<

[4] «Tarakanova» y «Tarakanovka» tienen el mismo significado y se aplican por igual a personas y cosas, si bien «Tarakanovka» se suele utilizar para referirse a un niño. (N. E.) <<

[5] Alechka Razúm era un joven pastor, hijo de un humilde granjero cosaco. Empezó cantando en el coro de la iglesia de su localidad donde fue descubierto por un cortesano que estaba de paso en una misión diplomática a Hungría, el coronel Vichnevsky, al que le encantaron sus capacidades vocales y le propuso que se trasladara con él a San Petersburgo donde fue colocado en el coro ucraniano de la capilla palatina. Su prestanza, talento y gran belleza física impactarían a la gran-duquesa Isabel Petrovna, hija del zar Pedro I el Grande, quien le daría un puesto en la corte en 1732. Tras la deportación del favorito de Isabel, Aleksei Shubin, el ascendido conde Razumovsky reemplazó a éste en sus funciones de alcoba. (N. E.)

<<

[6] Mirovich, Vasili Yákovlevich (1740-1764): Joven oficial que intentó organizar una revuelta palaciega frustrada, en favor de Iván IV Antónovich y contra Catalina II. Fue ejecutado. (N. E) <<

[7] Ivánovich Pugachev.

Yemelián Ivánovich Pugachev o Pugachov; Zimoviévskaaia, c. 1742 - Moscú, 1775. Jefe cosaco. Combatió contra los austríacos durante la guerra de los Siete Años (1756-1763). En 1773 se hizo pasar por el zar Pedro III y amotinó a los cosacos del Don y bajo Ural, a los que se sumaron los siervos del bajo Volga, contra Catalina II. Llegó a ocupar Kazán. Fue traicionado, posteriormente capturado y ejecutado. (N. E.)

<<

[8] Grigori Otrepyev.

Zarevitch Dimitri era el hijo de Iván el Terrible, el último de la casa de Rurik. Se dice que murió a la edad de nueve años. Aquel de quien la Princesa habla era un pretendiente al trono. Los historiadores difieren en cuanto a esto. El «falso» Dimitri I fue zar de Rusia del 21 de julio de 1605 al 17 de mayo de 1606 bajo el nombre de Dimitri Ivanovich. Fue el primero de los tres impostores que reclamaron el trono ruso durante el período tumultuoso afirmando ser el zarevich Dimitri Ivanovich, hijo menor de Iván IV el Terrible. Supuestamente el Príncipe habría escapado del intento de asesinato en 1591; Dimitri decía que su madre, la viuda de Iván, había anticipado el intento de asesinato por parte de Godunov y que le entregó su hijo a un doctor que lo escondió en un monasterio. Después de la muerte del doctor, Dimitri fue a Polonia donde trabajó como maestro por un tiempo. Mucha gente que conoció al zar Iván IV decía que Dimitri se parecía al pequeño zarevich Dimitri. Dimitri «el falso» hablaba ruso y polaco, sabía de literatura y montaba a la perfección. Pero la creencia general es que el verdadero Dimitri fue asesinado en Úglich y que el nombre real de este primer «falso» Dimitri sería Grigori Otrepyev. El reinado de Dimitri duró 10 meses. Vasili Shuisky ocupó su lugar como zar. (N. E) <<

[9] Dositea, se supone que pudo haber sido otra hija de Isabel Petrovna. Se cree que murió en el convento de monjas a que se refiere el autor en el texto (N. E.) <<

[10] La *versta* equivale a 1067 metros. (N. T.) <<